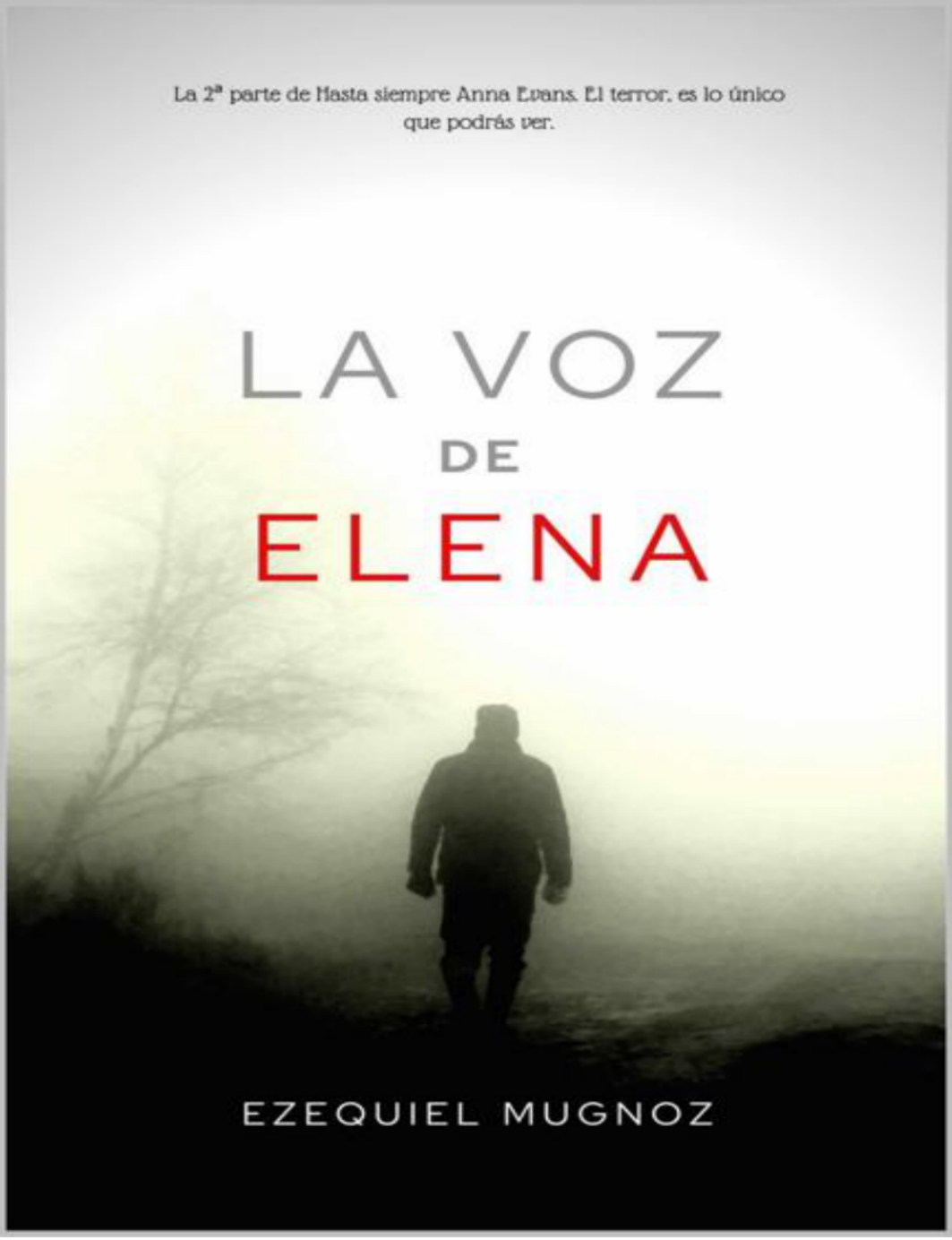
La 2ª parte de Hasta siempre Anna Evans. El terror, es lo único que podrás ver.

LA VOZ DE ELENA



EZEQUIEL MUGNOZ

A mi abuelo. Que me enseñó a soñar la vida, a construirla desde la imaginación y el esfuerzo. A mis padres, que en su paciencia y trabajo me dieron la oportunidad de seguir creciendo y no quedarme parado en la primera caída. A mi hermana, Alba. Y a Paula, por su paciencia y ayuda. Gracias a toda mi familia por animarme a seguir escribiendo.

Información de autor:

Me gustaría invitar al lector intrépido de leyendas a que pueda sacar sus propias conclusiones de lo que a continuación comenzara a descubrir. Mi obligación como autor es dejar claro que todo lo que el lector leerá se basa en leyendas recogidas en medios de comunicación mezclando nombres reales con nombres ficticios. Los nombres reales que aquí aparecen forman parte de la cultura popular y del desarrollo de la ciudad malagueña. En ningún momento la historia se condena como real invitando al lector a que realice sus propias investigaciones.

LA VOZ DE ELENA, ES LA SEGUNDA PARTE DE, "HASTA SIEMPRE ANNA EVANS".

1

Aún puedo recordar el extraño silencio que atrapaba frente a la verja de entrada de aquella casa, que una vez se alzó como faro sobre la colina y ahora caía agónica en una completa ruina. Durante un rato, deambulé rodeando todo el perímetro protegido por una valla oxidada y altos hierbajos secos. Permanecía por el exterior, bajo el sofocante calor, a punto de tirar la toalla y regresar al coche; cuando me percaté que un tramo de la vieja valla estaba medio abierta.

Con sumo cuidado, me agaché. Poco a poco, fui levantando el trenzado metal, para que mi cuerpo cupiera por él.

Muy lentamente, casi arrastrado por el polvoriento suelo de tierra, fui colándome, intentando rozar lo menos posible la valla. De poco me sirvió tanta precaución. Una vez logré traspasarlo, me di cuenta que uno de los salientes del alambre, me había rasgado toda la piel del brazo, dejando un profundo corte que sangraba sin cesar. Sudando bajo el sol de justicia, empecé a rebuscar en mi pequeña mochila, localizando un trozo de pañuelo de papel que humedecí con mi saliva, pegándolo en el arañazo y esperando que la sangre dejara de brotar.

El corazón me latía con fuerza. Era la primera vez que me colaba en una propiedad privada, esto me producía una sensación continua de ansiedad y no podía evitar que mi cabeza se fuera preparando para que, de un momento a otro, pudiera ser sorprendido por algún guardia de seguridad. Pero pronto, me di cuenta de que allí solo estaba yo; o eso pensaba.

La imponente casa, mezclaba estilos de la época victoriana con elementos propios de las haciendas andaluzas de finales de 1800. El cortijo se levantaba solemne, sobre una alta y bien definida colina que sobresalía en medio de una inmensa llanura, rodeada de autovías, fábricas y vías del tren.

El Sol del atardecer de verano, convertía en un precioso dorado el terreno sobre el que esta se asentaba. Y sin poder remediarlo, empecé a ver en aquella casa cierta similitud, con él cinematográfico hogar de la extraña familia Bates. Los protagonistas y propietarios del motel que llevaba su nombre en la famosa película de Hollywood, *Psicosis*, dirigida por Alfred Hitchcok. Con la enorme diferencia, que aquí no existía un motel y el paisaje lluvioso de la película, daba paso a la tierra árida y casi desértica, propia del mes en que estaba.

El viento que me daba en la cara, era ardiente. El peor viento que podías sentir en un día de verano, el llamado “Terral”, famoso en la ciudad según la cultura popular, por no ser otra cosa, que el viento que sopla en el Sahara y que trae a la ciudad el polvo y el extremo calor del desierto africano.

Pero no. El “Terral” es simplemente un viento que trae consigo un aumento de las temperaturas y una disminución de la humedad. Esto no se genera en África, si no que nace en el interior de la provincia, cuando una masa de aire comienza a subir y a bajar por distintas sierras interiores, hasta llegar a la capital u otras localidades costeras. Por lo que no es recomendable salir a la calle, entre las dos de la tarde, hasta que el Sol empieza su ocaso sobre las ocho. Solo los turistas que visitan la ciudad y aquellos quienes por su trabajo, no les queda otra que realizar tan heroica hazaña, son los únicos habitantes en las calles de la ciudad.

Y ahí, en medio de la nada, subiendo la empinada colina, entre el asfixiante calor y el silencio roto, a veces por la música de las chicharras, me encontraba yo.

Le había dado muchas vueltas, hasta que tomé la decisión de ir a la casa. Mi cabeza me decía que no. Aún me preguntaba, qué estaba haciendo aquí, en lugar de estar metido en la piscina de la comunidad tomándome una cerveza helada y tirado en una toalla de rayas. Pero luego, el corazón disipaba pronto esas lagunas, dándome la fuerza y entereza para lograr entender el por qué necesitaba descubrir lo que fuera que aquí se hallara.

Empapado de sudor, logré ponerme frente a la derruida puerta de madera, que habían intentado tapiar una y otra vez sin éxito alguno. Dejando su interior, a merced de todos los que por aquí se colaban.

La casa había sido una mansión y hacienda agrícola, de la alta burguesía malagueña de mediados del siglo XIX y se componía de varias edificaciones bien diferenciadas. La zona burguesa, usada como un lugar de recreo y otra zona para los trabajadores, compuesta por dos viviendas y establos. Su arquitectura poseía un estilo ecléctico, en

donde primaban los elementos del neogótico inglés de la época.

Antes de entrar, decidí rodearla por completo e inspeccionarla por fuera, evitando llevarme sorpresas en su interior, debido a que otras entradas a la casa estuvieran abiertas. Pero no, la única forma de acceder y salir era por la puerta principal o escalando por los huecos de las ventanas dispuestos en su alta fachada.

Aunque la pintura había desaparecido, debido a las inclemencias del tiempo de todos estos años, la casa aún mostraba el color rosáceo que tuvo antaño. Desde el exterior, rodeé la capilla anexionada a la casa, junto a una cruz de mampostería, que alguna vez se sostuvo sobre ella. Y ahora, en el suelo se encontraba, cubierta de pintura roja y plumas de algún ave.

La fachada tenía pintadas de alegorías satánicas y pentagramas invertidos. Los vellos pronto se me erizaron, quizás hubiera sido más inteligente haber venido acompañado. Pero no podía esperar más.

Luz, mi compañera de la redacción y médium, que nos acompañaba a descubrir decenas de interrogantes, gracias a su sensibilidad psíquica, me había pedido que tuviera cuidado y que sí la necesitaba, no dudara en llamarla. Puedo dar fe, que en ningún momento, solté el teléfono de mi mano con su número preparado para llamarla.

Continué rodeando la enorme edificación y crucé la hierba que en algunos puntos llegaban a cubrirme por completo. En una de sus esquinas, observé una torre que se levantaba desde lo que parecía el centro de la casa.

Todo tiene un comienzo y una decisión de por qué me encontraba en medio de este lugar. Lo dudé mucho, sí, pero tomé la decisión correcta cuando recibí el mensaje que

alguien tenía para mí.

2

Habían pasado seis meses desde que Victoria y yo decidimos, de mutuo acuerdo, poner fin a nuestra relación sentimental. Ambos sabíamos que ese día llegaría, aunque no queríamos reconocerlo.

Una mañana, Victoria recibió una llamada telefónica. Un largo número desconocido retumbaba en todo el salón. Nos miramos cómplices, entendiendo de que se podía tratar. Era una llamada de la Xunta de Galicia, ofreciéndole un puesto como profesora de un pequeño colegio, de una aldea perdida por Pontevedra.

Victoria había aprobado las oposiciones en Galicia, después de haberse presentado en todas las comunidades de España, anhelando un puesto indefinido. Su incorporación debía ser inmediata, no había tiempo para pensarlo. Si lo rechazaba, su puesto, tan luchado y ansiado, pasaría a la siguiente persona de la lista de aprobados.

Victoria colgó el teléfono con una enorme sonrisa, que iluminaba su dulce cara; pero en cuanto me miró, la sonrisa desparecido de su rostro y comenzó a llorar desconsolada. Y es que aquella oportunidad, era el punto y final a nuestra relación. Después de estudiar y trabajar muy duro, era una gran oportunidad que yo no iba a dejar que rechazara.

Así, ambos nos fundimos en un enorme abrazo entre llantos y caricias. Tan rápido dejábamos de llorar, nos comíamos a besos. Durante el par de semanas que le dieron a Victoria

para organizar su mudanza y cambiar de vida, intentamos trazar un plan para poder vernos los fines de semana y vacaciones e intentar llevar una relación a distancia. Incluso, me planteé la opción de buscar trabajo en algún medio local de Galicia, para así estar más cerca de ella.

Pero todos aquellos planes eran inviables. Ambos nos queríamos, pero egoístamente, los dos nos merecíamos las oportunidades que la vida nos tenía preparado. Ella había logrado por fin su sueño y yo lo logré apenas hacía un año, cuando comencé a trabajar en el Grupo Media, y no era justo que alguno de los dos tuviera que renunciar. No nos quedó más remedio que rescatar de nuestro interior a los dos adultos maduros que llevábamos dentro y decidir que lo mejor sería poner fin a nuestra historia de amor.

Un final algo atípico, teniendo en cuenta que mis rupturas pasadas habían sido duras y tensa. Pero en cambio, en esta, lo que siguió a la ruptura fue seguir haciendo cada día el amor, dormir abrazados y continuar mirándonos directamente a los ojos. Unos ojos que gritaban amor, sin necesidad de hablar.

Hasta que llegó la fatídica mañana en la que ahora sí, Victoria desaparecería de mi vida. El despertador sonó temprano y ambos nos abrazamos una vez más. Un nudo en mi garganta se apoderó de mí, intentando que no saliera a flote para no darle una despedida triste, aguanté el desayuno, aguanté mientras le ayudaba a meter algunas cajas en el maletero del coche, pero no pude aguantar más y cuando subimos a su apartamento a recoger la última caja de cartón, en la que tenía escrito la palabra “recuerdos” y me entregó la llave.

—Adrián acuérdate el lunes, llévala sin falta a la inmobiliaria por favor.— Me dijo Victoria con lágrimas en sus ojos.

—Sí Victoria, no te preocupes, el lunes a primera hora las entrego y te aviso por mensaje.

—No, Adri cariño, tú déjalas allí que ellos ya me avisaran. — Dijo en un tono algo más frío.

—Pero… ¿No quieres que te llame o te escriba?

—No, mejor que no, cuanto antes superemos el duelo, nos será más fácil volver a nuestras vidas normales.

Me rompí. En el fondo ella tenía razón, lo mejor era poner punto y final a todo lo nuestro, pero yo aún pensaba en la posibilidad de intentarlo en la distancia.

Solo asenté con la cabeza, mientras mis ojos enrojecidos se llenaban de lágrimas. La acompañé hasta el coche, ni siquiera me dejó darle un último beso. Se subió, cerró la puerta y arrancó el motor alejándose de mí para ya nunca más regresar. Ví cómo se alejaba rápidamente y se mezclaba con el intenso tráfico de la mañana. Empecé a llorar, la gente que pasaba por mi lado me miraban extrañados. Pero nadie en aquella enorme ciudad se paraba preocupado en preguntar si me encontraba bien o necesitaba ayuda. No me importaba estar en medio de todo el mundo llorando.

Regresé al interior de nuestro edificio y esperé al ascensor como si una parte de mi se hubiera muerto. Lloré delante del espejo y también cuando paré en la planta de Victoria. Solo necesitaba entrar de nuevo a su apartamento y recorrer una vez más, por última vez el lugar donde habíamos sido tan felices.

Ya nada quedaba en su interior, tan solo los dos vasos que usamos para tomarnos un café. Ni un cuadro, ni un cojín, ni siquiera las sábanas donde nos habíamos despertado esa misma mañana. Me tiré sobre el colchón descubierto, mientras continuaba sollozando y allí me quedé completamente dormido deseando que al despertar todo hubiera sido un mal sueño.

3

Aturdido, me desperté con el colchón empapado en sudor y lágrimas. Había dormido casi unas tres horas, una brisa de aire fresco entraba por la ventana y recorría toda la casa, y lo agradecía, después del calor que ya invadía Madrid y que caía a plomo aún estando en la sombra. Miré a prisa el teléfono, esperando que Victoria me hubiera escrito para decirme por dónde iba en su recorrido, pero nada. En cambio, tenía varias llamadas perdidas y mensajes de Sara y Germán; mis dos compañeros de trabajo y amigos, preguntándome cómo me encontraba.

Terminé de lavar el par de vasos de la mañana y cerré todas las ventanas del apartamento. Me fumé un cigarrillo apoyado en la ventana, viendo cómo los coches quedaban atascados sobre la M30, mientras el Sol ya rojizo bañaba la plaza de toros. Cuando apagué el cigarro, me despedí de aquel lugar y cerré la puerta con llave, sabiendo que no volvería nunca más a aquel apartamento.

Comencé a subir escalón por escalón, como si estuviera subiendo una interminable montaña, donde no hay cima a la vista. Cada paso era más costoso que el anterior, hasta que oí a alguien en el rellano, donde solo estaba mi puerta.

Poco tardé en reconocer las voces de Sara y Germán golpeando y llamando al timbre de mi apartamento con ansiedad.

—¡Me vais a fundir el timbre y me lo vais a tener que cambiar con vuestras manos! ¿Qué estáis haciendo?

—¡Adrián! ¿Dónde estabas? Nos tenías preocupados. — Dijo Sara.

—Si Adri, llevamos aquí casi veinte minutos, estábamos a punto de tirar la puerta abajo.

—Estaba en el apartamento de Victoria y me quedé dormido, lo siento. —Dije.

—¡Ves! Te dije que estaría abajo y tú no me dejabas bajar.

—Exclamó Sara.

Metí la llave en la cerradura y Sara corrió al baño, dejando a Germán con un par de bolsas del supermercado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? Aún no me habéis contestado.

—Amor mío, venimos a pasar contigo el fin de semana, ya hemos ido a hacer la compra y mira, ven. Traigo cervecitas, vino y algo para picar. —Dijo Sara saliendo del baño casi sin dejar hablar a Germán.

—¿Cómo? No tengo muchas ganas de fiesta, os lo digo. — Me sentía molesto, cansado y con ganas de estar completamente solo.

—Tú no te preocupes, si tenemos que llorar los tres, lloramos. Que nos tenemos que reír, pues reímos, que tenemos que criticarla por lo que ha hecho, pues lo hacemos sin ningún tipo de problema. —Dijo una orgullosa Sara.

—No te queríamos dejar solo un día así Adrián, pero oye, entre tú y yo, si quieres quedarte solo y que nos marchemos me invento cualquier excusa para sacarla de aquí. —Me susurro Germán para evitar que Sara pudiera escucharlo.

—Perdonadme, por supuesto que esta es vuestra casa. Solo tengo algo de malestar y cuando pienso que estoy mejor, me viene algún recuerdo de los dos juntos y me da el bajón.

Sara se acercó a mí con cara de compartir mi dolor y me abrazó, Germán hizo lo mismo y yo, inmóvil, me vi rodeado por varios brazos que me apretaban dándome cariño. Todos somos conscientes que el tiempo hace olvidar y curar los daños ocasionados de una ruptura, pero se pasa tan mal cuando sucede que solo lo podrán entender quienes lo hayan sufrido.

Tanto Sara como Germán, se habían convertido a lo largo de este año en más que amigos, eran hermanos para mí. Eran parte de mi familia en esta gran ciudad y eso me tranquilizaba porque estar solo en Madrid, era como asomarse al borde de un precipicio, donde puedes caer de un momento a otro.

Tengo que reconocer que además, para ellos dos no era fácil venir a mi casa y mucho menos querer dormir allí, sabiendo lo que pasé con la historia de Anna Evans. Pero aquello ya era pasado, aunque cualquier extraño ruido que

escuchaban los aterrorizaban, pensando que verían alguna sombra en cualquier momento. Sin embargo, mi apartamento era ahora un lugar tranquilo, de vez en cuando aún sacaba la nota que Anna me escribió dándome las gracias para acordarme de ella y, reconozco que en muchas ocasiones la echo de menos. Esto puede parecer extraño, pero lo curioso es que después de haber vivido sus últimos días de vida con esa enorme conexión entre los dos, era lo mínimo que podía sentir hacia ella.

Mis amigos tardaron poco en tomar mi casa como su campamento base, vaciaron las bolsas y lo metieron todo en el frigorífico. Sara decidió empezar por un vino blanco.

—Adrián, vamos a brindar porque, aunque hoy duela y sientas que te vas a morir, mañana será una página más en la historia de tu vida.

Y los tres, alzamos nuestras bebidas y brindamos, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, otra vez, ansiando que el olvido hiciera ya su trabajo.

4

La vuelta a la redacción, después de mi primer fin de semana soltero, fue extraño. Madrid había iniciado el verano, sumergida en una ola de calor y eso afectaba a la cantidad de gente en la calle y al tráfico, que había menguado considerablemente hasta dejar la ciudad con algunas zonas casi desiertas. Mis compañeros ya me habían avisado que los meses de verano era la mejor fecha para conocer Madrid a fondo y poder usar el coche, sin tener que preocuparte por multas de aparcamiento.

Aunque la oficina estaba más vacía y en las próximas semanas, se vaciaría aún más, todos los que quedaban allí, tenían la cabeza puesta en las vacaciones. Daba igual si me encontraba esperando al ascensor, en los pasillos o en el office con el café, todos se contaban los unos a los otros la planificación de sus vacaciones. La mayoría contaban con un apartamento en zonas costeras, los debates entre si en el sur se disfrutaba de la playa y la comida, contra los que defendían el norte pudiendo dormir tapados, amenizaban las últimas horas de trabajo.

Yo ya tenía el billete de tren de vuelta a mi ciudad sacado desde hacía unas semanas. La última vez que estuve fue en las fiestas navideñas y fue tan poco tiempo que no pude descansar, ni ver a los amigos de siempre. Por el contrario, Germán se marchaba a casa de su tía unos días a Extremadura; a diferencia de Sara, que sus vacaciones

estaban tan planificadas que le faltaba días en el calendario para poder ir a todos los lugares programados. Desde unos días en las costas de Euskadi, pasando por Ibiza, Mojácar o Castellón.

Para mí, las vacaciones iban a consistir en dormir todo lo que pudiera, leer, escuchar música al atardecer, mientras corría por la orilla del mar mediterráneo y pasarme el resto de horas comiendo, bebiendo y sumergido en maravillosas calas. Pero todo esto era una imagen idealizada en mi cabeza, ya que la ciudad, en estas fechas, estaba repleta de turistas y locales que se agolpaban en las playas en avalancha.

El trabajo en el periódico estaba bajo mínimos, las noticias que se publicaban eran de relleno y muchas se basaban en las noticias publicadas en redes sociales, donde se intentaba rescatar algún dato curioso para publicar. Luís Muñoz, el redactor jefe, no nos tenía ninguna noticia a cubrir, y nos pedía a Germán y a mí que buscáramos algo con lo que poder cerrar una de las secciones con mayor éxito de todo el grupo.

Aunque no tuvimos que acceder a la red para buscar información. A causa de la buena acogida, nos llegaban decenas de mensajes al correo y por privados en nuestras redes sociales, que nos pedían que escribiéramos sobre lo que muchos de nuestros seguidores vivían; Casos OVNI´s, exorcismos, fantasmas, etc. Pero sentados, revisando los cientos de mensajes, dimos con uno que nos llamó la atención y que decía:

“Buenas tardes;

En primer lugar, me gustaría felicitarlos de todo corazón por vuestros reportajes. En segundo lugar, deciros que soy un

amante de todos los temas paranormales y fan incondicional de vuestra revista.

Me pongo en contacto con vosotros porque necesito contar algo que me lleva pasando desde hace unos meses…"

Lo que seguía a la carta, nos hizo mirarnos a Germán y a mí. Nos levantamos y fuimos a comentarle a Luis que le parecía que cerrásemos la temporada con un artículo así. Luis leyó detenidamente la carta, con sus enormes gafas de pasta negra y gordos cristales.

—Genial chicos, escribid sobre esto. Adrián ponte en contacto con ella, para que concertéis una entrevista, y yo llamaré a Luz para que os acompañe.

—¿Luz va a acompañarnos? —Dije yo sin dejarle terminar.

—Si, ¿Tenéis algún problema?

—No, no, lo decía porque hace tiempo que no nos vemos y siempre es un placer trabajar junto a ella.

Era cierto, llevaba sin ver a Luz desde el mes de marzo y ciertamente la idea de volver a verla y trabajar con ella, significaba para mí un chute de energía.

Luz se convirtió en una persona muy especial y me ayudó a encontrar el camino para entender lo que pasó en mi piso y así pude conocer a Evans y sobre todo a su hija. Desde entonces, las apariciones, los ruidos, las extrañas v i b r a c i o n e s q u e s u c e d í a n e n m i a p a r t a m e n t o desaparecieron y Luz, estuvo durante los meses siguientes pendiente de mí e interesándose por la situación. Por ello me culpo de no haberle respondido como debía y dejar que

la amistad fuera cayendo en el olvido, por no tener que necesitarla y eso me hacía sentir egoísta. Pero ahora tenía la oportunidad de poder remediar aquel error.

Me puse en contacto con Manuela, la persona que nos había mandado el correo contándonos el problema que le urgía que descubriéramos.

Cuando cogió el teléfono y le dije quien era, se puso tan nerviosa que tuvo que sentarse y tomar aire. Mientras, un raro zumbido se colaba por el auricular, que hacía a veces complicada la comunicación entre ambos.

5

Veinticuatro horas después de cerrar la cita con Manuela, nos vimos Germán y yo en el número 288 de la Calle de Alcalá. Esperábamos al coche que traía a Luz a la hora acordada.

Manuela nos había hecho mucho hincapié en que fuéramos a partir de las ocho de la tarde. Yo le pedí que fuera por la mañana, pero se negó una y otra vez, justificando que lo que pasaba en aquel lugar tenía hora de inicio. Cuando algo sucedía con una hora estipulada me empezaba a escamar, las cosas programadas suelen ser invenciones, pero le dimos un voto de confianza.

Un Uber paró frente a nosotros y de él, bajó Luz, perfectamente conjuntada; zapatos, bolsos labios y uñas en rojo burdeos. Igual de elegante que siempre y con una sonrisa en su cara alegrándose de vernos.

—¡Adrián, querido cambia esa mirada! No me tienes que pedir disculpas por nada.

Luz sabía con solo mirarme a los ojos, todo lo que sentía y la paz que llevaba consigo pronto la sentí como parte de mí.

Los tres nos dimos la vuelta y nos quedamos mirando aquella vieja puerta de hierro. Ante nosotros, se alzaba un edificio industrial de finales de los años cincuenta, con cinco plantas y arquitectura rectangular. Me recordó a los edificios

industriales americanos de los años cuarenta construidos en ladrillos rojos con enormes ventanales cuadrados.

Aquel lugar parecía abandonado, incluso saqué mi teléfono para comprobar que la dirección era la correcta. En los bajos había dos locales, en una esquina, una pastelería cerrada con los escaparates tapados con periódicos amarillentos por el Sol y el tiempo. En la otra esquina, también cerrado, un restaurante, cubierto por espesa pintura blanca. El nombre que recibió aquel lugar, aún se podía leer escrito sobre el dibujo de lo que parecía ser un pez, “Mistermarshall”.

—Pues sí, efectivamente aquí es. El teléfono me dice que esta es la dirección exacta. —Afirmé aún sin tenerlo claro del todo.

—No sé. El lugar tiene todas las características de película de terror, pero aquí no parece que haya nadie. —Germán estaba visiblemente asustado.

—El sitio es este, puedo ver cómo nos observan tras las ventanas de las plantas superiores. —Sentenció Luz, mientras recorría lentamente la hilera de ventanas de todo el edificio.

Germán y yo nos callamos, sabiendo que si ella decía que aquel era el sitio acordado, es que lo era.

La calle estaba repleta de gente, las terrazas de los bares cercanos estaban sin mesas libres, desde las que disfrutar del atardecer madrileño. Un ruido metálico que venía desde el interior del edificio, nos hizo agudizar el oído y entonces la vieja puerta se abrió de lleno. Tras ella, apareció medio iluminada la silueta de una mujer.

—Buenas tardes, soy Manuela. ¡No puedo creer que estéis aquí y pueda conoceros en persona!

La primera impresión que tuve al ver a Manuela, es que se trataba de una mujer de unos cincuenta años, de cuerpo apretado y gruesos labios. El pelo lo tenía ondulado, recogido sobre su cabeza, llevaba un vestido sin mangas en color verde agua, que alcanzaba a cubrir sus rodillas y un abanico amarillo que golpeaba sin cesar sobre su voluminoso pecho.

—Encantado Manuela, yo soy Adrián, de Grupo Media…

—Sí, sí, lo sé, os conozco bien a todos, ¡Qué ilusión de verdad! No os lo podéis imaginar, estoy hasta nerviosa. ¿Puedo daros un par de besos?

—¡Claro! —Exclamamos todos.

Manuela me cortó cuando iba a presentarle a Luz y a Germán, pero ella se abalanzó y nos beso a todos dejándonos las mejillas cubiertas del carmín burdeos que cubría sus labios. Estaba realmente extasiada, en algunos momentos podría parecer exagerada su recibimiento, pero realmente lo sentía así.

—Por cierto, Doña Luz…

—Querida, no me llames Doña, con Luz me doy por llamada. —Luz soltó una leve carcajada, mientras observaba con ojos de inspección a Manuela.

—Perdona…por cierto Luz, para mí es un auténtico orgullo que estes aquí. Si hay una persona que puede ayudarme,

eres tú, sin lugar a dudas. Por favor, seguidme con mucho cuidado que hay trastos por el suelo y podéis tropezar.

Manuela desapareció entre las sombras del interior del edificio, seguida por Luz. Germán se apresuró tras ellas y yo, me quedé unos instantes viendo como desaparecía por el umbral de la puerta; con la mosca tras la oreja ante los gestos de Luz.

—Adrián, ¡Vamos! Estamos esperándote, entra. —Germán me llamaba a voces, mientras yo, continuaba observando las ventanas superiores, esperando a ver algo extraño.

6

Crucé la puerta y todo estaba completamente en penumbras. Sólo la débil luz que salía por una entrada que estaba a mi izquierda, iluminaba lo suficiente para no tropezar con todas las cosas que allí dentro tenía Manuela.

La entrada era como el portal de un edificio, un hall estrecho. De él nacían unas empinadas escaleras con pasamanos de hierro, pintadas en un anticuado verde oscuro, que ahora estaba desconchado y oxidado.

Llegué a la puerta de donde salía la luz y escuché las voces de mis tres acompañantes.

—Hay que tener mucho cuidado aquí dentro. -- Dije un poco agobiado.

—Nunca consigo que las bombillas me duren más de un segundo después de ponerlas. Ya me doy por vencida. ¿Estás bien, guapo? — Me preguntó Manuela.

—Sí, gracias… y dígame ¿Nos puede contar algo de lo que narraba en su correo?

—Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo. Entrad por aquí.

Manuela nos indicó que nos subiéramos a un montacargas que estaba abierto y del que colgaba una bombilla de obra, era el único punto de luz que había en aquella habitación. El montacargas, era enorme y tenía pinta que había sido instalado poco después de la construcción del edificio. Germán me miraba con preocupación y miedo. Seguía sin comprender por qué no solicitaba cambiar de sección en la revista, con cada artículo que realizábamos sobre temas espectrales de apariciones, casas encantadas, etc. Él lo pasaba francamente mal, teniendo que asistir en alguna ocasión a un psicólogo para poder asimilar ciertas cosas. En cambio, Luz estaba cómoda y charlaba plácidamente con Manuela.

—En primer lugar, quiero daros las gracias de nuevo por venir a mi casa. Tened cuidado al salir ahora del montacargas, que suele dar algunos saltos por la descompensación del peso.

Subimos hasta la primera planta del edificio y las enormes puertas se abrieron. Otro rellano se presentaba ante nosotros, se entraba por el hueco de una puerta que ya no existía. La luz de las farolas y del atardecer iluminaban el lugar, dejando ver lo que contenía.

Manuela salió la primera agarrada a Luz, nosotros la seguimos, mientras Germán sacó la cámara de fotos y comenzó a documentar cada cosa que veía.

—¿No te parece todo un poco extraño Adri? —Me dijo Germán en voz baja.

—Tranquilo, no te agobies.

Pronto los flashes de la cámara empezaron a iluminar cada rincón de aquel extraño lugar. Tras la puerta apareció el salón de un restaurante, con el mismo extraño logotipo dibujado en algunas de las paredes. Las mesas se agolpaban apiladas, junto a la hilera de ventanas y sobre cada mesa colgaban unas lámparas de color anaranjadas como las que se usan en las obras y reformas. Las paredes estaban empapeladas en tonos burdeos, con dibujos en color oro y negro. En medio de aquel lugar, rodeado de sillas de los años cuarenta tapizadas en terciopelo rojo, ahora rajado y cubiertos de polvo y suciedad, había mesas desgastadas por el tiempo, y el ruido incesante de un grifo goteando, nos hizo adentrarnos aún más en el viejo salón.

El restaurante se había detenido en el pasado y seguía tal y como todos estos años, con la única diferencia del polvo acumulado en cada centímetro.

—Manuela ¿Dónde estamos exactamente?—Pregunté curioso.

—Estamos en lo que antaño fue un restaurante, que perteneció a un pequeño hotel cerrado hace unos veinte años.

—¿Esto fue un hotel?— Dijo Germán con asombro.

—Sí, hace veinte años fue un hotel, pero antes de eso…

—Antes de eso, era una tienda de muebles, cada planta guardaba exposiciones diferentes. —Interrumpió Luz.

—¡Así es! ¿Lo has adivinado? —Preguntó con curiosidad Manuela.

—El portero que cuidaba el edificio, cayó por la ventana cuando ayudaba a montar una de las exposiciones, precipitándose contra el suelo de la concurrida calle. — Manuela contaba aquel detalle mientras su mirada recorría cada esquina del lugar.

—Pobre, cayó desde la última planta, la dedicada al mobiliario de neonatos. —Continuó Manuela.

—Pero, ¿y la recepción y el hall? ¿Dónde están? — Pregunté lleno de dudas.

—Mira, la entrada real, se encontraba justo bajo nuestros pies, donde antes habéis visto una panadería cerrada. Con el tiempo un matrimonio argentino alquiló aquel trocito de local y lo convirtió en un pequeño negocio, pero ambos no duraron mucho. Todos los que intentan hacer algo aquí, huyen despavoridos. —Contó Manuela mientras sus palabras se agolpaban por culpa de las carcajadas.

—¿Y el restaurante de la otra esquina, es el mismo que este?

—Sí, es el mismo, la parte de abajo era un bar de copas y la gente esperaba que su mesa estuviera preparada para comer o cenar. No existía un lugar más de moda en esta ciudad que el “Mistermarshall”.

—¿En qué año se cerró la tienda y abrió el hotel? —Insistí, necesitaba ir recopilando información de aquel sombrío y extraño sitio.

—El hotel se inauguró el dieciséis de abril de 1951, y si no me falla la memoria, la tienda de muebles de los hermanos Sanz y González, se cerró un par de años antes, a

mediados de 1949. El hotel cerró a mediados de los sesenta. Entonces, el edificio quedó completamente cerrado y medio abandonado. No fue hasta el 2012 cuando abrió la panadería. —Contó Manuela con una memoria asombrosa.

Los sesenta fueron un boom turístico para España y sobre todo para la capital. Madrid levantaba hoteles de lujo que ensombrecieron a este en el que estábamos. Los que existían comenzaron a quedarse cortos con el servicio al cliente y el gobierno de Francisco Franco, vio en los extranjeros un gran negocio para expandir la capital y revolucionar el litoral mediterráneo con enormes rascacielos. Todo aquello acabó hundiendo el edificio quedando completamente obsoleto.

—¡Adrián, Luz, venid corriendo! ¿Qué es esto? —Preguntó de forma acelerada Germán, que se encontraba tras un ruinoso biombo de bambú.

Me acerqué apresurado, buscando el lugar donde señalaba Germán. Detrás de aquel destartalado objeto, se encontraba una elegante escalera de mármol blanco y pasamano de madera que bajaba a otra planta.

—¿Llevan al bar?—Pregunté a Manuela, mientras no quitaba la mirada de la lujosa escalinata y daba el primer paso para comenzar la bajada.

—Son las escaleras que comunicaban una zona con la otra, pero ten mucho cuidado. Las escaleras no se han revisado todos estos años y no me hago responsable. —Sentenció Manuela.

Un estruendo ruido nos paralizó a todos. Venía de la zona donde se encontraba la cocina y parecía como si hubieran

caído ciento de cacerolas y sartenes contra el suelo. Manuela miró su reloj y se acicaló el cabello. Se estaba preparando para lo que estábamos a punto de vivir. El corazón me latía, Germán continuaba realizando fotografías, como si él ni lo hubiera oído. Me puse nervioso, sabía que algo estaba apunto de suceder, pero me sentía como si fuera un simple espectador impaciente, a que diera comienzo la función.

7

—Bueno amigos es la hora, por eso os pedí que vinierais al final del atardecer. Espero que estéis preparados. — Manuela miraba detrás nuestra y sonreía.

—¿Luz, tú ves algo?— Pregunté esperando que ella pudiera decirnos algo que fuera “normal”.

—Lo que voy a ver yo, creo que lo vamos a ver todos.

—¿Cómo? —Exclamó Germán.

De repente, todo se iluminó . Luz y Germán desaparecieron de mi vista, solo alcanzaba ver a Manuela. Todo estaba repleto de gente, y el olor a comida rezumaba desde la cocina.

—¿Luz? ¿Germán? ¿Dónde estáis? No puedo veros. —Tranquilo Adrián, lo que tú estás viendo, lo estoy viendo yo también no te asustes.

No, no estaba asustado, estaba completamente alucinado. Los camareros vestidos con camisa blanca, pajarita burdeos y pantalón con pinzas. Sobre sus cabezas engominados peinados, creando ondas y bajo la nariz un fino bigote. Corrían de un lado a otro, con pesadas bandejas plateadas repletas de comida que dejaban sobre las numerosas mesas.

Aquel siniestro escenario, era impresionante. Las mesas estaban vestidas con elegantes manteles blancos bordados en hilo de oro y delicadas vajillas de porcelana, con dibujos de La Cartuja de Sevilla. Alrededor de ellas, grupos de

personas con coloridos y elegantes vestidos, riendo y brindando entre fuertes voces.

—Por aquí señor. Si es tan amable de seguirme, su mesa está lista.

Me giré y vi como el metre conducía a una pareja, él mucho más mayor, de traje y espeso bigote. Ella, una jovencita que no tendría más de dieciocho años, lo seguía algo asustada y mirando de un lugar a otro. Aquel trabajador guió a la pareja hasta su mesa y entonces el hombre le entregó una importante propina, que le introdujo en su bolsillo.

No podía continuar inmóvil, ya había vivido algo así en el interior del Teatro Novedades, esta vez no estaba ligado a un espíritu si no que ahora, estaba en medio de un momento pasado. Me sorprendió escuchar la voz de Luz hablando y preguntando a los que estaban allí, pero lo que más me llamó la atención, era que aquellas personas pudieran responderle. Recorrí el salón sobre el suelo enmoquetado en el mismo color que las sillas. Las lámparas colgaban iluminando la estancia y sobre un pequeño escenario , al final de aquel lugar, había sobre un pequeño escenario un piano de cola negro junto a un micrófono, preparados para una actuación.

No lo dudé, en cuanto vi abrirse las puertas de la cocina me colé en ella. El trabajo era estresante, un cocinero regañaba y alzaba la voz a un joven ayudante, que acababa de tirar un montón de cacerolas y sartenes, que aún no habían sido recogidas. Supuse que quizás se trataba del estruendoso ruido que habíamos oído hacía pocos segundos.

Salí de la cocina rodeado de humo y bajé las escaleras también cubiertas por la misma moqueta hasta el bar. Un camarero se afanaba en limpiar las copas con un trapo blanco, mientras un hombre mayor, visiblemente bebido pedía otra copa. El bar era una zona menos estresante que la de arriba. Los enormes cristales daban a la calle, donde podía ver cómo algunos se paraban delante a mirar aquel inaccesible lujo. En este lugar las grandes mesas , habían dado paso a unas más pequeñas de cristal, rodeadas de sofás rojos y dorados, en las paredes colgaban mantones de Manila y fotografías en blanco y negro de artistas nacionales e internacionales, que dedicaban bellas palabras al “Mistermarshall”.

Entonces Luz comenzó a gritar algo. No lograba entenderla, estaba lejos. La oía con fuerza, pero no escuchaba lo que decía, algo estaba pasando. Subí a toda prisa las enormes escaleras intentando acercarme más a la voz de Luz. Pero cuando llegué, algo me descuadró completamente. El pianista había comenzado a tocar una canción lenta para los clientes al que poco caso hacían, hasta que rompieron en un enorme aplauso. En el pequeño escenario apareció una mujer con un elegante vestido de lentejuelas azul, que empezó a entonar una copla.

Aquello no podía ser posible, me acerqué al escenario hasta ponerme enfrente y allí, agarrando su micrófono y guiñando un ojo estaba, ¿Manuela?

Acababa de perderme aún más. Quizás se tratase de su madre. Los gritos de Luz eran ahora más claros, venían de la planta superior.

-¿Por qué lo hiciste? Dímelo.

Luz continuaba hablando, yo tomé unas escaleras hasta la planta superior, empecé a recorrer el pasillo e iba pasando las puertas de las habitaciones; al final frente a una de ellas se encontraba Luz. Empecé a acercarme lentamente.

-¿Qué está pasando? ¿Luz? ¿Me oyes?

Pero fue imposible que me escuchara, Luz no podía ¿verme? Me quedé parado, a solo un par de metros de distancia de ella, mientras que la luz del interior de la habitación la iluminaba completamente.

Aún podía seguir escuchando la música en directo, que llegaba desde el restaurante. Y entonces en aquel momento, un hombre corpulento con una gran bigote y cubierto por una camisa abierta de la guardia civil, salió de la habitación 101 con un revólver en la mano y disparando al aire.

Aquel hombre se había vuelto loco. Debido al ruido de los disparos, algunos huéspedes salieron de sus habitaciones asustados, intentando saber qué estaba pasando. Las caras cambiaban el semblante a terrorífico cuando veían al hombre armado, pero ya no tenían tiempo para volver adentro y mantenerse a salvo recibiendo tiros a bocajarro.

Los cuerpos se desplomaron a su paso y la sangre se conviertía en charcos. La imagen era dantesca, Luz siguió al guardia civil, yo en cambio, me adelanté y volví a bajar al restaurante gritando a todos que se pusieran a salvo, pero cuando en cuanto me puse en medio de la sala haciendo aspavientos con las manos, los tiros que disparaban justo

detrás de mí, hicieron caer a los camareros que portaban las bandejas, lanzando el contenido al aire.

Los comensales se levantaron despavoridos, muchos se ocultaron bajo las mesas, otros que también eran miembros del cuerpo sacaron sus pistolas para intentar parar aquella masacre pero fue imposible.

Manuela, la solista que nos había traído hasta aquí, gritó el nombre de aquel loco hombre.

-¡Juan! ¿Qué estás haciendo?

-Tú has conseguido que esto termine de esta forma, no eres una mujer eres… un maricón.

Y Juan puso el revólver pegado a la cabeza de Manuela y apretó el gatillo, el ruido del disparo hizo caer al suelo a aquella mujer vestida de lentejuelas azules. El silencio se hizo en todo el lugar.

-Juan tienes que marcharte - Exclamó Luz directamente.

-No me quiero ir, no me puedo marchar. Ahora sí que Luz estaba interactuando con él.

-¿Por qué no? ¿Qué es lo que te tiene aquí?

-Si me marcho, no veré más a Manuela.

-¿Pero por qué lo hiciste? ¿Qué te pasó?

-Yo amaba a Manuela y venía cada tarde para poder pasar unas horas junto a ella y hacer el amor.

- ¿Y por eso la asesinaste a ella y al resto de

inocentes?

-Yo... yo no quería hacerlo. - Juan empezó a llorar.

-Me tienes que contar por qué lo hiciste.

-Lo hice porque Manuela era travesti. Yo estaba enamorado de ella, pero recibí una llamada a la

habitación cuando bajó a actuar en la que alguien me dijo… -“Sabemos que te acuestas con un maricón y vamos a contarlo todo”-. No podía permitir que mi mujer y mis compañeros del cuerpo se enterasen de ello, si lo hacían sería mi ruina.

-Tienes que dejar que todas estas almas descansen Juan y por eso es hora de que te marches.

Ser partícipe de aquella conversación entre un muerto y un vivo me resultaba chocante y más teniendo una escena tan horrible frente a mí, con todos aquellos cuerpos masacrados en el suelo o sobre la mesa.

Juan se giró hacia Luz, que en todo momento mantuvo la conversación sin mirarla, como si su voz procediera del interior de su cabeza. Luz era la voz interior que le decía lo que tenía que hacer de verdad. Y Juan así lo hizo, se puso frente a Luz, tomó aire fuertemente y entonces la iluminación del restaurante se tornó como si el atardecer se hubiera colado en aquel lugar. Todo cambió a tonos dorados

y.rojizos.

-Juan es tu hora…

Entonces Juan miró a Manuela, que estaba sobre el suelo del escenario y continuó su camino hasta desaparecer frente a nosotros y después de hacerlo, el resto de los muertos se pusieron en pie como si nada hubiera pasado, e hicieron exactamente lo mismo que Juan, desaparecieron ante nosotros.

-Ahora, casi todos descansan.

Luz terminó la frase y sin saber cómo, todo estaba como al principio. Las mesas estaban vacías y abandonadas, y el

restaurante volvía a estar iluminado por las farolas anaranjadas que se colaban en su interior.

-Gracias Luz, ahora ya sabéis mi historia y os agradezco que hayáis venido.

No podía creer lo que pasaba, Manuela seguía a nuestro lado, pero ¿cómo era posible que la Manuela que estaba junto a nosotros fuera, vestida como una señora madura?

-¿Y tú? ¿Tú vas a descansar también querida? - Dijo Luz con una voz amable y dulce.

-Sí, ya es hora que yo también descanse, son muchos los años protegiendo este lugar y esperando que esta historia se supiese de verdad.

-¿Conoces el camino verdad Manuela?

-Siempre lo he tenido delante Luz, ahora solo tengo que ir por él.

Luz nos indicó que tomáramos el ascensor y saliéramos del edificio, Manuela volvió a engancharse del brazo de Luz, como al comienzo y nos acompañó hasta la puerta.

-Tengo muchas preguntas para usted pero no sé cómo hacérselas.

-Pregúntame lo que quieras Adrián.

-¿Cómo es posible que usted tuviera acceso a nuestros artículos? Y… ¿nos escribiera?

-Las casualidades existen, quizás el diario en el que trabajas, aún siga llegando al buzón gracias al conserje y a su familia, que viven en la última planta.

-¿Aquí vive gente?

-¡Claro! Los herederos de esto no pueden permitir que se cuele nadie, por eso yo conozco vuestros artículos y

os escribí. De nuevo daros las gracias y Adrián de ti depende que se sepa esta historia que la policía tapo como incongruentemente.

-Si por supuesto, muchas gracias.

Luz se despidió de Manuela con dos besos, nosotros dos decidimos despedirnos con un “adiós”. Cruzamos la puerta hasta la calle y los tres nos quedamos mientras se cerraba frente a nosotros.

Aquel hotel era realmente un prostíbulo elegante, visitado por gente pudiente del gobierno. Un lugar de recreo, donde la discreción era la carta de presentación y el emblema de aquel lugar.

Manuela una mujer transexual, cantante y prostituta que tuvo la mala suerte de que un guardia civil se enamorase de ella, aún sabiendo su condición.

Así, de la mano de una muerta, volví a descubrir una historia pasada y oculta de Madrid.

8

Germán nos miraba con la boca abierta y el rostro desencajado.

-¿Qué coño os ha pasado ahí dentro?

-¿ Cómo? ¿Tú no lo has visto?

-¿Yo? Me habéis rayado muchísimo los dos, de repente tú Adrián has empezado a gritar y a correr de un lado a otro. Intenté pararte, pero Manuela me dijo que os dejara tranquilos.

-¿Y Manuela qué hacía mientras?

-Nada, se puso junto a mi y se quedó observando y sonriendo.

-Germán, no sé si eres consciente de que Manuela no está viva realmente.

Luz de nuevo había hecho su trabajo correctamente y se encontraba cansada y satisfecha. Ambos la acompañamos a un taxi para que la llevara a su casa.

La sensación fue bastante extraña, no sabía si era posible realmente que algo así pudiera suceder. Me llegué a plantear que todo había sido una farsa y habíamos sido inducidos por alguna droga inhalada. Pero entonces, ¿por qué a Germán no le afectó? Desde luego yo era el menos indicado para poner en duda la autenticidad de algo así. Al fin y al cabo creo que para un final de temporada, un artículo

como este, para despedirnos de nuestros lectores, era muchísimo más de lo que realmente nos podíamos permitir.

Ya tenía el título:

"El Burdel de Alcalá 188…Cuando un Guardia civil se enamora de una cantante transexual de los años 50."

En el pequeño recorrido que hicimos hasta llegar a la parada de taxis, Luz no dijo ni una sola palabra. Iba cabizbaja, apartada de nosotros, que comentábamos una y otra vez qué es lo que había ocurrido allí dentro. Me empecé a preocupar, no era normal verla así. Le pedí amablemente a Germán si le importaba que me dejara solo con ella, a lo que no puso ninguna objeción.

-Gracias Germán, cuando termine os llamo a Sara y a ti para ver dónde estáis y nos tomamos algo o cenamos.

-De acuerdo, no te preocupes te veo luego… Luz me tengo que marchar, nos vemos en la redacción dame un par de besos. Se despidió Germán.

-¿Ya os marcháis?

-No, solo yo, que me ha surgido un problema, te dejo con Germán hasta la parada.

-Bueno está bien, nos vemos en la redacción guapísimo. ¡Oye! A final de verano me vas a presentar a un muchacho maravilloso y será tu media naranja. ¡Acuérdate de lo que te estoy diciendo!

-Ojalá Luz, que estoy demasiado solo en esta ciudad.

Germán se despidió de Luz con una enorme sonrisa y se alejó rápidamente en busca de su moto. Yo me quedé con ella frente a la parada de taxis, que en ese momento estaba vacía.

-Luz ¿Tienes mucha prisa?

-No querido. ¿Qué te pasa?

-¿Te apetece que te invite a una copa de vino en aquella terraza de ahí?

-Bueno, está bien pero no me puedo demorar mucho Adrián.

Andamos hasta una pequeña terraza cubierta de vegetación y pulverizadores de agua, para hacer más llevadero el enorme calor que hacía. El sitio pertenecía al bar de un hotel, que en ese momento estaba repleto de personas disfrutando del inicio de la cena o de una copa.

Un camarero nos guió hasta nuestra mesa y allí relajados comenzamos a conversar.

-Luz, ¿estás bien? Te he notado rara.

-Me encuentro bien, gracias por preocuparte. No se si te has dado cuenta, pero cuando tengo una visualización tan impactante, luego me siento algo cansada y confusa. Pero me encuentro bien de verdad.

-Estaba preocupado. He trabajado varias veces contigo y creo que esto ha sido fuerte.

-He visto cosas peores querido, pero la edad hace que te canses más. Por cierto ¿Qué tal tu primera conexión directa?

-¿Directa?

-Sí, sí directa. La que viviste en el interior del teatro o en tu apartamento, fue debido a la fuerte conexión que tenías con Anna, pero esta vez nada te unía con las personas que vistes en el restaurante.

-Pero sigo sin entender por qué Germán no pudo ver lo que nosotros vimos.

-Ya te dije que no todos tienen ese “Don”, pero tú, sí que lo tienes. Solo que gracias a lo que viviste el año pasado, se ha despertado.

-Pero Luz, yo no quiero despertar nada, solo quiero vivir tranquilo sin problemas ni visiones extrañas.

-Eso solo lo podrás controlar tú. ¿Piensas que yo estoy todo el día teniendo visiones o acercamientos con el más allá? Pues no Adrián, yo conecto solo cuando voy a trabajar o cuando considero que es importante el mensaje que van a dar. Las calles están repletas de almas que siguen atrapadas entre nosotros. Almas que saben que están muertas, pero no quieren marcharse, aferradas a la vida u otras que tienen un asunto pendiente, como el que tu viviste o el que acabas de vivir.

-Luz espero poder contar contigo en este proceso, porque no sé si estoy cien por cien preparado para ello. Las imágenes que he visto hoy de la gente tiroteada cayendo, me han impactado muchísimo y te puedo jurar que he salido aterrado. Pero por Germán, que sé como es, no lo he dicho.

-Querido cuando te pase, piensa que tu estas ahí para poder indicarles el descanso que se merecen. Esas almas estaban viviendo en el infierno, cada día a la misma hora representaban la misma función.

-¿Pero cómo era posible que Manuela sí tuviera consciencia?

-Manuela fue consciente de su muerte a diferencia de los otros, que en un abrir y cerrar de ojos pasaron de estar vivos a morir. Manuela conocía el camino, pero es que ella era luz pura, ni siquiera era un alma estancada, era como te digo energía pura, lo que se llama “Ángel de

la guarda". Por ello estaba allí, intentando que pudiéramos indicarle la salida al asesino.

-¿Ella sola no podía hacerlo, no?

-Exacto querido, Manuela necesitaba ayuda. Además, su personalidad era tan fuerte y siempre vivió una vida tan cerca de la muerte, que supo canalizar todo.

-Espero que el reportaje sirva como homenaje a las personas transexuales, que son visibles desde una perspectiva y juzgadas por lo que intentan ser… Por cierto, Luz me gustaría poder pedirte disculpas si este tiempo no he sido capaz de ponerme en contacto contigo, pero egoístamente pensé que cuando cerré todo lo que me supuso en mi vida Anna Evans, no quería saber nada de nuevo.

-¡Querido! Te digo lo mismo que te dije cuando nos hemos visto antes, no me debes ninguna disculpa. Sé cómo es tu alma, sé que no eres una mala persona. De verdad Adrián no te preocupes por eso, olvídalo.

-Gracias Luz…

Nos agarramos fuertemente las manos y de nuevo sentí esa misma conexión y esa misma energía que me recorrió todo el cuerpo. Lancé un suspiro con la misma intensidad que el montañero que escala la cima y tiene una visión completa de todo lo que le rodea.

Contar con Luz, era lo más cercano a tener cerca de mi a mi abuela o la madre que nunca consigo recordar.

Sentados en una de las tantas mesas de la enorme terraza y rodeados con el trasiego de los clientes y camareros que entraban y salían, Luz me soltó las manos de repente y su semblante cambió. Me miró fijamente y

empezó a acariciarse sus afilados y largos dedos repletos de anillos.

-Te recuerdo que Elena está esperando para que busques algo de ella.

-¿Elena?… ¿La amante de Anna?

-Sí, y te digo otra cosa, intenta cuanto antes visitar a tu abuela.

-Por supuesto, en una semana comienzo las vacaciones y me bajo a Málaga a pasar allí unos días con ella.

Apuramos la copa de vino y acompañé a Luz hasta el taxi, que la llevaría a su casa. Nos despedimos con un fuerte abrazo y me pidió que sí necesitaba cualquier cosa este verano la llamase, lo que no sabía es que no tardaría mucho tiempo en hacerlo.

El tiempo había cambiado y del intenso calor, ahora soplaba una brisa fresca que hizo que muchos madrileños salieran a la calle a pasear, comprar o tomarse un refresco. Yo llamé a Sara y a Germán para saber por dónde andaban, Sara comenzaba sus vacaciones al otro día y teníamos que despedirnos oficialmente.

9

Aquella noche los tres acabamos algo sobrepasados por la bebida. Tanto, que en cuanto llegué a mi apartamento me tiré sobre la cama, sin ni siquiera quitarme los zapatos y caí redondo hasta que a las nueve de la mañana el teléfono comenzó a sonar.

Con la cara aún en la almohada, localicé el teléfono y lo silencié, pero la insistencia era tal, que tuve que incorporarme en la cama y ver quién me llamaba un sábado tan temprano.

Mi corazón empezó a latir tan fuerte que me empezó a faltar el aire. Las llamadas las hacía Doña Matilde, vecina de mi abuela. Una horrible intuición me invadió completamente y recé porque no fuera lo que mi cabeza pensaba.

-Hola Doña Matilde, ¿qué pasa? - Titubee nervioso -Hijo mío tu abuela, ¡tu abuela se ha muerto! -¿Cómo?…

-Dios mío, Adrián ha tenido que ser esta madrugada, porque la pobre estaba en su camita durmiendo.

-Gracias Doña Matilde, busco un AVE y bajo esta misma mañana. Muchas gracias por avisarme.

-Nada nada hijo. Tú vente ya y yo te espero aquí, que estoy ayudando en todo lo que pueda.

-Muchas gracias…

Colgué el teléfono y todo mi cuerpo temblaba, no podía ser verdad lo que me estaba pasando. Sentado en la cama

comencé a llorar y mi mundo se vino abajo, mi única familia se acababa de morir y yo quería hacerlo con ella.

Aún sentado con la ropa de la noche anterior, saqué un billete de tren que salía en cuarenta minutos de la estación de Atocha. No podía perder ni un segundo, me metí en la ducha y llené una maleta de un puñado con la ropa que encontré en el armario. Me vestí y llamé un taxi hasta la estación.

Solo le pedía al taxista que corriera, que no podía quedarme en tierra. Necesitaba teletransportarme a Málaga y saltarme todos estos procesos inútiles, que me alejaban tanto de la persona que más quería de mi vida.

Llegué a la estación a toda prisa, ocultando mis ojos rojos de lágrimas tras unas gafas de sol, intentando disimular mis sentimientos y mi pena al resto de viajeros. A las nueve y veinte de la mañana, el tren se puso en marcha y aún me quedaban dos horas y media por delante de viaje, que se estaba haciendo eterno. Me preguntaba si habría sufrido, me preguntaba por qué no pude tener una última conversación con ella, me mataba por dentro no haber

estado cerca de ella. Y me fui castigando tanto y culpándome de todo, tanto que ya no me quedaban más lágrimas por echar.

Mi cara iba pegada a la enorme ventanilla y mis ojos se movían de un lado a otro, a la misma velocidad que los paisajes iban cambiando. Por mi cabeza pasaban las imágenes de mi niñez, mi infancia junto a ella, junto a esa mujer a la que nunca llamé abuela si no mamá. "*Mamaleo*", puede sonar raro aquel nombre, pero era la suma de mamá y Leonor.

En aquellas dos horas y media, fui recorriendo cada década de mi vida junto a ella, desde finales de los ochenta cuando mis padres murieron siendo yo muy pequeño. Los noventa, cuando me recogía cada tarde del colegio, me llevaba al médico o cuando hizo el gran esfuerzo de mudarnos a un apartamento con piscina, para así no pasar los veranos encerrados en casa, ya que unas vacaciones no nos podíamos permitir. En mis treinta y tantos años solo la he tenido a ella.

Tuve padre, madre, abuelo, abuela y hermanos en una sola persona. Ella me enseñó lo difícil que es ser mujer, el gran sobreesfuerzo que han de realizar por llegar a una meta a la misma distancia que la de un hombre. Mamaleo, jamás se vino abajo o al menos jamás la vi.

Aún veo como los sábados y domingos cuando tenía cinco o seis años me llevaba con ella a unas oficinas en el centro de la ciudad donde limpiaba, mientras yo me sentaba en una mesa y dibujaba, escribía mis historias y cuentos y jugaba a ser un jefe. Ella con su bata azul remangada y escoba en mano me gritaba:

-¡Adrián, déjalo todo como estaba! Tú solo el bolígrafo que te he dado y el papel, que me pueden regañar…
-Sí Mamaleo...

En aquellas oficinas nos tirábamos desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Agotada y cansada terminaba la semana, pero aún sacaba fuerzas para llevarme a un pequeño parque, rodeados de edificios, donde yo desfogaba y corría mientras ella se comía un paquete de pipas junto a las vecinas de toda la vida.

Los lunes me llevaba al colegio y luego entraba a trabajar en una cafetería donde hacía turno partido.

Ahora en este tren, miro las palmas de mi mano y veo que son muy diferentes a las de ella. Las suyas estaban repletas de heridas, quemaduras y cayos como bandera del esfuerzo. Las mías, sin rastro de ese esfuerzo gracias a esa mujer que me lo dio todo sin tener nada.

Con una enorme bola en la garganta, llegué a la estación de Málaga y como si fuera un loco tomé un taxi dirección al peor momento de mi vida. Baje la ventanilla y un intenso olor a mar me golpeó de lleno. En ese instante el oído se me agudizó, mientras la piel se me erizaba escuchando ese acento tan maravilloso que los del sur tenemos. La gente en la calle andaba con una sonrisa. Una gran ciudad, donde el estrés se guardaba en un cajón bajo llave para los verdaderos problemas.

El taxista paró frente al número 33 de la calle Palma Del Río, entre el barrio de Mainake y Parque Litoral. En el portal ya se agolpaban algunos vecinos en pantalones cortos y camisetas anchas, sobre todo amigas y conocidas de mi abuela, que en cuanto me vieron, cambiaron su rostro a uno algo más dramático y compasivo. Los pésames no tardaron en llegar, mientras los nervios hacían que el corazón casi se me saliera del pecho.

No espere al ascensor y subí hasta la cuarta planta por la escaleras con la maleta. Sentía que los escalones se multiplicaban a cada paso y cuando por fin llegué a aquella planta, mi mundo se detuvo. La puerta estaba abierta, dentro gente que ni siquiera había visto desde hacía muchísimo tiempo. En cuanto crucé la puerta, me llamó la atención que la enorme cristalera estaba abierta y se podía ver un intenso mar azul que reflectaba en el interior.

En aquel momento me perdí, mi cabeza se fue…¿Dónde estaba mi abuela?, ¿por qué no me esperaba como siempre

lo hacía?, ¿quienes eran todas aquellas personas, que me miraban como si fuera un mono del zoológico?

-¡Adrián cariño! Vida mía ven aquí conmigo.

Giré mi cabeza buscando de dónde venía la voz. Doña Matilde me estaba llamando con lágrimas en los ojos, solté la maleta, la abracé y rompí. Sentí que una parte de mí se había ido, me la habían arrancado de la forma más cruel. Y abrazado a Matilde , lloré como nunca lo había hecho. Desconsolado me aferraba a ella y Doña Matilde solo me acariciaba la espalda, dándome el tiempo que necesitara para desahogarme.

Poco a poco logré tranquilizarme, y en el fondo cuando me despegué de ella, sentí una vergüenza por aquella reacción natural.

-¿Doña Matilde, cómo ha sido?

-El forense se ha ido hace una hora Adrián, yo le he preguntado y me ha dicho que ha sido natural. Estaba durmiendo tranquilamente y durmiendo se quedó… No ha sufrido nada, su corazón ha dejado de latir y ya está. La voy a echar mucho de menos, sabes que ella era como una hermana. ¿Quieres entrar a verla?

-¿Puedo verla?

-Sí. Dentro están algunas amigas nuestras, que han venido a ayudarme a prepararla. Si tú quieres, les pido que salgan y entras para que estés solo con ella.

-Sí, mejor. Te lo agradezco muchísimo.

En Andalucía, hay una tradición que puede parecer extraña, que no valoré hasta aquel día. Cuando sobre todo una mujer mayor fallece en su casa, las amigas o vecinas de su edad con las que tenía alguna unión se unen para

arreglar, lavar, vestir a la persona fallecida. Es un profundo gesto que hace despedirte de una forma humilde y servicial de alguien que has querido y apreciado.

Las mujeres salieron y yo me quedé solo con mi abuela. Vestida, peinada, como si estuviera en una pequeña siesta incluso esbozando una sonrisa. Me senté junto a ella, puse mis manos sobre las suyas y en el silencio, me despedí de ella. Sería la última vez que vería a aquella mujer rubia, de pelo cardado y ojos verdosos. Me incliné sobre ella, besé su frente y salí de la habitación.

Poco a poco fui agradeciendo y saludando a la gente que había ido llegando. Doña Matilde me preguntó si quería comer algo, pero tenía tanto que organizar que no podía comer nada.

En medio del salón, me reclamaba un señor con traje negro y carpeta del mismo color con letras doradas. Gracias a Matilde que ardua en estos menesteres y supongo que acordado con mi abuela, tenía todos los documentos burocráticos para que aquel señor de la funeraria tramitara cuanto antes toda la parafernalia.

En esos momentos que te preguntan qué flores y ataúd quieres elegir, tuve que hacer de tripas corazón y comprender que el funeral para mi abuela era un momento importante en su vida, aunque ella ya ni siquiera estuviera.

Le pedí por favor a Doña Matilde que se sentara junto a mí, como digo ambas seguro que habían hablado de cómo debería ser su funeral. En quince minutos firme los papeles, trajeron una corona de flores compuestas por rosas blancas donde se podía leer:

"*Tu nieto no te olvida*"

10

El día solo acaba de empezar, aún me quedaban muchas horas por delante, esta vez en el tanatorio del cementerio. El seguro de defunciones se hizo cargo de todo, incluso del taxi que me llevaría hasta allí. Una enorme avenida de cipreses se abría ante mí y al final, un enorme crucifijo sobre un moderno campanario, que coronaba la montaña sobre la que se asentaba aquel lugar. Desde allí, se podían observar las vistas de la ciudad, cubierta por altas palmeras y el mar. Unas vistas impresionantes para el descanso eterno.

El cementerio no tenía nada que ver con los de estilos neoclásicos e históricos, que se habían convertido en museos visitables en muchas partes de la ciudad. Este lugar era un sitio moderno y planificado rodeado de fuentes y vegetación.

Bajo las gafas de sol, ocultaba mis ojos enrojecidos de las lágrimas y sin acordarme que las llevaba, entré en la sala habilitada, donde debía pasar la noche velando tras un cristal el ataúd de mi abuela. Si por mí hubiese sido, me habría negado a dormir allí, pero sé que mi abuela quería que así fuese. Allí me hallaba, sentado en un sillón, rodeado de conocidos y desconocidos, que me hacían levantar cada dos segundos. Ante mis ojos, estaba el gigante cristal que

me separa de mi abuela, cubierto de flores enviadas por muchísima gente.

El teléfono comenzó a sonar, era Sara. No tuve ni un segundo para avisarles, pero tampoco sabía de qué manera una persona anunciaba la muerte de un ser querido. Por eso tomé la decisión de no decir nada hasta que ellos me preguntaran dónde estaba. Me disculpé y salí de allí, alejándome un poco de todos ellos.

-¡Sara! ¿Qué tal tu primer día de vacaciones?

-Pues bien Adrián haciendo la maleta que mañana me marcho. ¿Oye nos tomamos algo esta noche rápido?
-Esta noche imposible, no estoy en Madrid.

-¿Dónde estas?

-He tenido que bajar a Málaga.

-¿ A Málaga, a qué?

-Esta mañana me llamaron… Mi abuela ha muerto.

-¿Qué? ¿Cuándo me lo pensabas decir?

-Es que no he tenido tiempo, todo ha sido muy rápido. -Cariño lo siento muchísimo. ¿Tú cómo estás? -Bueno… sinceramente muy jodido.

-De verdad Adrián te mando un abrazo y un besazo gigante… ¿Duermes en tu casa o…?
-Esta noche la pasaré en el velatorio, ya sabes tradiciones. Se quedarán a dormir las amigas y las vecinas de mi abuela, solo las más allegadas. Oye, ¿te parece bien si te llamo luego, más tarde? Es que están llegando más conocidos y el protocolo manda.

-Sí, ¡claro! Si no me llamas te llamo yo en un par de horas, te quiero mucho cariño.

Colgué el teléfono a Sara, tomé aire y volví a meterme dentro,

rodeado de lágrimas ajenas y conversaciones algo absurdas de aquellos vecinos, que se vieron esa misma

mañana en el portal. Poco a poco las horas fueron pasando, el Sol se fue poniendo y las farolas encendiendo,

mientras la afluencia había disminuido. Me sorprendió enormemente ver lo querida que era mi abuela, todo el mundo que se acercaba a mí lo hacía con un bonito recuerdo de ella.

Eran las nueve de la noche y viendo que todo estaba tranquilo, me escapé a la cafetería a tomar un café y comer algo rápido, necesitaba tomar aire.

-Doña Matilde voy a acercarme a la cafetería, ¿Quieres que te traiga algo de comer o beber?

-No hijo gracias, hemos traído de todo para pasar la noche aquí.

Era cierto, la tradición hacía que aquellos que pasaban la noche allí trajeran termos con café, con sopa e incluso bandejas de sandwiches y fruta.

Aproveché el camino a la cafetería para pasear y encender un cigarrillo sentado junto a una de las fuentes, mientras veía cómo la ciudad se iluminaba y brillaba. Sentado intentaba ser consciente de lo que estaba pasando pero aún no lograba asumirlo. Mi cabeza se negaba, supongo que la parte difícil vendría una vez todo terminase.

Intenté tardar lo máximo que pude en tomar el café y el sandwich, sentía que los segundos se convertían en siglos además, una enorme sensación de soledad y ansiedad invadía mi cabeza. Todo era como vivir un mal sueño y aún mi cabeza me dificultaba ser consciente de cuál era el motivo por el que estaba en este lugar.

Cuando terminé, encendí otro cigarrillo, miré el reloj y apuré la última calada. No era de buena educación dejar aquellas personas solas en un velatorio, sin el familiar más directo que tenía mi abuela.

Los grillos cantaban sin descanso y la brisa fresca de la noche aliviaba el calor que hizo durante la tarde. El cementerio a estas horas de la madrugada estaba completamente desierto, algunas de las salas colindantes a la mía se sentaban en el escalón fumando, otros lloraban, pero el silencio era prácticamente absoluto. Antes de volver a entrar, lancé un enorme suspiro y levanté la mirada al cielo intentando recibir alguna respuesta, pero fue inútil. Pero al entrar, entre los murmullos de algunas vecinas y amigas de mi abuela, que hablaban acorde con las horas que eran, reconocí rápidamente dos voces amigas. ¡No podía creerlo! Sentados en el sofá de la entrada, estaban Sara y Germán que se levantaron a darme un abrazo en cuanto me vieron.

En aquel instante sentí que ellos dos simbolizaban ahora la única familia que me quedaba y abrazados me derrumbé buscando consuelo. Así estuvimos durante unos cinco minutos, de pie, mientras el resto de señoras nos miraban entendiendo la difícil situación. Cuando por fin me calmé y les sonreí con los ojos enrojecidos y la cara marcada por el rastro de las lágrimas les pregunté:

-¿Pero cómo habéis venido?

-En tren Adrián. ¿Cómo vamos a venir? — Dijo en tono jocoso Germán.

-Era lo menos que podíamos hacer, cariño. En cuanto hablé contigo llamé a Germán y buscamos un par de billetes. — Sara continuaba acariciando la espalda.

-Pero de verdad, no teníais porque, pero sinceramente os lo agradezco. ¿Y vuestras maletas?

-En un hostal que hemos cogido de camino a Málaga, al lado de la estación. Hemos dejado allí el par de maletas y nos hemos venido en un taxi. — Dijo Germán

-¿Cómo? ¿Hostal? No no, mañana mismo cuando yo acabe de todo esto, vamos a por el equipaje y os quedáis en mi casa. Es más, a mí me queda aquí toda la noche y hasta mañana que sea el funeral a las doce no podré volver, así que os recomiendo que os vayáis y descanséis.

-No de eso nada. — Dijeron Germán y Sara a la vez.

-Nosotros hemos venido para estar contigo y aquí nos vamos a quedar.
-Bueno no os voy a decir nada más, solo que me sabe mal que os tratéis todo esto sin necesidad. ¿Habéis cenado algo, os apetece tomar un café?
-Pues mira un café o una botellita de agua estaría genial.

Me acerqué de nuevo a Doña Matilde para que me disculpara, pero que habían llegado dos amigos de Madrid y los iba a llevar a la cafetería. De nuevo me ofrecí a traerles lo que quieran de allí a aquellas buenas vecinas, que acompañaban a mi abuela en su último viaje.

Las horas fueron consumiendo lentamente, dentro de la sala la mayoría dormía. Germán y Sara se recostaron en uno de los sofás y se quedaron completamente dormidos. Antes de hacer lo mismo, me levanté y entré a la otra sala, donde estaba el cristal que me separaba del ataúd de mi abuela cubierto de flores. Puse mis manos abiertas contra el cristal y apoyé mi frente en él y entonces en aquel instante, sentí como una ráfaga de aire helado recorrió mi cara y mi brazo, mi abuela estaba allí conmigo y pude sentir su perfume y su caricia. Con una sonrisa en la cara, pero roto de dolor por dentro, me senté en una silla y con la cabeza postrada en la pared me quedé dormido.

11

Eran las siete y media de la mañana, cuando Matilde y algunas mujeres más iban despertando y elevando la voz. Mi cuello seguía en la misma posición y mientras abría los ojos el dolor cervical se hacía más y más insoportable, acompañado de un dolor de cabeza monstruoso. Germán y Sara continuaban durmiendo el uno sobre el otro, en una posición más común entre los contorsionistas de un circo.

-Adrián, cariño. Voy a acercarme a casa para cambiarme para el funeral. ¿Quieres venirte conmigo por si tienes que cambiarte o ducharte o algo? Yo para las ocho y media, estoy aquí. Se quedan con tu abuela Pilar y María con sus maridos. — Me dijo Matilde amablemente.

Llevaba con la misma ropa desde que salí de Madrid y me hacía falta arreglarme un poco y darme una ducha de agua fría.

-Matilde ¿Te importa si vienen con nosotros mis amigos? No te preocupes luego por traernos, que cogeré el coche de mi abuela para venir.

-No, ¡qué me va a importar! Venga despiertalos y nos vamos, que no quiero estar mucho tiempo fuera.

Desperté a Germán y Sara para decirles que se vinieran conmigo, pero se quedaron allí. No tenían la ropa y

preferían desayunar en la cafetería tranquilamente, hasta que regresara.

-¿De verdad no queréis refrescaros o lo que necesites de verdad?

-De verdad Adrián, no te preocupes por nosotros. Te esperamos aquí, tú te arreglas y aquí vamos a estar. Te volvemos a decir que no te preocupes por nosotros.

Sara se levantó del sofá, me dió un caluroso abrazo y los dejé allí, sentados sin poder cambiar ese sentimiento de culpabilidad. Mi cabeza estaba ahora dividida entre dar el último adiós a mi abuela y que mis amigos se encontraran bien y cómodos dentro de la situación.

Me subí al coche y Doña Matilde arrancó y aceleró de cero a cien en solo dos segundos. Iba tan rápido, que tuve que agarrarme a la sujeción del techo para controlar los bruscos movimientos. Me di cuenta que mi vecina no quería perderse absolutamente nada de lo que ocurriera durante el funeral. Todo el camino lo hizo sin hablarme ni mirarme, tras 15 minutos, llegamos al edificio, después de saltarnos algún que otro semáforo.

-Adrián cariño, yo me ducho y vuelvo, ¿de verdad no quieres venirte conmigo?

-No muchas gracias, yo también me cambio y salgo para allá. Solo espero encontrar las llaves del coche rápido.

-Bueno pues no tardes por favor, te veo luego allí en el cementerio, que a las doce es la misa y el funeral.

Cuando entré en la casa, una rara sensación me invadió por completo, aunque no me pare mucho tiempo allí. Entré, busqué las llaves del coche, que estaba dentro de un canasto de mimbre en la entrada de la casa, cogí la ropa de

mi maleta y fui a la ducha. Me cronometré mentalmente, ya que debía estar allí recibiendo a la gente y con mis amigos y en solo media hora, estaba listo y subido en el coche, poniendo rumbo a aquel raro lugar. Avisé por teléfono a Sara y Germán de que ya estaba en camino, les pedí que me esperasen para desayunar.

Mi abuela tenía una tradición que aplicaba cada domingo, a la hora de desayunar y desde que me marché a Madrid, lo hacía la primera mañana que me despertaba en su casa. Antes de llegar al cementerio, paré en una churrería y compré unos cuantos churros, en Málaga conocidos como *"tejeringos"* acompañados de tres café con leche para llevar. Así entré en el cementerio, aparqué el coche y dejé las puertas abiertas, como si hubiera viajado al pasado y esperase para entrar en una discoteca. Después, avisé a Germán y a Sara, para que me acompañasen en aquel último homenaje dedicado a mi abuela.

Los dos se quedaron un poco asombrados cuando me vieron, pero no dudaron en "mojar el churro" y desayunar.

La gente fue llegando y a las doce, no cabía un alma frente a la puerta central de la enorme capilla. Todo el mundo me paraba y me daba sus condolencias y muchos sollozaban ocultos por las gafas de sol.

La puerta se abrió y todos fuimos pasando, en silencio, sobre el pulido suelo de mármol que reflectaba la luz de aquel lugar blanco e impoluto. Frente a las escaleras del altar habían puesto el ataúd de mi abuela.

Ella aunque no era una mujer muy creyente, disfrutaba de la parafernalia festiva que se creaba alrededor de las tradiciones. Una mujer liberal de espíritu y acciones que guardaba su ala más conservadora, con respecto a todo lo

que sucedía en la ciudad. Leonor, como se llamaba mi abuela, había pedido a sus amigas que le dieran una misa cuando muriese … por si acaso.

Por si acaso todo lo que nos habían contado desde niños, era cierto y algo o alguien le impidiera cruzar las puertas del cielo. Mientras, su nombre retumbaba entre las paredes de aquel lugar, haciendo que se me estremeciera el cuerpo y tragando saliva para no volver a llorar.

Las campanas comenzaron a redoblar, al finalizar la misa y todos empezaron a salir de allí. Fuimos entrando esta vez en el interior del cementerio, donde Leonor sería enterrada.

Todos nos congregamos alrededor de aquel foso abierto en la tierra. Doña Matilde se agarraba fuertemente de mi brazo, mientras apretaba con fuerza un pañuelo blanco con el que se limpiaba las lágrimas. Algunos familiares lejanos miraban la escena y luego me miraban a mí con gesto de dolor. Mis amigos se encontraban detrás de mí observando.

El intenso Sol hacía que los abanicos se abrieran y chocaran contra los pechos de mujeres y hombres que sudaban sin parar. El cura cubierto por una toga de encaje blanco introdujo su hisopo el agua bendita y comenzó a lanzar el agua sobre el féretro de mi mamaleo. Poco a poco aquella caja de madera de caoba barnizada con un enorme crucifijo, fue bajando ante nosotros y dos faenados trabajadores comenzaron a verter tierra sobre él. Ahí me di cuenta que quien estaba bajando no era otra que mi abuela, aquella señora maravillosa y buena que cuido de mí como si fuera una madre. De repente, una enorme bola se me hizo en la garganta y la barbilla me empezó a temblar mientras los congregados se despedían de mí con un abrazo, un par de besos o un apretón de manos.

Doña Matilde se quedó conmigo en aquel amargo trago, sin dejarme ni un solo momento. Siempre infravaloré a aquella mujer, pensé que era una cotilla, que vivía más con los asuntos de mi abuela y míos, que en el suyo propio. Pero es que Matilde se quedó viuda muy joven y nunca tuvo hijos, así que mi abuela era su única familia con ella y conmigo pasaba las fiestas navideñas y recibimos el año nuevo juntos. Y aquel día aprendí a que aquella granadina, que vino junto a su marido a buscarse la vida a esta ciudad, no debí prejuzgarla nunca.

Cuando todos se marcharon, Germán, Sara y Matilde caminamos hasta el aparcamiento sin prisas en silencio, necesitando asimilar y tragar lo que acabábamos de enterrar. Y frente al coche de mi abuela Matilde nos preguntó:

-¿Os apetece venir a casa y preparo algo de comer?

-Te lo agradezco muchísimo Matilde, pero voy a acercarme al hostal que habían reservado, para que lo anulen y luego iremos a casa de mi abuela para que descansen… ¿Matilde?

-Dime hijo…

-Quiero darte las gracias de todo corazón por lo que has hecho. Sin tu ayuda, yo no hubiera sido capaz de esto, de verdad muchísimas gracias.

Los ojos de Matilde se llenaron de lágrimas, con miedo a deslizarse por su mejilla. En silencio se acercó a mí, me tomó las manos , me las acarició y sin decir nada se subió a su coche y se marchó sin decirnos nada más.

Su coche desapareció por la avenida de cipreses y nosotros nos quedamos allí mirando su marcha. No tardaron

mucho en darme un fuerte abrazo, la vida continua aunque sea un día duro y extraño.

El reloj marcaba la una y media del mediodía y teníamos que ir hasta el hostal, recoger las maletas y volver a casa. Una parte de mi necesitaba estar solo, pasar ese trance

solo, pero por otro lado agradecía infinitamente que estuvieran aquella primera noche conmigo.

Nosotros subimos al coche para ir hasta el hostal, el silencio era casi ensordecedor, si no fuera por el ruido del resto de los coches y el motor del aire acondicionado. Ninguno hablamos durante el trayecto, yo me quede dentro y ellos salieron con sus maletas a toda prisa. Se que no sabían muy bien cómo llevar esta situación, como entrar ahora a casa de la mujer que acababa de fallecer.

Metí el coche en el aparcamiento, subimos en el ascensor y tras un largo suspiro abrí la puerta y la crucé de nuevo. Un intenso nudo se me hizo en la garganta que intente eliminar tragando saliva y carraspeando la garganta una y otra vez.

-Bueno chicos, esta es la casa de mi abuela. Perdonad el desorden, pero es que ayer cuando llegué todo el mundo estaba aquí dentro. Aquí tenéis la cocina, este es el salón y al fondo a la derecha tenéis el baño. Mi habitación es aquella, dejad las maletas allí y poneos cómodo estáis en vuestra casa.

Me salí a la terraza y encendí un cigarrillo mientras observaba el mar azul que tenía frente a mí. Germán y Sara se sentaron en el sofá uno junto al otro hablando en silencio, sin querer molestar. Pero cuando me giré, algo llamó mi atención. Sobre el sofá mi abuela había colgado una enorme foto enmarcada de mi abuelo y ella juntos el día de

su boda. Jamás había visto aquella foto y ahora que lo pensaba, mi abuela nunca me había hablado de aquel señor que falleció al poco tiempo de nacer mi padre. Quizás por la enorme pereza de tener que revivir una mala época que es mejor olvidar.

No sé lo que el destino me tendría preparado, pero en cierta manera me daba miedo pensar que podría correr la misma suerte que mi abuelo o mis padres que murieron jóvenes. Como mi abuelo, mi padre murió junto a mi madre en un terrible accidente de tráfico, cuando yo solo tenía once meses de vida. Siempre le pregunto a mi abuela que me contara la historia de lo que les sucedió a mis padres, ella rehacía, esquivaba mis preguntas, hasta que antes de marchar a Madrid le pedí por favor ser conocedor de lo que ocurrió.

12

Cansada de escucharme, pensó que quizás era el momento oportuno para responder por fin a mi pregunta. Ambos nos sentamos en el mismo lugar donde estaban sentados mis amigos. Mi abuela terminaba de untarse crema en las manos, que con los nervios casi termina el pequeño bote de cristal mientras se frotaba con fuerza las manos una y otra vez. Yo simplemente me senté junto a ella, mirándola fijamente, sin que me importara el tiempo que tardara en empezar, para ayudarla a situar la historia en un orden cronológico correcto.

Dicen que con el paso de los años, sobre nuestros recuerdos, dibujamos otros a nuestra medida, y llegamos a convertir una realidad en una pequeña mentira con ápices de veracidad.

-Adrián… Todo ocurrió un 16 de Octubre de hace ahora

33 años. Recuerdo que aquella lluviosa mañana de otoño, tus padres llegaron al otro piso que teníamos en la zona este de la ciudad.

Aquel sábado tu padre no subió a verme, se quedó en el coche esperando a que tu madre subiera a dejarte en casa para que yo te cuidara. El último día de vida de mi hijo y no pude verle la cara ni darle un último beso en vida.

Tu padre tenía una comida de empresa en Granada, le dije a tu madre una y otra vez que ¡por favor la suspendieran! La enorme tromba de agua incluso inundó

avenidas y calles y el estrepitoso granizo que cayó hizo añicos las lunas de muchos coches. Pero ninguno me hizo caso, simplemente me entregaron a un pequeño bebé, envuelto en su mantita junto con el bolso lleno de pañales, biberones y leche en polvo para que no pasaras hambre.

-Antes de las nueve de la noche estaremos de vuelta Leonor, no se preocupe. — Dijo tu madre.

En aquellos años, las carreteras poco tenían que ver con las actuales y un trayecto que hoy se hace en poco más de una hora, antes se hacía en dos. Los móviles se sustituían por cabinas telefónicas, y los airbags y cinturones de seguridad eran un lujo, que pocos podían llevar en el coche.

Y allí nos dejaron a los dos, te cogí en brazos y puedo jurarte que casi me vuelvo loca entre tus llantos y la tormenta que hacía crujir las ventanas. Como no parabas de llorar, te hice un biberón templado y nos sentamos en la mecedora que tenía junto a la estufa pegada en la ventana y cantando nanas todo el día, logre que te calmaras y al final te quedaras dormido junto a un enorme peluche anaranjado, que tuve que tirar desecho de tus babas y bocados.

Pero yo no conseguía calmarme, las horas pasaban una tras otra e intranquila, deambulaba con la radio puesta de un lugar a otro de la casa. Cuando el reloj marcó las nueve de la noche empecé a estar más nerviosa aún, de las nueve pasamos a las diez y de las diez a las once de la noche. Empecé a imaginar lo peor, aunque en mi cabeza, intentaba aplacar aquellos pensamientos. Pero yo sabía que algo no iba bien.

Tu padre sí decía que estaba en una hora, estaba a esa hora. Era un hombre prudente, al igual que tu madre. Y si tenían que salir tres horas antes para llegar a la hora

acordada lo hacían, no era la primera vez que por trabajo tenían que viajar a Córdoba, Sevilla o Portugal. Quizás se hubieran quedado sin gasolina, el coche los dejó tirados en medio de una autovía. O prefirieron pasar la noche allí antes que arriesgarse a volver, con la que estaba cayendo. Pero si hubiera sido la última opción, me hubieran llamado por teléfono.

A las doce y media de la noche no aguanté más y llamé a la policía.

-Buenas noches, quiero denunciar una desaparición. Mi hijo con su mujer deberían haber vuelto antes de las nueve de la noche a Málaga desde Granada y son las doce y media y no sé absolutamente nada y con el granizo, las inundaciones y la tormenta me estoy poniendo en lo peor.

El policía me pidió que me tranquilizara y que le diera el número de la matrícula del coche de tu padre. Solté el teléfono y rebusqué en unas libretas donde apuntaba todo lo que yo sabía que necesitaba apuntar, direcciones, teléfonos, recordatorios, etc. Una vez le di la matrícula del vehículo, me pidieron que les dijera las características del coche, modelo, color…

Me avisaron que me llamarían si tenían alguna noticia y que intentara dormir, pero no pude. Aquella noche ni siquiera me quite la ropa y vestida seguía con esa ansiedad que una madre genera cuando se activa ese sexto sentido, que solo las madres sufren y es como si te retorcieran el estómago por dentro y te faltara el aire.

No sé cómo, pero me quedé dormida en la mecedora, cuando sentí un frío beso en la mejilla que me despertó. Llevé mi mano a la cara y supe que aquel beso era de tu padre, se estaba despidiendo de mí y entonces el teléfono sonó. El enorme ruido que hizo te despertó y comenzaste a

llorar sin parar y yo te acompañe en aquel llanto de un final que no conocía.

-Sí soy yo, dígame. ¿Cómo?, ¡no puede ser! ¿Está usted seguro de eso por Dios?… Sí, está bien aquí les espero.

Era el mismo policía con el que había hablado unas horas antes, informándome que la guardia civil había encontrado el coche de tus padres en la cuneta de la carretera boca abajo y ellos dos habían muerto en el acto. Cuando la Guardia Civil encontró el coche, el accidente se había producido mucho antes, sobre las ocho de la tarde en la zona del puerto de las pedrizas junto a la entrada de la provincia de Málaga. Según me contaron quienes llevaron el caso, el coche derrapó por la lluvia, se salió de la carretera y chocó con una roca, que les hizo dar varias vueltas de campana hasta que acabaron en una cuneta junto a un riachuelo, a unos diez metros de altura. Poco pudieron hacer por tus padres…

…Estaban desfigurados y atrapados entre el amasijo de hierros… Aquella madrugada te abrigue y espere en el portal del edificio a que llegara un coche de la policía que me llevaría, nos llevaría, al hospital donde tendría que identificar los cuerpos. Esa fue la peor noche de mi vida, me castigué durante toda mi vida de no haber sido capaz de convencerlos para que hicieran aquel viaje. Me castigó y aún me castigo a día de hoy.

Contigo en brazos, me llevaron a los sótanos del hospital, donde meten los cuerpos hasta que sean reconocidos por los familiares o que esperan a ser trasladados al tanatorio. Una enfermera que estaba por allí me pidió que te dejara con ella mientras yo reconocía a tus padres. Así que sin pensarlo mucho, te dejé en los brazos de aquella desconocida en medio de un enorme pasillo en silencio, donde solo se escuchaba mi respiración y el chillido

de los zapatos al andar por aquel suelo encerado. El policía que nos llevó en el coche me acompañó. Agradeceré toda mi vida lo que hizo por mí aquel hombre, que sin conocerme, estuvo junto a mi en el peor trance que una madre puede vivir. Cruzamos las puertas y entramos en una enorme sala donde el frío era intenso. El forense nos esperaba de pie junto a dos cuerpos suspendidos en unas bandejas que salían de la pared, como si se tratara de un enorme archivador y cuando me acerqué a aquel hombre acostumbrado a esos horribles momentos me preguntó:

-¿Está usted lista? ¿Quiere esperar?

Pero no, ni estaba lista ni quería esperar. Necesitaba terminar ya con esa historia y pedía a Dios que por favor hubiera sido un macabro error y ellos no fueran lo que estaba ahí. El forense levantó las sábanas que cubrían sus cabezas y te puedo jurar que el mundo se me vino encima, quería morirme, sentí como si me aplastaran. Grité, chillé, me arrodillé en el suelo pidiéndole explicaciones a Dios.

Allí bajo esas sábanas, estaba lo que quedaba de tu padre, su cara estaba hinchada y desfigurada, pero llevaba colgado una cadenita de oro con la inicial del abuelo. A tu madre la reconocí simplemente por la ropa que llevaba puesta cuando subió a dejarte en casa y que me enseñaron, por que era incapaz de reconocerla. Adrián ¿sabes lo duro que es para una madre vivir algo así? Y más duro es tener que contarlo, se que te merecías esta explicación y por eso no he censurado absolutamente nada. Pero te puedo asegurar, que por mucho que lo explique es imposible visualizar lo que yo vi. A mi hijo y a mi nuera de esa manera.

Salí de aquella sala completamente destrozada. En aquel momento y te soy completamente sincera, me hubiera

quitado la vida. Aquel policía me sujetaba para que yo no cayera al suelo, pero solo quería encontrar una caja de pastillas, una ventana abierta o una cuchilla para quitarme del medio. Pero entonces, hundida, escuché tus llantos mientras la enfermera daba saltitos para relajarte y me di cuenta que aún no era mi momento. Así que más muerta que viva, me acerque a ti, te tome en mis brazos y juntos salimos de allí. No me quedó más remedio que aprender a sobrevivir a un hijo. Y tú Adrián fuiste esa luz en mi camino, no hay día y noche que no me acuerde de tu padre, de tu madre, de tu abuelo. Pero solo tenemos una oportunidad en la vida y yo aprendí gracias a ti que ellos estarían siempre en mi recuerdo y esa sería la mejor manera de mantenerlos vivos en mi memoria. Tus padres estarían muy orgullosos de ver como has crecido y en que te has convertido. -

Mi abuela se había abierto en canal ante mí, tengo que reconocer que aquella historia me impresionó tanto, que durante algunas noches me costó conciliar el sueño, ya que cada vez que intentaba cerrar los ojos, mi cabeza recreaba aquella imagen de mi abuela viendo los cuerpos de mis padres. Nunca más le pregunté a mi abuela por ellos y en cierto modo, me llegué a sentir culpable de haber sido tan insistente sobre su accidente.

Germán y Sara me observaban en silencio mientras yo regresaba en mi, y observaba el retrato de recién casados de mis abuelos. Sabía la historia de mis padres, pero casi nada sabía de aquel hombre que acompañaba a mi abuela en la foto.

13

-¿Adrián, te encuentras bien? — Preguntó Sara.

-Sí, sí. Perdonad, me acordé de una cosa que me contó mi abuela. ¿Os apetece ir a tomar una cerveza a la playa?

-Adrián, por nosotros no lo hagas, queremos que estés tranquilo y acompañarte en tu dolor. — Dijo rápidamente Germán.

-Chicos, de verdad os agradezco infinitamente lo que estáis haciendo, pero aquí todo el día no podemos estar. Necesito sentir el mar cerca y tomarme una cerveza para despejarme de estos dos extraños días.

Sentir la brisa del mar por primera vez después de todo, me hizo cambiar el chip. Me apetecía mucho tomarme unas cañas junto a las dos personas que más quería, que además me ayudaron a centrarme y a vivir sin ser egoísta de la vida que tenía por delante.

A partir de la muerte de mi abuela, mi vida había cambiado aunque yo no lo quiera. Todo iba a ser diferente y ella ya no iba a estar para echarme un cable cuando lo necesitara, así que mejor ser consciente de ello y no verme atrapado en una espiral de autodestrucción psicológica.

Los tres estuvimos toda la tarde paseando, hablando, les conté historias de mi niñez, de las regañonas que ella me echaba cuando hacía algo mal. Quizás necesitaba eso,

contar esa parte de mi que acababa de morir para rendirle tributo a “mamaleo”.

Me di cuenta que no habíamos comido nada en todo el día, así que decidí llevarlos al final del paseo marítimo. Fuimos a una zona conocida como Sacaba Beach y nos sentamos en un pequeño chiringuito familiar, con las mesas de plástico sobre la arena de la playa. Estaba lleno, hasta la bandera, pero era un buen destino para comer espetos de sardinas y fritura de pescado. Quería enseñarles lo mejor de mi ciudad a Sara y Germán, que nunca antes habían estado en Málaga.

Aquel lugar era como regresar a los típicos restaurantes de la década de los ochenta, con focos en postes de madera iluminando las mesas y coches aparcados frente a

donde se asentaban las mesas. Puede parecer una tontería, pero aquel momento me hizo sonreír y sentirme bien.

Cuando acabamos de cenar, anduvimos por la orilla de la playa, mojándonos los pies y sintiendo el agua. Aunque era tarde, estaba repleta de familias y grupos de jóvenes que se reunían alrededor de sus mesas o toallas mientras charlaban, bebían o simplemente observaban las estrellas. Un poco más adelante, un cine de verano proyectaba una película francesa y multitud de vecinos se habían llevado sus sillas disfrutando del agradecido fresco nocturno, que tanto se añoraba durante el día. Nosotros, en cambio, acabamos sentados frente al mar observando como la luna se reflejaba en la oscura agua y las olas rompían justo delante de nosotros.

Pero el cansancio empezaba a vencernos, la noche anterior la habíamos pasado en el tanatorio intentando dormir algo y ahora el sueño nos estaba llamando de una manera sobrehumana. Así que cuando entramos de nuevo

en casa, entre bostezos y ojos que se iban cerrando, acabamos profundamente dormidos… casi todos.

El enorme reloj de pared, situado sobre la televisión del salón, retumbaba en medio del silencio de la noche. El mecanismo marcaba cada segundo con sus tic y con sus tac, una y otra vez. De repente el frigorífico crujió, ayudado del ruido eléctrico que suena detrás de él.

Yo no paraba de girar de un lado a otro en la cama, intentando encontrar la posición correcta y lograr el sueño que tanto deseaba. Estaba muy cansado, mi mente estaba agotada. Pero cada vez que cerraba los ojos para intentar conciliar el sueño, se me venían a la cabeza las planificaciones del día siguiente. Me preguntaba cómo debía afrontar una situación tan delicada y qué haría para no dejar de lado a mis amigos. Y además estaba el intenso olor del perfume que emanaba mi abuela. Todo olía a ella; las sábanas, la ropa, los armarios, los baños. Me daba aterraba tanto pensar en no oler aquella fragancia nunca más, que mi cabeza se puso a trazar un plan esquemático, para intentar no hacer desaparecer aquel olor.

La noche me empezó a ser eterna, y cuando pensaba que estaba todo perdido, mi cabeza comenzó a contar los tic tac del reloj de pared, haciendo que lo más estúpido sirviera como remedio infalible para caer dormido y descansar.

Aunque poco me iba a durar el sueño. Hacía un calor intenso, las sábanas se pegaban por el sudor y la ventana abierta, ayudaba más bien poco. Pero mi cuerpo no podía más y sobre las seis de la mañana, mis ojos se abrieron de par en par, para no dejarme dormir más. Me levanté de la cama y me senté sobre ella, restregándome las manos sobre la cara intentando pensar qué iba a hacer tan

temprano. Con cuidado, alcancé el pantalón y saqué la cajetilla tabaco del vaquero. Tomé un cigarrillo y con cuidado de no hacer ruido para no despertar a Sara y Germán, abrí la puerta corredera de la terraza y mirando la luna aún iluminada me fume el cigarro intentando relajarme.

Pero el extraño silencio que reinaba en mi casa me ponía los vellos de punta. Notaba como me observaban, podía sentir que alguien me miraba desde lo lejos. ¡No podía ser verdad, que otra vez volviera a pasar! Con la muerte de mi abuela, lo que más necesitaba era trabajar y tener la mente ocupada. Dando las últimas caladas, un mensaje llegó a mi teléfono móvil, que lo llevaba en la otra mano. Estaba extrañado, ¿quién escribe a las seis de la mañana? Tengo que reconocer que el corazón me empezó a latir, es un sentimiento que sale cuando estás predispuesto a que sea una mala noticia. Pero el mensaje lo enviaba Luz:

-Cariño, siento muchísimo lo de tu abuela. Yo la vi el otro día, cuando nos tomamos el café y te acariciaba el pelo. Pero no podía contarte que su fin estaba tan cerca. Lo siento muchísimo y ella estará siempre para protegerte, tu abuela será quien lleve el faro junto a tu espalda y te ilumine en los caminos más oscuros y difíciles. Espero no haberte despertado. Si me necesitas llámame y aprovecha tu estancia y busca a Elena… Un beso y mucho ánimo.

Y cuando termine de leer, todos los vellos de mi cuerpo se erizaron y el olor de mi abuela me rodeó intensamente. En aquel momento, cerré fuerte los ojos, sintiendo como una mano fría me acariciaba la espalda de arriba a abajo. Y yo en medio de la terraza frente al mar, levanté mi brazo

derecho y llevé la mano a mi hombro izquierdo para acariciar aquella mano que me apretaba el hombro.

Con una sonrisa, me giré. Abrí los ojos envueltos en lágrimas, pero frente a mí, no estaba mi abuela. Estaba Elena, la misma Elena que vi en mi apartamento y amante de Anna. Su cara estaba destrozada y quemada, su ropa rasgada y su tez pálida y azulada. Intenté alejarme de ella, estaba asustado, pero no podía, su mano fría y huesuda me agarraba fuerte, su boca se abría, quería decirme algo pero no podía, no salía sonido alguno de su boca. Su agonía de no poder hablar le llenaban sus ojos de ira y desesperación.

Estaba aterrorizado, estaba bloqueado, quería moverme de aquel lugar, quería saber qué le pasaba, pero no podía, no me dejaba. Pero entonces una luz anaranjada apareció por el pasillo frente a mí. El fantasma de Elena giró su cabeza y al ver la luz dejó de apretarme y desapareció a la misma velocidad a la que desapareció lo que había en el pasillo.

Me faltaba el aire, las piernas me temblaban y el corazón se me iba a salir. Como pude me senté en el suelo dejándome resbalar por la barandilla de la terraza y me acurruqué abrazando con mis manos las piernas.

Pensaba que aquella mujer que me acariciaba la espalda era mi abuela, pero no era ella. ¿Qué hacía allí Elena, tan lejos de Madrid?

Luz me contó, que las energías de los espíritus podían posicionarse junto a un ser vivo del que necesitara algo, y yo tenía el presentimiento de que Elena quería mi ayuda para resolver algún secreto guardado. De pronto, recordé las palabras de Luz antes de despedirnos: “Elena quiere que vayas al cortijo abandonado”. ¿Acaso este suceso era una llamada?

Como me pasó con Anna Evans, estas situaciones me incomodaban. Aún era demasiado principiante para comprender las conexiones entre cuerpo y energía. Me sentí agobiado, y solo deseaba concluir el caso.

No podía continuar en esa posición, suspiré y me puse en pie, intentando localizar el móvil. Busqué por cada esquina de la enorme terraza, entonces me asomé a la calle, pidiendo al cielo que no hubiera caído bloque abajo. Pero de poco sirvió pedir, estaba completamente reventado contra la acera de la calle. Me había quedado sin teléfono.

Ahí guardada todos mis documentos, fotos, grabaciones, era mi pequeña oficina. Corrí a la habitación, me vestí y bajé a por él. Cuando llegué a la acera, recogí los trozos que pude, sobre todo me interesaba la tarjeta del teléfono. La calle empezaba a iluminarse por el alba, y sin nada que hacer decidí ir a correr por la playa.

14

La playa estaba completamente vacía. Las gaviotas gritaban y se lanzaban al mar, rodeando las pequeñas barcas de pescadores que sacaban algunos peces. Las olas rompían suavemente en la orilla y la suavidad del Sol, me llenaba de energía. Corrí como si no hubiera un mañana. Corrí para dejar atrás este maldito año. Y corrí mientras la arena mojada se levantaba a cada zancada mía, para aclararme las ideas.

Empapado de sudor después de estar corriendo una hora, puse rumbo al piso de mi abuela. Las playas empezaban a llenarse de madrugadores que ponían las sombrillas y las sillas y regresaban a sus casas a desayunar para tener el mejor sitio durante el día de playa. Mi reloj marcaba las ocho de la mañana, el calor empezaba a ser de nuevo intenso y los coches comenzaban a tomar la ciudad.

Subí a casa completamente nuevo, renovado, con ganas de ponerme a trabajar y descubrir lo que quería de mí la señorita Elena. Mis amigos continuaban durmiendo, sin embargo, yo jamás había podido conciliar el sueño cuando viajo o me quedo a dormir en casa ajena a la mía. Pero tanto Germán como Sara, aquello no les afectaba para nada. Con la camiseta metida por el lateral de la goma del pantalón y aún sudando de la carrera, puse la máquina de café en marcha y mientras se hacía, me fui a darme una ducha de agua fría. Para no hacer mucho ruido me metí en

el baño de la habitación de mi abuela, allí estaban todos sus perfumes, sus lacas, sus pinturas, todo como lo dejó la noche antes de morir.

Aquello me hacía luchar una y otra vez con mi estado anímico. Mi cabeza intentaba levantarse y asumir la pérdida como algo normal en el ciclo de la vida. Pero mi corazón se encogía y sollozaba como un niño que necesitaba gritar para que su abuela viniera a darle un abrazo. En aquel momento me di cuenta que el luto no se lleva en la ropa, se lleva en los sentimientos y que todos debemos pasar un duelo temporal, hasta que nuestro corazón se reponga y aprenda a vivir con los recuerdos y no con los sueños.

Al salir de la habitación, escuche unas pisadas que venían de la cocina, con cuidado fui acercándome, mientras la tensión subía a cada paso. Y cuando entré en la cocina, vi a Sara trasteando la cafetera.

-¡Joder Sara! Me has dado un buen susto. — Dije preocupado.

-¿Susto de qué? El olor a café es superior a mi. Una bomba explotó a dos centímetros de mi cama y sigo durmiendo, pero el olor a café aunque esté en el piso de abajo me levanta y me pone las pilas.

-Ya, ya veo… en fin voy a ponerme algo de ropa.

-Si ponte ropa, porque no te quiero convertir en mi desayuno. — Dijo riéndose Sara.

-Adrián, qué pena que no seas gay, porque tendrías un mercado donde triunfar. Yo solo te digo eso. — Exclamó Germán, que estaba justo detrás de mí.

-¡Joder qué susto! Mira que lo pienso Germán, pero luego no me veo yo con otro tío. Sara y tú, para mi eres mi hermana

-Lo sé, sé que soy tú hermanita y tú mi hermanito.

-Bueno me voy a vestir que me estáis dando miedo esta mañana.

Tener a mis amigos cerca me hizo sonreír, una tontería como aquella broma me hacía olvidar lo que había vivido. Cuando salí de la habitación, me encontré con la mesa de la terraza puesta, una jarra de zumo de naranja, café caliente,

tostadas con mantequilla y mermelada. Un auténtico banquete para desayunar.

-Chicos, os quiero muchísimo, gracias por todo. Pero ya os he robado mucho tiempo de vuestras vacaciones y os pediría que os marchéis para disfrutarlas como la teníais planificadas.

El silencio se hizo en la mesa, Germán y Sara se miraron, en una conversación secreta que duró algunos segundos. Entonces Sara, tragó el trozo de sandía que estaba masticando y dijo:

-Bueno Adrián, yo me marcho esta tarde para Madrid y creo que Germán también.

-Si, vinimos para acompañarte, pero ayer pensamos que también… Bueno, necesitabas tu espacio y que estuviéramos aquí te iba a dificultar encontrarte. -- Dijo Germán un poco tartamudeando.

No dije nada, solo les mire y sonreí, creo que es la mejor decisión que habían tomado. Egoístamente necesitaba estar solo y ponerme a hacer llamadas a bancos, hacer papeleos

para dar de baja a mi abuela, etc. Así que decidí no darle más vueltas y disfrutar del último día.

Aprovechamos y dedicamos sus últimas horas a enseñarles la ciudad que me vió nacer y así acercarme a una tienda de móviles y comprar uno nuevo. Paseamos por calle Larios, se quedaron boquiabiertos con la catedral a medio terminar más conocida como la "*Manquita*". Los malagueños la llamaron así por estar inconclusa. Fue una construcción que paralizaron en diferentes épocas por falta de dinero o por que lo poco que había se destinaron a otro lado. Una de esas leyendas cuenta que a finales del siglo XIX, el gobierno central español decidió aprobar los fondos para terminar de construir la segunda torre de la catedral. La ciudad estaba de festejos, pues después de casi cuatrocientos años de espera, desde que el arquitecto Diego de Siloé la diseñara, por fin la ciudad de Málaga tendría finalizada completamente su templo mayor.

Pero entonces, el 24 de febrero de 1895, estalló la guerra de Cuba y las arcas del estado estaban casi vacías, por lo que a poco días de empezar la construcción el dinero fue destinado a luchar en la famosa guerra, donde España perdió una de sus últimas provincias.

La catedral siempre me pareció un símil muy visual de lo que Málaga ha significado para España. La ciudad siempre ha defendido desde su misticismo cultural, su sentimientos por España y a enarbolado la bandera y su patria allá por donde va. Pero sí que es cierto, que tenemos ese sentimiento de ciudad de segunda. En este país están las ciudades de primera cómo puede ser Madrid, Barcelona, Valencia, etc. Para mi, como malagueño, siempre me he sentido enamorado de esta ciudad. De su mar, de sus

calles, de la mezcla que conlleva la convivencia. Hace pocos años en uno de mis viajes me escapé a Los Ángeles y entendí que ambas ciudades se parecían mucho, más de

lo que yo pensaba. Enormes avenidas, gigantescas palmeras, playas interminables y un clima cálido y soleado. Aquello me llevó a compartir la idea de mi paisano y actor internacional, Antonio Banderas, sobre que Málaga tenía que ser Los Ángeles de Europa y que Andalucía en general se tratara como la California de este lado del mundo. Por su calidad de vida, por la gran formación que tienen sus universitarios, pero tristemente donde no se hacen grandes inversiones si no están enfocadas en el turismo de masas.

Germán y Sara me miraban atónitos después de soltarles el discurso patriótico local y me dí cuenta que la historia contada desde lugares emblemáticos sorprenden y se asimilan mejor.

Tras recorrer el casco histórico y sin tiempo de visitar museos como el Picasso, el Pompidou, el Thyssen o el espectacular museo arqueológico, decidí terminar de agotarlos y llevarlos a recorrer el castillo Alcazaba árabe. Inicia su recorrido a pie de calle, justo al lado del teatro romano y asciende montaña arriba completando sus 15.000 metros cuadrados para terminar en el mirador frente a la bahía de la ciudad, rodeada de espesa vegetación.

Tanto Sara como Germán, habían estado en Málaga, pero para ir con sus familias de niños a Torremolinos, Benalmádena, Fuengirola o Marbella. Poco se habían molestado en entrar a una ciudad que sin estar a la altura de otras maravillosas ciudades, te enamoraba a cada paso hasta incluso perder la cabeza por ella.

Agotados y muertos de sed, mezcla del intenso calor y el ejercicio realizado, los llevé a un pequeño rincón, donde

siempre disfrutaba con los míos. Las Merchanas, una taberna situada en una estrecha callejuela frente a la iglesia de los Mártires, dedicada a los patronos de la ciudad. Lo más llamativo del lugar son sus paredes dedicadas a la Semana Santa malagueña. Te puedes encontrar altares con imágenes de dolorosas, esculpidas en madera y vestidas con sus mejores galas, fotografías de las cofradías malagueñas que inundan las calles, o pequeñas réplicas de los tronos. Aquí, en Málaga, a los pasos procesionales se les llama así, debido a su característica forma de portarlos al hombro. Las marchas de palio y las bandas de Cornetas y Tambores, resuenan en el local.

Yo no es que sea muy creyente y devoto, pero es cruzar las puertas de la taberna y dibujar una sonrisa en mi rostro que contagia a quien me acompaña.

Por poco dinero, los tres comimos y bebimos hasta casi reventar y tanto Germán como Sara salieron de aquel extraño lugar con la misma sonrisa con la que yo entré; cargado de fotos en sus móviles y con un buen sabor de boca.

La visita turística había terminado, el trayecto en coche hasta la estación lo hicimos en silencio, viendo pasar la ciudad ante nuestros ojos. Y en la puerta del AVE, nos despedimos con un cariñoso abrazo.

-Gracias por todo chicos. -- Dije con un pequeño nudo en la garganta.
-Gracias a ti, por todo. — Respondieron.

Ambos tomaron sus maletas, me dijeron adiós con sus manos y desaparecieron entre la multitud que entraba y salía de la estación. Durante un par de minutos, me quedé apoyado en el maletero del coche con la mirada perdida,

entre toda aquella gente sintiendo gratitud, soledad y algo de desconcierto. Era hora de regresar a casa.

15

Ahora sí que estaba solo en casa, el Sol del atardecer reflectaba sus anaranjados rayos sobre el mármol del suelo, las cortinas danzaban a merced del viento y el ruido del ambiente de calles y bares aglomerados, llegaba hasta la última planta, donde yo estaba.

El reloj de pared al dar las ocho de la tarde, me hizo salir de aquel trance. Todo estaba recogido, las camas hechas, la cocina limpia, las ventanas abiertas dejando correr la brisa. El butacón donde mi abuela se sentaba y que miraba a la televisión se balanceaba lentamente, me quedé un rato mirándolo, pensando que mi abuela estaba allí sentada, pero pronto desistí, pues era cosa del viento.

No sabía por dónde empezar, no sabía que tenía que hacer, estaba bastante abrumado y perdido. Con valentía decidí entrar a la habitación de mi abuela y me puse frente a su armario, abrí las puertas y un bofetón a su perfume de dió de lleno en la cara. Delante de mí, tenía toda su ropa organizada, doblada y colgada. Pensé en ir guardando toda su ropa en cajas y donarlas, pero cuando estiré la mano y alcancé uno de sus vestidos negros de lunares, los recuerdos me invadieron.

Mi abuela aún tenía colgados los trajes que se puso para mi comunión, el vestido que usó cuando me gradúe en el instituto y el de la universidad. Ella guardaba cada vestido como si fuera la representación del recuerdo de un

momento importante para nuestras vidas. Así que desistí de esa idea. Ya tendría tiempo para aquel proceso.

Con algo de respeto, empecé a abrir los cajones del armario, pero entonces el teléfono empezó a sonar.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Buenas tardes, ¿el señor Ruiz?

-Sí, soy yo de parte de quién.

-Buenas tardes, mi nombre es Carlos Peralta, le llamo del bufete de abogados hermanos Peralta…

-Sí, dígame que necesita.

-En primer lugar le mando mi más sentido pésame por el fallecimiento de su abuela.

-Muchas gracias.

-En segundo lugar, me pongo en contacto con usted, ya que la señora Bueno, era nuestra clienta e hizo su testamento con nosotros y me gustaría concretar una cita con usted para hacer la apertura de dicho testamento.

-Claro, claro… Por supuesto, sin problemas.

-Bien además le informo que su abuela nos dejó el trabajo para tramitar todos los papeles y documentos necesarios para que usted no perdiera el tiempo en hacer toda esta burocracia tan menudo compleja.

-¡Ah! Veo que mi abuela lo tenía todo bien dispuesto.

-Sí, así es señor Ruiz. Bueno como iba diciendo necesito concretar con usted la visita a nuestras oficinas.

-Dígame usted, yo estaré hasta septiembre en la ciudad y la verdad cuanto antes acabe con esta parte mejor.

-Bien, bien, pues miro en la agenda, un segundo disculpe… De acuerdo ¿cómo le va visitarnos mañana viernes?

-¿Mañana?… Sí, me va bien, ¿a qué hora?

-A las diez y media en nuestras oficinas de la ciudad de la justicia . ¿Le parece?

-Muy bien, mañana a las diez y media allí.

-Genial señor Ruiz, en un rato le envío a este número la dirección completa y por favor necesitamos que traiga su Documento de identidad. Muchas gracias.

-Gracias a usted, hasta mañana.

Colgué el teléfono sorprendido por la celeridad de la apertura del testamento y también me sorprendió que mi abuela no quisiera que yo dedicara ni un solo segundo a tramitar ningún papel sobre ella. Pero ella era así, una mujer independiente, que no necesitaba a nada ni a nadie. Nunca le asustaron las nuevas tecnologías, sin ningún tipo de pudor usaba internet, los correos electrónicos, realizaba sus trámites de forma online. Muchos de mis amigos envidiaban este desparpajo de una señora mayor al compararlas con sus madres, que para pagar unas entradas al teatro avasallaban a sus hijos con mensajes de voz pidiendo ayuda y conseguir terminar el pago.

Pero mi abuela aprendió todo sola y aunque no fuera un sinónimo de orgullo, sí que me hacía fardar de abuela por el mundo.

Las horas empezaron a hacerse eternas. Me senté en el sofá intentando buscar alguna distracción, pero fue inútil, me sentía cansado. Decidí tumbarme e intentar descansar un poco los ojos, no sé si estaba dormido o despierto, porque no lo sé, pero en medio de aquel descanso escuché el chirriar de unas puertas procedente de la habitación de mi abuela. Agobiado me incorporé rápidamente, me sentía agitado, como cuando en un sueño sientes que chocas a toda velocidad con algo. No sé cuánto rato había estado descansando, pero era completamente de noche, el reloj marcaba las doce, llevaba durmiendo más de cuatro horas.

Intentaba ubicarme, cuando de repente escuché unos tacones andar por la zona de las habitaciones, giré la cabeza esperando que alguien apareciera por el otro lado de la pared, pero no. Los pasos se alejaban y regresaban, entonces cuando estaba apunto de levantarme para ir a la habitación escuché la voz de una mujer en mi nuca pronunciando mi nombre.

-Adrián, Adrián.

Giré la cabeza, pero no había nadie. Los pasos habían desaparecido, me levanté rápidamente y decidí ir al dormitorio de mi abuela. Poco a poco fui acercándome, mientras podía escuchar los sollozos de una mujer madura sentada en medio de la cama y rodeada de fotografías que tomaba y besaba una y otra vez. Se encontraba de espaldas a mi y me llamó la atención su ropa ochentena y su voluminoso pelo cardado negro. Me quedé en el marco de la puerta observando la escena, intentando saber quién era aquella mujer que no paraba de repetir una y otra vez los mismos gestos y sollozos. Me di cuenta de que el dormitorio no tenía nada que ver con el de mi abuela, era todo muy distinto. Cortinas brillantes y rizadas que caían hasta el suelo, almohadones de raso color crema tirados por el suelo y una botella de ron tumbada sobre una cómoda que derramaba el líquido hasta formar un charco en el suelo.

Estuve varios segundos parado en esa posición, hasta que me armé de valor y pregunté:

-¿Abuela, eres tú?

Pero no pareció escucharme o no quiso hacerlo y decidí volver a intentarlo.

-¿A…abuela?

Entonces la mujer dejó de llorar y soltó la foto que tenía en sus manos. La temperatura bajó bruscamente y todo parecía congelado, hasta las gotas que caían por la comida quedó en pausa. La mujer comenzó a girar la cabeza hacia mí, dejando ver unos enormes ojos inyectados en sangre y abiertos de par en par y una cara manchada por el maquillaje corrido sobre sus ojos y mejillas que caían por el cuello.

Se quedó durante unos segundos mirándome y cuando pensé que iba a hablarme volvió a cerrar sus ojos y comenzó de nuevo a llorar.

-¿Eres tu abuela? ¿Estás bien?

Tuve que preguntarle, necesitaba preguntar qué le ocurría, pero entonces cuando estaba a punto de abrir su boca, empezó a chillar. Gritaba como si la vida se le fuera en cada grito. Tan fuerte que di varios pasos hacia atrás alejándome de ella. Pero entonces un sonido que venía del salón llamó mi atención. No lograba descifrarlo, era un ruido confuso, como si viniera desde el interior de objeto casi insonorizado. Fui al salón y sin saber cómo abrí mis ojos. Continuaba tumbado en el sofá. Y pronto me percaté que el sonido venía de mi teléfono, era una llamada de Sara.

Me incorporé un poco aturdido, miré el reloj que marcaba las ocho y media. Solo había estado dormido cinco minutos, suficientes para confundirme sobre si lo que acababa de vivir era un sueño o real.

Decidí dejar sonar el móvil e ir a la habitación, pero cuando llegué a ella, todo estaba como lo tenía mi abuela, exactamente igual. No le di más vueltas y cogí la llamada de Sara.

-Sara, ¿qué tal?

-Hola cariño. Ya estamos en Madrid -
¿Ya?… el AVE es una maravilla -
Maravilla bastante cara (risas).

-Desde luego. Me alegro que hayáis llegado bien.

-Si gracias amor. ¿Tú como estás? ¿Has ido a la playa? -No, me vine a casa y nada, aquí sigo.
-Bueno, así descansas. Adrián vamos a coger el metro, si necesitas cualquier cosa me llamas, de todas formas te escribiremos por el grupo. Te queremos.

-Gracias a los dos, luego hablamos.

La llamada terminó rápido y yo me tiré sobre la cama sin deshacer, con el teléfono sobre mi pecho entre el vacío creado por el silencio.

16

Y sobre aquella solitaria cama rodeada de fotografías de mi infancia, junto a mis amigos, con el trofeo de judo, la de mis dieciocho cumpleaños o en las que solo estábamos mi abuela y yo dándonos un beso. Las lágrimas tardaron poco en recorrer mis mejillas, hasta mezclarse con el vello de mi barba. Un intenso nudo en la garganta me invadió, además del moqueo constante provocado por los rápidos viajes que mi mente hacía sobre mis recuerdos. Momentos únicos, grabados en lo más profundo de mis recuerdos que solo yo tendré y se olvidarán conmigo el día que desaparezca de la faz de la tierra.

Poco a poco fui vencido por el cansancio, mis párpados se fueron cerrando, para acabar profundamente dormido sobre aquella cama que me había acompañado en todos los años de mi vida.

Aquella noche descanse profundamente, hacía meses que no dormía y descansaba tanto. El Sol comenzó a entrar por la ventana y a darme de lleno en la cara con sus rayos. Y en la misma posición en la que caí redondo, me desperté con una sonrisa después de haber viajado por el mundo de los sueños de la mano de mi abuela.

Me levanté de la cama y me asomé por el marco de la habitación de mi abuela intentando encontrarla dormida sobre su cama, aún sabiendo que aquello era imposible.

Como un niño ingenuo decidí sentarme, tomar su almohada, o l e r l a p r o f u n d a m e n t e y b e s a r l a . R e s p i r a b a entrecortadamente por la emoción de reconocer su olor.

La mañana estaba comenzando y yo tenía una importante cita con el notario para abrir el testamento de mi abuela. Me duché, me arreglé algo más de lo normal y cuando salí de casa camino de la cafetería de la esquina para desayunar antes de marcharme, me encontré con Matilde.

-Buenos días guapo.

-Buenos días Matilde, me alegro de verte que llevaba unos días que no sabía de ti.

-Gracias Adrián, creo que hoy tenemos una cita ambos, ¿no?

-¿Cómo?

-Iba a buscarte ya que ayer me llamaron de la gestoría.

Te llamé en cuanto me avisaron, pero no estabas en casa.

Miré el móvil corriendo ya que aún no lo había hecho y efectivamente tenía varias llamadas de Doña Matilde.

-Tiene razón Matilde, no me di cuenta que me llamaron y cuando colgué me quedé dormido hasta esta mañana.

-Bueno no te preocupes hijo. Te iba a preguntar que si vamos juntos. Supongo que lo tendremos a la misma hora.

-Sí claro, sin ningún problema. Yo iba a bajar a desayunar al bar, si quiere venga conmigo y desayunemos juntos. ¿Le apetece?

Matilde, declinó mi invitación, prefirió terminar de arreglarse y vernos en media hora en la puerta de la cafetería de la esquina.

Aquella mujer, que conocía desde que llegué a aquí, nos había acompañado en cada instante de nuestras vidas. Matilde nunca se había casado, era una soltera que había vivido gran parte de su vida libremente, viajando, conociendo mundo. Su casa era un museo de recuerdos de cada viaje que había realizado. Prefería no llevar visitas, sobre todo de niños inquietos, como lo era yo, por temor a que alguno de aquellos objetos resultaran dañados y por lo tanto imposible de sustituir.

Matilde siempre me trató bien, sabía que tenerla cerca de mi abuela cuando me marché a Madrid, significaba estar tranquilo de que una buena amiga, ya casi hermana estuviera pendiente de ella. He de decir que me sorprendió que Matilde fuera llamada al levantamiento del testamento, quizás mi abuela tenía un regalo para ella. Pero que yo supiera, mi abuela solo tenía su casa, su coche y no sé si algo de dinero ahorrado, ya que jamás me habló de eso, aunque nunca me faltó nada.

Mientras esperaba el café, empecé a ponerme nervioso y sin probar el café, saqué de mi bolsillo un par de monedas y se las dejé sobre la mesa, despidiéndome con una sonrisa de los camareros.

Cuando me acerqué al portal, me estaba esperando Matilde, que miraba a la nada. Cuando la ví el nerviosismo del estómago se fue tranquilizando.

-¿Ya has terminado guapo? — Me dijo Matilde afablemente.

-Sí, ya estoy listo ¿Vamos en el coche de mi abuela?

-Como quieras, prefiero que conduzcas tú, yo estoy algo nerviosa y me bloqueo al volante.

-Sin problemas entonces.

Matilde se quedó esperando en el portal y yo bajé al garaje. La luz no funcionaba, solo las luces de emergencia sobre las puertas de los distintos edificios iluminaban algo aquel oscuro lugar. Desde niño, los garajes me habían parecido un lugar incómodo para estar solo. Decenas de columnas con franjas rojas y grises se multiplicaban creando un efecto confuso. Me apresuré con la llave en la mano en busca de mi plaza de aparcamiento, pero la sensación de sentirme observado iba creciendo por momentos. Miré detrás mía, buscando quien podría estar observándome, pero justo cuando llegué a mi coche, junto él, una enorme sombra me esperaba inmóvil. Metí un salto y me asusté lanzando un pequeño grito que me avergonzó y que se mezcló con la llegada de una motocicleta de algún vecino. La luz del faro me iluminó y cuando volví la vista al coche, la sombra había desaparecido. Arranqué y subí los dos pisos que me separan de la puerta corredera del aparcamiento, mirando una y otra vez por el espejo retrovisor por si me encontraba algo en el asiento trasero.

Toqué el claxon y Matilde corrió a subirse, impregnando todo el interior con su perfume a azahar y naranja.

El viaje lo hicimos casi en silencio, si no fuera por la música que sonaba en la radio y las explicaciones que me daba Matilde para llegar al sitio. Cuando por fin llegamos a la zona, nos vimos rodeados de coches atascados que querían salir de la autovía y otros que se disponían a acceder a ella. Comenzamos a dar vueltas, buscando un lugar para aparcar, pero viendo que era imposible y la hora se nos echaba encima, decidí meterlo en un parking público.

Matilde resoplaba apurada de sentir que llegaba tarde a una cita tan importante y me pedía que me diera prisa.

No podía creer las largas zancadas que daba Matilde, tanto, que me costaba trabajo alcanzarla. No pude evitar lanzar una risa, que acabó en carcajadas entre los dos ante tan cómica situación.

El edificio acristalado de oficinas nos impuso a los dos, ambos nos miramos y asintiendo nuestras cabezas cruzamos el enorme hall de entrada repleto de hombres y mujeres con trajes, que lidiaban con el intenso calor del verano malagueño.

-Buenos días, ¿puedo ayudarles en algo? — Dijo una joven mujer que se ocultaba ante el mostrador de bienvenida.

-Buenos días, teníamos una cita con el señor Peralta. — Dije adelantándome a Matilde.

-Si, díganme sus nombres por favor.

-Por supuesto Matilde Abengoa y Adrián Ruiz.

-Pues si quieren sentarse unos segundos, enseguida sale a recibirles el señor Lapiedra.

-Genial, muy amable. — Dijo Matilde, sentándose sobre el sillón de terciopelo verde y patas doradas.

La pequeña sala de espera, estaba repleta de personas de todo tipo, buscando los servicios adecuados a su

indeterminada situación. La mesa de mármol central soportaba decenas de revistas de todo tipo, haciendo así más llevadera la espera que pensé que nos tocaría soportar.

Pero para nada, a los cinco minutos de tomar asiento, el señor Peralta salió a buscarnos.

-¿Matilde, Adrián?

-Sí, aquí estamos. Buenos días.

-Buenos días a ambos, gracias por venir tan rápido, de nuevo darle mi más profundo pésame. Doña Leonor, era una gran clienta nuestra.

-Muchas gracias.

-¿Qué tal está usted Matilde?.

-Bueno, ahí vamos Carlos, no pensábamos que iba a ser tan rápido todo.

-¿Tan rápido? ¿Qué quieres decir Matilde? —Dije yo algo acelerado.

-Tranquilo, pasamos dentro y te cuento.

Seguí a Carlos y a Matilde, que entraron juntos a una pequeña sala de reuniones. Una mesa ovalada de madera, ocupaba el centro de la habitación. Estaba iluminada por unos grandes ventanales que dejaban ver parte de la ciudad y el trasiego de los coches. Nos sentamos y delante nuestra teníamos agua y un termo de aluminio con café y leche. Carlos carraspeó su garganta y dió un largo sorbo a su vaso de agua, tomó aire y se sentó.

-Bueno, de nuevo daros las gracias por venir. Sobre todo a ti Adrián, tu abuela quería protegerte todo lo que estuviera en su mano y no quería que lo que pasara aquí en Málaga te pudiera llegar a afectar en tu desarrollo profesional en Madrid.

-Disculpe Carlos, pero me estoy perdiendo un poco. Creo que hay algo que no me ha dicho mi abuela y tampoco Matilde.

-Adrián, yo te voy a transmitir ahora mismo cuáles eran las voluntades de tu abuela y pasaremos a abrir el testamento. ¿De acuerdo?

-Sí, perfecto…

-Bien. Su abuela fue diagnosticada hace algo más de seis meses de Glioblastoma multiforme en grado 4, o lo que es lo mismo, un tumor cerebral bastante avanzado y por el cual había desarrollado metástasis por todo el cuerpo.

-¿Cómo? Pero yo no sabía nada de eso, ¿es una broma?

-No, no, ojalá hubiese sido una broma, pero no. Tu abuela, Leonor, pidió que nadie te informara para no perjudicarte.

-Así es, Adrián, me pidió que por favor no se lo dijera a nadie. Solo yo lo sabía y fui la única que estuvo a su lado en los largos días de hospital. — Dijo Matilde.

-Pero yo merecía saber esto, yo debía haber sido quien estuviera junto a ella.

-Adrián, lamentablemente ahora ya es tarde. Como le digo, su abuela hizo firmar un contrato de confidencialidad a Matilde.

-¿Mi abuela te hizo firmar eso Matilde? ¡Esto es de locos!

-Sé que es duro, su abuela nos pidió que custodiáramos su informe médico y que cuando ella falleciera le hiciéramos entrega de ellos. Si lo lee con detenimiento, podrá ver que la situación era irreversible. Los médicos solo le dieron meses de vida, ella era consciente que su final estaba cerca y sabía que comunicárselo a usted, era comprometerle a abandonar su trabajo y su carrera.

Durante unos minutos estuve revisando aquel Glioblastoma multiforme, que luego supe que cogiéndolo a tiempo, aun siendo el más maligno y grave de los tumores cerebrales, puede extirparse con gran éxito. Pero mi abuela no corrió la misma suerte. Ahora entendía los horribles

mareos que achacaba a las cervicales, a su edad o a los intensos dolores de cabeza.

El silencio era total en aquella sala, otro mal trago, otra sorpresa que me dañaba el alma. Me sentía egoísta, me sentía un auténtico despojo por no haber tenido la oportunidad de vivir estos meses de dolor y calvario junto a ella. ¿Cuánto habría tenido que sufrir? ¿Cuántas noches vomitando por culpa de la quimio? ¿Cuántas noches sin poder apretar su mano dándole fuerzas y luchando junto a ella? ¿Cuántas? No lo pude aguantar y las lágrimas brotaron de mis ojos. Pude aguantarlas como podría hacer un hombre estereotipado, pero preferí derramar aquellas lágrimas bañadas en decepción.

Matilde, también llorando, me acercó un vaso de agua y me pidió que bebiera.

-Perdóname Adrián, te pido por Dios que me perdones. Yo solo hice lo que ella me hacía prometer cada segundo. Ella ahora está orgullosa de ti. No la castigues por ello, ni te castigues por lo que pudiste hacer, por que no existe esa opción.

-Yo se que es duro, si queréis que os deje solos unos minutos y luego procedemos…

-No, no discúlpeme, son muchas noticias que he tenido que asimilar en muy pocos días. — Le dije mientras bebía toda el agua del vaso.

-No tiene que pedir disculpas, es normal que se sienta

así, yo también lo estaría. Si ambos están listos, procedemos a levantar el testamento.

-Sí, muchas gracias, continuemos.

-En Málaga a día de hoy, reunidos con las partes convocadas por Doña Leonor Madrid, hago apertura del testamento vitalicio. En primer lugar Doña Leonor dispone de sus bienes a su nieto y legítimo heredero de ellos que para que consten son la vivienda situada en la ciudad de Málaga, además del segundo bien, personificado en el vehículo. Ambos libres de carga. También a Adrián Ruiz, le deja su cuenta bancaria con una cantidad de 90.000 euros que podrá retirar en cuanto disponga de dicho poder.

Debo comentarle también, Adrián que su abuela tenía un seguro de vida y que debido a su muerte por enfermedad, usted recibirá de dicho seguro la cantidad de 65.000 euros. Si está de acuerdo en todo por favor firme estos documentos.

En solo unos pocos segundos, me había convertido en propietario de una vivienda y un capital efectivo de 155.000 euros. Firmé odiándome, sin querer nada de ello, no quería ese dinero, quería a mi abuela.

-Muchas gracias, Adrián. Ahora le toca a usted Doña Matilde. Doña Leonor Madrid, hace especial énfasis en darle las gracias por ser más que una amiga, una hermana. Por ello le hace entrega de todo su joyero personal. Por supuesto Doña Leonor tenía otra cuenta bancaria con 5.000 euros que le da en herencia en agradecimiento por estos

años y para que los gaste en un viaje dónde reviva su juventud.

-Esta mujer, estaba loca, dejándome dinero a mí. Si yo no quiero su dinero, una amistad, es una amistad en las buenas y las malas. Adrián ese dinero para ti cariño.

-De eso nada Matilde, ese dinero es suyo, mi abuela quería que lo tuvieras y lo disfrutaras.

Cuando todos firmamos, Matilde y yo, nos fundimos en un enorme abrazo, mi abuela lo tenía todo atado. No podía dejar de sentirme en cierta manera como un desconocido que descubría lo que mi abuela guardaba. Pero ella siempre había sido una mujer libre y por supuesto jamás iba a preguntarle nada sobre sus ahorros, suficiente tenía con haber criado a un nieto todos estos años.

El señor Ruiz, dejó todo recogido ante notario, nos acompañó a la puerta de su despacho ofreciéndonos su disponibilidad si teníamos cualquier problema. Mi abuela estará descansando ahora si completamente. Y a mi en cambio me quedaba un mundo por hacer.

17

Cuando llegué a casa, invité a Doña Matilde a entrar para que se llevara las joyas de mi abuela, pero prefirió venir en otro momento, más tranquila, sin tanto sobresalto. Nos despedimos en el ascensor y yo entré en la que ahora sería mi casa. Una casa bañada de recuerdos.

El tiempo, siempre el tiempo, aquellos recuerdos solo perduran en el tiempo. Pero, ¿cuánto dura el tiempo? Siempre me hice la misma pregunta y solo hasta que pierdes a un ser querido, no te das respuesta a tan simple pregunta.

El tiempo dura, lo que dura nuestra vida, lo que duran nuestros recuerdos. Mi abuela vivirá en los míos y en los de aquellos que la conocieron y compartieron experiencias. Pero cuando el final llegue, nadie recordará a Leonor y ahí será cuando desaparezca para siempre, por la eternidad. Una energía que ya nada tiene que hacer en este mundo, porque su descanso ya por fin será eterno. La eternidad…

Asomado desde la terraza, empecé a pensar que realmente no necesitaba tanto dinero, al fin y al cabo, aquel dinero era de mi abuela. Decidí donar todo lo que el seguro me había pagado por su fallecimiento a una fundación contra el cáncer. Donarlo a la investigación, para que aquellos que sufren esta terrible enfermedad tengan mayor

esperanza de vida, un nuevo horizonte al que quieran llegar y puedan seguir soñando.

Llamé a Sara, ella estaba mucho más involucrada que yo en estos temas sociales, que injustamente no entendemos hasta que llama a nuestra puerta, de la peor forma posible. Sara, me asesoró perfectamente. En cuanto tuviera el dinero, lo ingresaría un cheque para que puedan seguir luchando.

Estaba hablando con Sara, cuando:

-Sara un segundo, acabo de escuchar un golpe.

-¿Un golpe? Habrá sido una ventana.

-Creo que escucho pasos por el pasillo.

-Ya me estas poniendo nerviosa. ¿Vas a mirar?

-Si, escucho como están rebuscando en la habitación de mi abuela.
-Adrián, llama a la policía y sal de ahí.

-Quien está en la casa no es físico, Sara.

Con el teléfono en la mano y con las voces de Sara al otro lado, más sugestionada que yo, fui lentamente a la habitación.

-¿Quién anda ahí? ¿Quién eres?

Pero una bofetada de aire, que me despeino, cruzó a través de mi. La cama estaba deshecha y el enorme crucifijo que colgaba sobre la cama de mi abuela estaba suelto, apunto de caerse. Los cajones de una pequeña cómoda estaban abiertos y las fotos de mi abuelo, tiradas por el suelo.

-¿Adrián, Adri? ¿Estás ahí? Contesta por Dios.

-Sí, sí, es muy raro todo…

-¿Qué ha pasado?

-Sara, hay alguien que quiere decirme algo, pero no sé quien puede ser. Están todas las fotos antiguas de mi abuelo en el suelo tiradas.

-Yo ya estaría corriendo y buscando asilo en casa de algún amigo, no sé cómo puedes aguantar.

-(Risas) - Intento acostumbrarme a estas situaciones, pero es difícil hacerte con la situación…Oye te cuelgo luego hablamos.

-Vale, pero si estás en peligro llámame .

-Sí, gracias.

Colgué el teléfono, algo había llamado mi atención. Entre todas aquellas fotos destacaba una muy antigua, en ella había un bebé sujetado por una mujer de negro. Sabía que era una mujer por la vestimenta, pero su rostro estaba completamente desgastado, como si alguien a conciencia hubiera arañado con un objeto punzante su cara, hasta dejarla irreconocible. Pero lo más curioso fue el lugar donde estaba realizada la fotografía. Me acerqué a aquel montón de fotos viejas, que nunca antes había visto. Incliné mi cuerpo y alcé mi mano hasta alcanzar aquella extraña foto.

El bebé y la borrosa mujer estaban delante de una casa que me resultaba bastante familiar. La cogí con cuidado y cuando la acerqué, supe donde tomaron la fotografía, en el famoso “Cortijo del Cerro”. Pero, ¿quién era ese bebé?

Empecé a inspeccionar cada unas de las fotos de mi abuelo, en casi todas ellas aparece como un joven de unos dieciocho años, en unas estaba vestido con el uniforme del servicio militar, en otras con un grupo de amigos con pantalón de pinzas y camisa medio abierta, en el resto

estaba con mi abuela. Pero ninguna cuando él era un niño, ninguna con sus padres o algún familiar. Solo aquella vieja foto de un bebé frente al cortijo, donde Elena me había mandado a través de Luz.

Ahora sí tenía que visitar aquel lugar obligatoriamente, pero aquello estaba abandonado y medio en ruinas. Muchas leyendas hablaban de aquel siniestro lugar, secuestros, muertes. Aunque sinceramente, nunca me había parado a conocer la historia real de aquel lugar tan demonizado, incluso por los medios de comunicación.

El Cortijo del Cerro, era tan conocido en la cultura popular que nunca investigué ni escribí cuando trabajaba en esta ciudad. Pero el momento había llegado.

El teléfono estaba repleto de mensajes de Sara, preguntándome qué había encontrado. Sabía que obviarla durante un largo tiempo, era buscarme un problema con ella, por ello decidí escribirle.

-Sara, todo está bien. Solo que he encontrado una foto donde sale el Cortijo del Cerro, el lugar donde Elena quería que fuera. Te cuento luego con más detalles.

Cuando dejé el teléfono, una bocanada de aire me iluminó. ¿Y si quien estuviera en la habitación trastocando, no dejó la foto entre las demás para que yo la viera?

En ese momento creí darle sentido a aquello que no lo tenía, pero tuve que desecharlo. Un ente o espíritu no podría portar algo material tan pesado de una dimensión a otra. Pueden golpear, tocar, empujar, soplar, pero no portar.

No quedaba otra que entender que aquel retrato pertenecía al álbum familiar de mis abuelos.

-¡*MamaLeo*! ¡*MamaLeo*! Si tú sabes algo del abuelo, por favor házmelo saber.

Exclamé aquella frase al cielo elevando mi cabeza hacia el techo, cuando las luces comenzaron a chisporrotear alegremente. Leonor había recibido el mensaje o eso esperaba y que no fuera otra cosa.

Revisé todos los cajones, uno a uno, buscando cartas, objetos, libros de mi abuelo, tomos de enciclopedias que vendían por catálogo, pero todo lo que había guardado, poco tenía de relevante; hasta que hallé el álbum de boda de mis abuelos.

Rebuscando entre aquel álbum, encontré una foto familiar realizada frente a un restaurante llamado la “Finca de Campanillas”, aquel debía de ser el lugar elegido para celebrar el convite de la boda. Todo el mundo sonreía, miré a los invitados uno por uno, felices por el momento que celebraban. Mi abuela iba vestida de blanco, con el velo ya retirado de su rostro, sujetaba fuertemente el ramo, mientras estaba apunto de sacar una carcajada, pues los ojos achinados la delataban. Junto a ella mi abuelo, vestido de negro, más alto que mi abuela, con un clavel en la solaba de la chaqueta. Su pelo estaba engominado y perfectamente peinado hacia atrás, con un mechón que le tapaba parte del ojo derecho. Las manos de ambos se entrelazaban y apretaban.

Pero, ¿quién era la señora que también tomaba la mano de mi abuelo? Apenas conocía nada de la vida de él, nunca llegué a conocerlo, nunca había tenido curiosidad. Una mujer joven y estilizada, algo más mayor que él, le agarraba fuertemente la mano. Vestía con un vestido por debajo de las rodillas negro con lunares pequeños , su mirada se dirigía a mi abuelo con cariño.

Obviamente aquella mujer era la madre de mi abuelo. Continué hacia delante, buscando más fotos donde saliera aquella mujer, pero no volvió a salir en ninguna foto más. No aparece en el momento en el que cortan la enorme tarta de tres pisos, donde están los padres de mi abuela tras ella con una botella de sidra. Tampoco sale en las fotografías de la iglesia con toda la familia de mi abuela. Aquello sin más me parecía tremendamente extraño. Al final de aquel libro tan especial ponía.

Ceremonia católica del ahora matrimonio Don Gonzalo Ruiz y Doña Leonor Madrid + +En Campanillas (Málaga)+ +

18 de Julio de 1957

Mi abuela se casó el dieciocho de Julio de 1957, casi era una niña cuando contrajo matrimonio con mi abuelo. Él era mucho más mayor que ella, pero sé que mi abuelo no murió de forma natural, aunque no recuerdo bien que le ocurrió. Yo solo esperaba no correr la misma suerte que mi abuelo y mis padres. Espero que el destino fuera más benévolo conmigo.

18

Las horas pasaron rápidamente. Sin darme cuenta, el cielo estaba completamente naranja y rojizo, señal de que la noche ganaba terreno al día. Miré mi reloj eran las nueve de la noche, algo tarde para molestar a Matilde. Pero necesitaba averiguar qué fue lo que le sucedió a mi abuelo. Estuve un rato dando vueltas en círculos por el salón y la terraza, pensando si sería buena idea preguntarle a mi vecina. Tome aire, y me lancé hacia la puerta, tomé con decisión el pomo y salí de allí.

Con valentía llamé al timbre de Doña Matilde, creo que se me fue un poco el dedo y me pasé de llamar, pude escuchar a Matilde correr, algo molesta por las horas.

-Ya va, ya va, un momento. ¿Quién es?—Dijo mientras miraba por la mirilla de la puerta.

-Doña Matilde soy yo, Adrián. Perdone que le moleste.

Matilde abrió la puerta con rapidez, y apareció ante mí, con algunos rulos puestos por su cabellera oscura y cerrando su bata de raso.

-¡Adrián! ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

-Doña Matilde, sí sí estoy bien. Le va a parecer una auténtica locura, pero necesito hacerle una pregunta.

-¡Claro! Por supuesto, dime.

-¿Usted sabe cómo murió mi abuelo?

Matilde palideció, se puso nerviosa. Sus manos empezaron a meterse en los bolsillos de la bata y a sacarlos, se palpaba los rulos de su cabeza y se agarró la cruz de oro que colgaba de su cuello.

-Adrián, yo no me acuerdo muy bien.

-Necesito saberlo, nunca le pregunté a mi abuela sobre ello, pero sé que usted debe saberlo. Era su amiga, su hermana.

-Bueno, pasa Adrián . ¿Has cenado algo?

-No , pero no tengo hambre.

Pasé al interior de la vivienda de Doña Matilde, un piso algo más pequeño que el de mi abuela. Nosotros vivimos en el ático y Matilde un par de plantas más abajo. El piso estaba completamente perfumado por incienso, que humeaba desde la mesa central. La televisión estaba puesta a bajo volumen y un par de velas, iluminaba una fotografía de mi abuela, en una especie de altar rodeado de vírgenes y santos; yo me quedé mirando aquel lugar.

-Espero que no te moleste Adrián.

-¿Cómo?… — Dije yo sacado de mis propios pensamientos.
-Que espero que no te moleste que tenga a tu abuela con una vela encendida. Ya sabes que aquí, en el sur, somos muy de ayudar.

-No, por supuesto que no. ¿Ayudar en qué?

-Ya sabes, para ayudar a que los muertos que acaban de irse, puedan tener luz en su camino al más allá.
-Para que no se pierdan. — Dije yo siguiendo con su frase.

-Exacto, para que no se pierdan y no se queden dando tumbos entre nosotros. — Doña Matilde, se acercó al pequeño retrato de mi abuela, que estaba en un protegido por un marco de plata, le dio un beso en su frente y suspiró:

-Pobrecita mi Leonor, cuanto la echo en falta.

Dejó el retrato donde estaba y ambos nos sentamos en el sofá de piel marrón, iluminados por la luz de la televisión. Pude observar que los ojos de Doña Matilde se habían humedecido de la emoción. Quizás era mala idea bajar a estas horas a su casa. Era una mujer mayor, soltera, y hacerla ponerse nerviosa podría pasarle factura.

-Matilde, creo que no debí bajar a molestarla, mejor me subo a casa. — Me levanté del sofá.

-No. No me molestas y lo sabes. Te conozco desde que que eras un renacuajo. Por favor siéntate ¿Quieres un té?
-No, muchas gracias. — Me senté de nuevo.

-Adrián, tengo que serte muy sincera. Tu abuela nunca me contó qué le pasó a tu abuelo. Incluso jamás profundizó en la muerte de tus padres. Y yo, bueno, yo siempre la respeté, era su decisión y si no quería contarlo no la presioné.

-Entonces, ¿nunca le contó nada?

-Nunca, tu abuela era muy cabezona para algunas cosas. Cuando llegué a este edificio, que estrenamos juntas, yo harta de viajar por el mundo, me di cuenta que era ya una vieja que empezaba a estorbar más que otra cosa. Tu abuela, en cambio, llegó aquí porque necesitaba comenzar una nueva vida, quería alejarse de todo aquello que la había marcado. Quería criar a su nieto desde cero.

-Tiene razón, mi abuela era una cabezona en muchas cosas de su vida privada, pero pensé que con usted se abriría y había compartido esos episodios de su vida.

-Tú abuela, antes que abuela era una mujer, una mujer fuerte e independiente. Nadie tenía que decirle qué hacer o cómo hacer. Ella hablaba de su presente y de las cosas que nos pasaron juntas. Pero te diré una cosa.

-¿Qué? — Pregunté decepcionado

-Tu abuela no pasó sola aquella noche, te tuve que mentir por que tu abuela me lo pidió. Yo estuve toda la noche junto a ella. Le agarré fuertemente su mano en aquellos minutos antes de marcharse para siempre.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, y de nuevo aquel maldito nudo apareció otra vez en mi garganta. Me alegré de que mi abuela no muriera sola, me alegré de que una amiga como Matilde estuviera hasta el último segundo de su vida. Continué escuchando a Doña Matilde.

-En sus últimos minutos de vida, tu abuela se llenó de luz. La habitación empezó a oler a rosas. Te parecerá una locura, pero es cierto, yo subí mis velas, para que ella estuviera lo más relajada posible, y sentí como la habitación se iluminaba, no podía verlo pero sí sentirlo. Yo como te digo, la tenía agarrada de su mano y le daba besos en ella. Pero entonces, abrió sus ojitos y me miró, sonrió y me dijo:

-Matilde, cuando mi nieto te pregunte, tú solo dile que toda respuesta llega. Amiga te quiero como a mi vida, gracias por todo.

-Y entonces tu abuela, con una enorme sonrisa, cerró sus ojos y exhaló por última vez.

-¿Toda respuesta llega? — Pregunté.

-Así es Adrián, eso fue lo que me dijo. Tu abuela lo tenía todo preparado, hasta los pequeños detalles. Siento no poder haberte ayudado más cariño.

-Al contrario Doña Matilde, usted me ha ayudado muchísimo. Gracias de todo corazón por haber estado con mi abuela, muchísimas gracias. —Me abracé, la abracé fuertemente, y le di un enorme beso en la mejilla.

Salí de aquella casa, sintiéndome diferente, en parte aliviado al saber que mi abuela no sufrió los últimos momentos de su vida. Claro que creía lo que Matilde me había dicho sobre el olor a rosas y la luz invisible. Yo había vivido aquello, algo parecido, pero eso sucede cuando el alma se va sin ataduras. Cuando una energía solo ha hecho el bien, y ha recibido amor de todos los que la rodeaban, su espíritu se va feliz.

Los que fallecen sabiendo su destino, siendo conscientes de su final, son los que aprenden a ver la invisible línea que separa estos dos mundos. Son ellos los que suelen ser visitados por sus familiares, por aquellos seres que marcaron su vida, aquellos que los protegieron. Las puertas del más allá, se abren en el lecho de muerte, alrededor de una cama, junto al enfermo, esperando a que el alma cruce la línea. Es por ello que en los hospitales, las puertas se cierran y se abren y el aire te roza la piel, aún estando todo cerrado. En definitiva, se trata de la despedida de los vivos y la bienvenida de los muertos.

Leonor, mi abuela, seguro que estuvo rodeada no solo de Matilde, sino también de sus familiares. Pero me preguntaba si los que fallecen en situaciones repentinas y no son conscientes de su muerte, como le ocurrió a mis padres y a mi abuelo; esperan también la llegada del nuevo

miembro, o están perdidos en ese camino de la no consciencia.

La noche se hacía profunda y un fuerte viento se levantaba en la calle. Desde mi terraza, podía escuchar cómo la gente corría, mientras los bares cerraban sus toldos para que no se rompieran.

El sueño me vencía, me quité la ropa y la dejé en el suelo de la habitación, una mala costumbre que siempre tenía y me metí en la cama. En la misma cama que me había acompañado desde mi adolescencia.

Profundamente fui cerrando los ojos que eran cada vez más y más pesados. Poco a poco dejé de escuchar el cursar de las agujas del reloj de pared del salón y me quedé dormido. No sé sobre qué hora sería, pero mis ojos empezaron abrirse y era aún de noche. La visión era borrosa y el cansancio agudo. Era una sensación muy angustiosa de querer seguir durmiendo, pero era llamado por algo que necesitaba resolver. Intenté cerrar los ojos de nuevo, pero una silueta casi indefinida se movía a mis espaldas.

Podía escuchar perfectamente cómo se quejaba y cómo murmuraba sin querer despertarme. Intenté levantarme y hablarle, pero fue inútil. Estaba completamente paralizado, ¿una parálisis del sueño? No lo sé. Tan solo quería que acabara esa rara situación. Cerré los ojos de nuevo, respiré para relajar mi cuerpo y me mentalicé para lanzar un grito al aire.

Cuando me vi capacitado, abrí los ojos, grité y me incorporé en la cama. Pero para mi sorpresa, ya no era de noche, el intenso sol se colaba por la ventana, el ruido de los pájaros y los coches me avisaban que aquello había sido un sueño o ¿quizás no?

Juraría que la ropa que me quité antes de meterme en la cama, estaba en el suelo y no doblada perfectamente sobre la silla de mi habitación.

19

De nuevo alguien me hacía otra visita. Me levanté completamente agotado y con un fuerte dolor muscular en la zona cervical. Sabía que quien estaba en la casa, no era mi abuela. Pero, y si fuera su madre, mi bisabuela Lola. Quizás fuera ella quien siempre había cuidado de los dos, podría seguir en aquella casa.

Dormí más de diez horas, desaprovechadas por un sueño nada reparador. No podía perder el tiempo, tenía que ir al banco a cerrar las cuentas de mi abuela y ya eran casi las doce del medio día.

Como cada mañana, tomé un café en el bar de la esquina. Hoy por fin no hacía mucho calor, una brisa fresca soplaba y eso se notaba en la gente que paseaba cargado de sombrillas y sillas en dirección a la playa.

Apuré el último sorbo de café, me despedí de Andrés, el dueño de la cafetería y puse rumbo al banco. Se notaba que estábamos en medio del verano y que muchos malagueños estaban de vacaciones, el banco estaba casi vacío. Me acerqué a la cajera y le informé qué quería cerrar las cuentas de mi abuela. Aquella mujer mayor abrigada con una rebeca de punto para soportar mejor el frío del aire acondicionado, me miró por encima de la nariz y de malas formas me pidió que me esperase unos segundos, que me atendería el director de la sucursal bancaria.

Por supuesto, hice lo que me pidió y mientras observaba a todo tipo de clientes que entraban y salían, salió a recibirme el director del banco.

-Buenos días, es usted el señor, ¿Ruiz?

-Sí, soy yo, buenos días.

-Yo soy Fernando Beltrán director de la sucursal, encantado de conocerle. — Me extendió la mano y yo hice lo mismo, fundiéndonos en un cordial saludo.

-Encantado. — Le dije

-Viene usted a cancelar las cuentas de su abuela. ¿Verdad?
-Sí, así es.

-¿Doña Leonor le ha autorizado a hacerlo?

-Bueno, mi abuela, Leonor, falleció hace unos días.

-¿No me diga? Lo siento muchísimo. Pase por favor siéntese. — Me ofreció sentarme en su despacho.
-Muchas gracias, ha sido un duro golpe.

-No me extraña. Permítame un segundo. — Aquel hombre comenzó a meter una serie de datos en el ordenador.

-¿Me podría decir el documento de identidad de su abuela?
-Sí claro. — Le facilité el número y quedé callado unos segundos más.
-Señor Ruiz, temo que tengo que darle una mala noticia.
-¿Qué mala noticia?

-¿Usted dispone de toda la documentación del notario, cierto?
-Por supuesto, me los enviaron por correo electrónico.

-Le comento. Su abuela usaba esta oficina desde hace más de veinte años, pero su cuenta no la abrió aquí

y por lo tanto tendría usted que ir personalmente a la oficina original a proceder a cerrarla.

-¿De verdad usted no puede proceder a cancelarla?

-Sintiéndolo mucho, no podemos hacer esa transacción. Pero si me envía la documentación, yo mismo se la hago llegar ahora mismo al director de aquella oficina, para que no demoren en esto.

-¿Y dónde está la oficina?

-Bueno, es la sede del banco, está situada en el Paseo de Reding, ¿Sabe usted por dónde queda?
-Sí claro. Mire cojo un taxi y voy para allá. ¿Podría hacerme el favor de que me atendieran cuando llegara?
-Por supuesto. Envíeme la documentación y en cuanto llegue usted, allí le atenderán. Siento muchísimo no poder ayudarle y de nuevo darle mis condolencias. Leonor era una mujer excepcional.

-Gracias, gracias.

Salí de aquel lugar algo molesto, la sede del banco estaba situada al otro lado de la ciudad. Coger mi coche, era una locura para poder aparcar allí, así que decidí ir en taxi. Solo espero que no me pillara tráfico.

No perdí más el tiempo y tomé el primero que cruzó ante mí. Un trayecto de unos treinta minutos hasta llegar a la puerta de la imponente sede. Un palacio de estilo neoclásico de principios del siglo XX. Más propio del urbanismo parisino que de esta ciudad.

Crucé el arco de seguridad y pude ver las altas columnas talladas a mano, el mármol estaba resquebrajado, pero brillante. Y decenas de clientes y trabajadores que subían y bajaban con elegantes trajes.

Me dirigí a un mostrador de información, y le comenté mi situación. En seguida un chico joven, vestido con un polo negro y las siglas de la entidad bancaria, me pidió que esperase en uno de los tantos asientos que habían repartidos por el lugar.

No estuve mucho tiempo, pues una mujer con falda negra y chaqueta me pidió que la acompañara. De semblante serio, comencé a seguirla a lo largo de un pasillo revestido en maderas nobles y grandes lámparas que colgaban en el techo. El pasillo estaba flanqueado por puertas, algunas de ellas con rejas para impedir el paso y apremiar a la seguridad. Aquel lugar era enorme, al final del todo otra puerta nos esperaba entreabierta, la chica pasó primera y después lo hice yo.

-Bienvenido señor Ruíz. Mi nombre es Vanesa Guzmán y soy una de las directoras bancarias que tiene esta sede. La chica se sentó en su mesa y me extendió su brazo invitándome a sentarme también.

-Gracias por recibirme. Sinceramente no esperaba tener que cruzarme la ciudad para poder hacer algo tan simple como cerrar una cuenta.

-Me imagino. Pero nuestra política es muy estricta, hacemos excepciones cuando el cliente se encuentra fuera de la ciudad o tiene algún tipo de minusvalía que le impida ir a su oficina de origen. Siento mucho el contratiempo que esto le pueda ocasionar.

-No, no, le agradezco su sinceridad. Bien, quisiera cerrar la cuenta de Doña Leonor Madrid, es mi abuela y falleció hace unos días. Supongo que le habrán enviado la documentación desde la otra oficina.

-Si, así es, aquí tengo toda la documentación.

Estuvo ojeando cada documento en silencio y cuando finalizó empezó a imprimir cada una de ellas. Yo mantuve el silencio como pude, intentando fijarme en los detalles arquitectónicos de aquel lugar, que poco favor le hacían el mobiliario anticuado del despacho. Pero Vanesa me sacó de mi mundo…

-Señor Ruiz, veo que todo está en orden. ¿Quiere que le habremos una cuenta para usted y solo le traspasamos el dinero? ¿O quiere que se lo hagamos a otra cuenta?

Durante un rato aquella seria chica, estuvo contándome los beneficios de abrirme una cuenta con ellos, pero de repente, la señora Guzmán, volvió a atraer mi atención.

-Además para nosotros sería un orgullo seguir manteniendo a Ruíz en nuestro banco.

-¿Cómo? ¿ A qué se refiere? — Exclamé extrañado

-Su abuelo, Gonzalo Ruiz, fue uno de nuestros primeros clientes. Cuando ni siquiera había nacido le abrieron la cuenta de ahorros que compartió con su abuela al casarse. Una cuenta que tiene más de ochenta años.

Aquella cuenta había pertenecido a mi abuelo desde antes de nacer.

-¿Sabría usted decirme quién le abrió la cuenta a mi abuelo? — Pregunté expectante a recibir una respuesta que me ayudara a entender ciertas cosas.

-No, lo siento. Quien la creó no se puso como titular, tan solo dejó el nombre de su abuelo. También le digo que era algo raro en la época, pero como vé, estamos situados en el

paseo de Reding y aquí en aquellos años, sólo tenían sus cuentas importantes empresarios de la burguesía de la capital. Bueno qué, ¿se la cerramos o se queda con la cuenta?

Durante unos minutos me quedé pensativo, entendiendo que mi abuelo había pertenecido a un entorno burgués.

-Pues sabe que le digo, que sí. Si es tan amable de ponerme como titular, sería para mí un orgullo mantener el mismo número de cuenta que mi abuelo.

-Genial, bienvenido a Nuestro Banco.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de la chica, y yo me sentí orgulloso de formar parte de algo tan directo con mi abuelo.

Vanesa, me sacó los contratos y me informó que en unos días recibiría una tarjeta asociada a aquella cuenta. Cuando todo estaba casi finalizado, Vanesa Guzmán, abrió su cajón y de él, sacó una llave con un llavero dorado donde se podía leer mi apellido grabado. Me pidió que la acompañara y juntos volvimos a cruzar todo el enorme pasillo hasta los lujosos ascensores en el otro extremo del banco.

Me impresionaron las lujosas molduras en forma de cabezas que sujetaban el techo. Vanesa apretó el botón que nos bajó una planta.

Una enorme sala de suelo de mármol blanco y decenas de nichos metálicos con números , uno tras otro, cada uno con su cerradura.

Comenzamos a andar por los pasillos hasta que la señora Guzmán se paró en el número 109. Metió la llave y abrió aquella caja fuerte del tamaño de una caja de zapatos.

-Señor Ruiz, le informo que no todos nuestros clientes disponen de su propia caja fuerte. Solo los más antiguos disponen de una de ellas y ahora, usted es propietario temporal de ella. Solo existe una llave de cada caja fuerte, y todas ellas son custodiadas por el banco. Ningún cliente puede tener en su poder dicha llave fundida en bronce. Aquí podrá guardar cualquier objeto de valor o documentación que quiera, simplemente tendrá que avisarnos unas horas antes y un miembro le acompañará siempre a este lugar. Todos los movimientos y todo lo que guarde, es completamente confidencial.

Cuando aquella chica finalizó, metió la llave y con cuidado abrió la pequeña caja 109, se apartó y me dijo:

-Le comunico que desde hoy, cualquier cosa guardada en su interior le pertenece. Si quiere asomarse por favor.

Hice lo que me pidió, en su interior, había una gruesa carpeta de piel negra, con una solapa que cerraba con una elegante hebilla dorada.

-¿Puedo cogerlo? — Pregunté miedoso -Por
supuesto, ahora es suyo.

Retiré la enorme carpeta y la metí bajo mi axila, sin saber muy bien qué hacer con aquello y con algo de miedo de que le pudiera pasar algo. La señora Guzman se dió cuenta de mis dudas y me comunicó amablemente que en la segunda planta disponían de una sala para los clientes con algunos libros, para poder echarle un vistazo. Pero que si lo deseaba, en el hotel de al lado podría disfrutar de un buen

almuerzo mientras ojeaba aquella carpeta y luego devolverla si quería.

-¿Puedo devolverla después de comer? —Pregunté creyendo que aquel era un banco normal

-Por supuesto señor Ruíz. Nuestra sede está abierta hasta las seis y media de la tarde. Hasta esa hora tiene posibilidad para poder acceder a su caja fuerte. ¿Necesita algo más?

Le negué con la cabeza, solo había tomado un café rápido y el estómago empezaba a llamar mi atención con molestos ruidos. Era cerca de las dos de la tarde, no tenía prisa y quería disfrutar de una buena comida, así que le hice caso y me dispuse a ir al hotel que se encontraba justo enfrente de la calle.

Salí del hermoso edificio y me di de bruces con el encanto de aquel lujoso lugar, desconocido para muchos malagueños. El paseo de Reding, fue una calle creada entre los antiguos barrios de la Caleta y Campos Elíseos, junto a la Cañada de los Ingleses. Se trata de una aristócrata calle dedicada a un militar suizo Teodoro Reding, donde se encontraban maravillosos edificios nobles e históricos como las casas del arquitecto Félix Sainz, el hospital noble, el cementerio de los ingleses o el lujoso hotel Miramar, donde yo iba a comer.

El hermoso paseo finaliza en el inicio de otro paseo, el de Sancha. Los edificios nobles daban paso a casas victorianas levantadas por empresarios malagueños de sangre inglesa. Muchos de estos empresarios llegaron a la ciudad levantando, en pleno siglo XIX, una revolución industrial que en España no existía aún. Los ingleses comenzaron a unirse a los burgueses locales, que

entendieron la importancia de unirse en familia y en empresa con los extranjeros.

Gracias a ellos, la ciudad disfrutó de un periodo de inversión privada, gracias a las fábricas de azúcares, alcoholes, textil, entre otras; llenando la ciudad de altísimas torres industriales de ladrillos, que a día de hoy se pueden ver como un recuerdo del pasado.

Ensimismado por todo aquello, entré en el interior del recinto del lujo hotel, y desde su escalinata principal, se podía observar una imponente Corona Real en oro que culmina el edificio.

Esta gran obra fue construida por el arquitecto Fernando Guerrero Strachan e inaugurada por el rey Alfonso XIII el diez de febrero de 1926. El exterior se construyó siguiendo el modelo del Hotel Ritz de Madrid y del famoso hotel ya desaparecido Riviera Palace de Montecarlo.

Con ganas de matar mi curiosidad por lo que llevaba bajo el brazo, crucé al interior del impresionante patio recubierto en mármol. Me llamó mucho la atención sus enormes lámparas de estilo árabe modernas, que colgaban en diferentes alturas sobre un enorme piano de cola. En el patio central, una serie de fotografías expuestas en forma de exposición invitaba al recién llegado a conocer la historia de aquel bellísimo lugar, que te hacía viajar a un tiempo pasado. El blanco impoluto, el olor, el sonido, una gozada para los sentidos para vivir el interior de uno de los hoteles más lujosos del país.

Es curioso que el hotel originalmente nombrado Príncipe de Asturias, pasó a denominarse Hotel Miramar durante la República Española. Pero más interesante todavía es saber que desde 1936 con la entrada de las tropas franquistas a la

ciudad y hasta 1937 con la evacuación de la población, el lujoso hotel se convirtió en un hospital de sangre.

Primero fue hotel, a continuación un hospital, de nuevo hotel. Después, sufrió el abandono, y posteriormente lo transformaron en juzgados, acabando como antes, en el abandono y por último y definitivo hasta día de hoy, un gran hotel. En conclusión, se trata de un lugar lleno de historia, un edificio que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo.

20

Sin más preámbulos, me dirigí a la recepción preguntando dónde podría sentarme a comer algo. Muy amablemente un botones me acompañó hasta la puerta del restaurante que tristemente, aún siendo la hora de comer, se encontraba prácticamente vacío.

Uno de los camareros me preguntó si me apetecía comer en el interior o en la terraza, y sin lugar a dudas le pedí que prefería hacerlo en el exterior.

Cuando salimos a la terraza del restaurante, el lugar cobró vida, huéspedes y empresarios se entremezclaban en distintas mesas disfrutando del mar azul del mediterráneo y de la asombrosa piscina. Como ya había dicho, la fresca brisa hacía mucho más llevadero el estar en el exterior.

Me invitaron a sentarme en una pequeña mesa en una de las esquinas, pero con una maravillosa vista. El mantel blanco reflecta el Sol, haciendo algo molesto mirar hacia él.

Necesitaba tranquilidad, necesitaba descubrir que guardaba aquella carpeta negra y con cuidado fui soltando la hebilla hasta que la carpeta quedó libre completamente.

Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo, los vellos de los brazos se erizaron y con cuidado fui sacando el contenido.

Me llamó la atención una vieja Biblia encuadernada en piel oscura con la palabra "*Sagrada Biblia*" fresada en la piel. Un intenso olor a moho y humedad me hizo alejarlo un

poco de mí. Miré de reojo al resto de los comensales para cerciorarme que nadie veía lo que estaba haciendo. Con mucha delicadeza abrí la Biblia editada en 1910. En su interior escrito a mano decía lo siguiente:

"*Bienaventurados los que eligen la senda del lucero, sagrados los que se alejan del ocaso… Para mi sobrino Ismael, para que la palabra de Dios te proteja el resto de tu vida."*

¿Quién escribió aquellas palabras que no firmó su dedicatoria? ¿Quién era Ismael? Y ¿qué hacía mi abuelo o mi abuela con ese recuerdo en su poder? Pasé rápidamente las hojas, buscando algo importante que me diera algún tipo de información, pero no encontré nada destacable, sólo algunos versículos subrayados con un lápiz azul.

Aparté la Biblia y tomé una carpeta amarillenta de pocas hojas. Eran las firmas de mis abuelos el día que contrajeron matrimonio. La fecha, la iglesia donde lo hicieron y el

nombre del párroco que oficializó la ceremonia. Don Francisco de Viñuela en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Y mientras pasaba hojas pude dar con algo muy interesante, el nombre de mi bisabuela, que aparecía así:

"*Don Gonzalo Ruiz Peralta; nacido en Campanillas (Málaga) el 9 de Enero de 1927. Hijo de Don Gaspar Ruiz Muñoz y Doña Soledad Peralta Sanchez."*

Por fin tenía los nombres de aquellos desconocidos, Gaspar y Soledad, pero no entendía porque no firmaban en ningún lugar. Solo aparecían las firmas de la familia de mi abuela. Campanillas, un barrio de la ciudad a las afueras que durante finales del siglo XIX, vivió un esplendor por la

decenas de fábricas que se abrieron en sus enormes praderas. Anoté en mi cuaderno, el que me acompañaba a cualquier lugar, el nombre de mis dos antepasados al igual que el nombre de la iglesia.

El camarero me trajo el almuerzo y yo rápidamente aparté todos los documentos hacia un lado, para que pudiera poner el plato y no mancharlos. Pero fue entonces cuando algo me saltaba a la vista. Esperé a que el hombre se marchara, impaciente de poder leer la portada del Informe pericial de la muerte de Don Gonzalo Ruiz Peralta.

Fue todo tan rápido que no pude terminar de tragar el sorbo de agua y lo lancé atragantándome, mientras todas las miradas de los comensales se dirigían preocupado en mí.

-¿Se encuentra bien señor? — Me dijo el camarero preocupado por el bochornoso espectáculo.

-Si, perdóneme. Me atraganté con el agua.

-No se preocupe, le traigo ahora mismo otra servilleta y un cubierto nuevo.

No me di cuenta, que de la emoción, además de atragantarme, tiré los cubiertos al suelo. Avergonzado espere a que me sirvieran unos nuevos. Le di las gracias al chico por su enorme amabilidad y aparte de nuevo el plato de comida con ansiedad por descubrir lo que ocultaba aquel informe.

Informe Pericial.

Seguros Ocaso Andalucía.

Fecha de la muerte: 25/10/1970

Edad: 45 Años.

La tarde del 20 de Octubre de 1970, el señor Don Gonzalo Ruiz Peralta. Varón de 1,80 de altura y 96 kilogramos de peso, volvía de trabajar como responsable en la sección "D" de la fábrica química del amoníaco. Dicha fábrica se sitúa en la carretera de Cártama en la zona de Intelhorce. Amoniacos Español está explotado por el grupo Cros.

Como cada Martes, el Señor Ruiz, sale de su puesto de trabajo a las 18:00 H, se despide de sus compañeros y de su amigo personal y director Don Julián Crispín Bueno.

El señor Crispín, nos informa, que su amigo se pasa por su despacho al finalizar su turno y se toman un café con brandi. Todos los días ambos se marchan juntos de la fábrica, pero ese día el señor Crispín debe esperar que finalice una inspección de seguridad en la central.

Don Gonzalo, sale en hora punta y se dirige a su vehículo, aparcado en la enorme explanada que pertenece a la fábrica del Intelhorce, situada justo enfrente de la del amoniaco.

Al introducirse en su vehículo, un Peugeot 504, color blanco roto, se dirige calle arriba dirección polígono industrial El Viso. A las 18:21H, entra en el bar Felipe y se toma una cerveza acompañada de unas aceitunas, según el propietario del bar, el señor Felipe Sousa, más conocido como "El portugués". El señor Ruiz, para como de costumbre, esta vez solo y se muestra risueño, comenta el partido del Madrid y le anotó el número 88 en la porra para ganar un jamón. Gonzalo paga sus 40 pesetas y sale del bar.

Pasadas las 22:00H, su viuda, la señora Leonor Madrid, llama a la comisaría de Policía situada en la barriada del Palo, denunciando la desaparición de su marido. El

comisario López Arnau, toma los datos y le pide un tiempo de 12 horas para iniciar la búsqueda, ya que solo han pasado cuatro horas desde su desaparición.

Según nos cuenta la Señora Madrid, su marido siempre llega a casa a las 19:15, 19:30 y si alguna vez se retrasa la suele avisar desde una cabina telefónica. La señora Madrid se encuentra asustada y pasadas las doce horas, el Miércoles 21 a las ocho en punto de la mañana, se presenta junto a su hijo Adrián Ruiz Madrid, de doce años de edad, a la comisaría de policía de la ya citada barriada malagueña.

El comisario López Arnau, inicia la búsqueda del desaparecido, explorando toda la zona alrededor de la
fábrica y hasta llegar incluso a Torremolinos. Dicha búsqueda se alargaba según el informe policial al que este seguro ha tenido acceso, hasta el día 22 de Octubre del año 1977. A las 10:30H de la mañana un pastor de ovejas avisó a la guardia civil de un coche abandonado con las puertas abiertas, en una explanada, a escasos metros de la antigua azucarera del Tarajal.

La guardia civil se presenta a las 11:00h del Jueves 22 de Octubre y examina el vehículo aparcado en dicha explanada de difícil acceso, ya que el lugar está abandonado y rodeado de cañas y arbustos.

La guardia civil se pone en contacto con la policía nacional y certifica que dicho vehículo es un Peugeot 504 de color blanco roto y la matrícula es la misma dada por la señora Madrid.

El vehículo se encuentra con las puertas abiertas, al igual que el maletero. No se aprecia sangre, ni golpes. Las llaves están puestas en el contacto del salpicadero y la batería está agotada debido a la posición de las luces durante tantas horas seguidas.

Ambos cuerpos de seguridad acceden al interior del e d i f i c i o a b a n d o n a d o y d e s p u é s d e r e c o r r e r l o minuciosamente durante horas hasta bien entrada la noche, se determina que no hay ningún tipo de pistas que indiquen que el señor Ruiz ha entrado en dicho edificio.

Un grupo de la policía criminal con la ayuda de la guardia civil realizan rastreos periféricos en distintos lugares durante más de dos semanas. Vecinos cercanos del Valle del Guadalhorce, participaban en estas batidas, incluido su amigo Don Julián Crispín y los empleados de la fábrica del amoniaco, aunque sin éxito alguno.

Tiempo después este seguro fue notificado del suicidio de Don Julián Crispín, un mes después de la desaparición de su amigo.

Finalmente a las 16:00H del día 25 de octubre, un grupo de adolescentes encontraron un cuerpo flotando en la ribera del arroyo Pocapringue, situado a escasos 500 metros de donde se encuentra el lugar de trabajo de Don Gonzalo.

El inspector de la policía criminal junto con el juez levantaban el cadáver a las 18:00H de la tarde. El cuerpo se encontraba completamente desnudo y según la autopsia realizada, el cuerpo no presenta signos de violencia alguno, por lo que se determina que la causa de la muerte es por ahogo. Ese mismo día, al finalizar la autopsia, el comisario López comunicaba a la señora Madrid, que después de cotejar las huellas dactilares del cuerpo encontrado, estas pertenecen a Gonzalo Ruiz Peralta.

Este seguro, después de analizar paso a paso, milimétricamente , el informe policial y recorriendo las últimas horas de vida del fallecido, certifica que la muerte se produjo debido a un consumo elevado de alcohol. Esto le

llevó inconscientemente a dirigirse a un punto desconocido para él, tropezando y precipitándose al arroyo sin poder salvarse de las aguas que arrastraba por las intensas lluvias de los días anteriores.

Así mismo se certifica la fecha del fallecimiento y el ingreso a la señora Leonor Madrid, viuda de nuestro cliente, la compensación económica de 10.000.000 pesetas.

No pude ni siquiera empezar a comer, tenía la boca tan seca que tomé la botella de agua de un solo trago. Llamé rápidamente a la camarera y le pedí la cuenta, solo quería salir de aquel lugar, y llegar a casa. Mi cabeza iba a explotar, mi abuela lo tenía todo preparado para que yo pudiera descubrir todo esto a su muerte. ¿Cómo es posible que una persona sufriera una muerte tan absurda? El informe solo se basa en una débil e insignificante investigación por parte de los distintos cuerpos. Necesita ir a aquel lugar y verlo con mis propios ojos.

Me levanté de la mesa, la cara de sorpresa por parte del camarero era enorme. Me preguntó si no me había gustado la elección que había hecho. Pero para nada, simplemente no podía permitirme el lujo de quedarme allí sentado mientras necesitaba darme respuestas.

Salí del lujoso hotel y crucé la calle hacia una parada de taxis que se agolpaban bajo el Sol malagueño. Las calles estaban prácticamente desiertas, el tráfico casi inexistente y los locales a estas horas estaban cerrados, solo el molesto canto de las chicharras invaden las calles.

Subí a casa, tomé las llaves de mi coche y puse rumbo hacia aquella fábrica abandonada. Estaba nervioso, con

ganas de llegar, lo que no sabía es que haría el mismo recorrido que mi abuelo hizo el último día de su vida cuarenta años después. Según el Gps, la ruta más rápida era a través de la avenida Ortega y Gasset, una larga carretera que dejaba atrás la ciudad para ir cruzando distintos polígonos industriales.

Poco a poco fui acercándome a la zona conocida como el Intelhorce, ahora una enorme fábrica textil ha recuperado aquella zona dotándola de infraestructuras más modernas y tecnológicas. Justo enfrente una enorme llanura llena de rastrojos, llamaban mi atención, allí estaba situada la famosa fábrica de Amoniacos España que cerró a finales de 1990, ahora nada quedaba de lo que allí existió. Tan solo era un terreno perfecto para la especulación urbanística. Continué la marcha, algunos camiones transitaban por aquel desértico lugar, aunque ya no había nada, solo altas cañas de azúcar que habían logrado sobrevivir al paso de los años. Un paisaje seco y amarillento por el intenso calor y la constante radiación del Sol.

A mi derecha un muro de ladrillos viejo impedía ver la antigua fábrica de la Azucarera. Una señal prohibía incorporarse a la izquierda, pero la dirección que me marcaba el Gps era aquella. Miré que no vieran vehículos y de un acelerón, me metí en el carril indicado. Una carretera de tierra, cubierta de grava, en medio de una extensa llanura desértica a lo lejos en medio de aquella nada, se levantaba imponente la antigua fábrica ahora abandonada.

Tragué saliva, y unas extrañas mariposas revoloteaban dentro de mi estómago. El camino era sinuoso y difícil, algunas piedras se encontraban afiladas por el paso del tiempo, así que decidí aminorar la marcha y cruzar aquel

camino despacio, evitando llevarme un susto y quedarme allí tirado.

Todo el recinto estaba completamente cercado por muros de ladrillos recubiertos por grafitis sin sentido. Fui buscando algún punto de acceso, pero fue inútil, así que decidí dejar el coche algo más atrás, en otro camino de tierra que llevaba a una casa de campo y seguí la marcha a pie, hasta una puerta de metal con un enorme agujero por el que me colé.

Llegué a la fábrica de ladrillos rojizos y de cinco plantas de altura, destacando la enorme chimenea, que fue fabricada en Múnich. Ante mí tenía un vestigio industrial del pasado muerto de esta ciudad.

Comencé a andar, evitando tropezar con los escombros ilegales procedentes de obras, retretes rotos, ladrillos, trozos de cementos, azulejos hechos añicos. Un lugar que intentaba estar protegido y que era fácil de acceder por lo que allí había.

El edificio era enorme, con una planta en forma de *H*, la mayoría de las ventanas estaban tapiadas. No había ido allí para meterme dentro de aquel lugar, simplemente quería ver si era posible que mi abuelo llegara con su coche aquel lugar y acabar flotando en un arroyo que normalmente siempre estaba seco.

Rodeé todo el perímetro del edificio, los árboles que en el pasado dieron sombra, ahora era un manojo de ramas secas con algunos pinchos, que daban al lugar más decadencia. Me fijé que la enorme chimenea tenía escrita la palabra *AMET 1931* y en distintas alturas una zona para descansar a quienes tuvieran que subir aquellas interminables escalerillas soldadas al exterior de la chimenea.

Con el teléfono empecé a realizar fotos de cada detalle del edificio y de sus alrededores. Y cuando terminé, busqué el arroyo donde apareció mi abuelo, que estaba bajando una pequeña ladera desde la que se podía ver dónde estaba situada la fábrica donde trabajó.

Fui bajando entre algunas rocas y sintiendo cada vez más el fuerte olor a las aguas estancadas. Los mosquitos se acercaban a mí, intentando darse un banquete después de años sin opción. Las avispas se cruzaban y las moscas revoloteaban los musgos de las rocas por las que se estancaba el agua.

Era un río seco, estrecho, rocoso y empedrado, pero que mi abuelo se hubiera ahogado en él, era muy difícil de entender y mucho menos de explicar. Estando allí en medio, hubiera sido más fácil que debido a un traspiés, cayera de bruces contra una piedra abriéndose la cabeza. Anduve un poco siguiendo el curso del riachuelo, pensando en poder conseguir alguna pista de algo que ocurrió hace años. Pero lo único que encontré fueron algunos neumáticos y basura desperdigada por todo el recorrido.

Ya había poco que hacer, además algo me decía que tenía que salir de allí; pues volvía a sentir esa extraña sensación de sentirme vigilado. Sabía que no era bienvenido y mi intuición me decía que lo mejor era marcharme cuanto antes.

Subí de nuevo la pequeña ladera y me incorporé a aquel prado desértico. Comencé a andar y sentía como alguien miraba desde alguna de las ventanas rotas, no paré, solo aceleré el paso hasta que cruce el muro de ladrillos y llegué a mi coche.

21

Cuando llegué a casa, me sentía agotado, habían sido tantas malas noticias en tan pocos días que estaba abatido; pero aún necesitaba terminar de ver el contenido de aquel sobre con archivos.

Encendí el portátil, y me di una ducha de agua fría. Sentía como el agua helada iba recorriendo todo mi cuerpo e iba despejando mi cabeza.

Relajado, me puse ropa cómoda, me abrí una cerveza y me senté en la mesa de la terraza frente al ordenador y los archivos que no devolví a la caja fuerte del banco.

Una pequeña carta, descolorida y con letra casi ilegible, apareció doblada en varios pliegues al fondo de la antigua carpeta.

Fui abriendo con cuidado de no romperla y la puse sobre la mesa.

Querida Amiga:

¿Cómo está la situación por allí? Y Gonzalito, ¿cómo está? Le echo mucho de menos. Pronto iré a veros y te podré dar las gracias por todo lo que estáis haciendo. Dale un beso gigante.

La carta no tenía un nombre, ni una fecha. Estaba claro que era una comunicación entre dos mujeres, dos amigas

que estaban lejos. Pero, ¿por qué estas palabras estaban aquí guardadas? ¿Cuál era la importancia para que estuvieran protegidas?

Tomé el teléfono y envié las fotografías que había realizado al ordenador, una a una, fueron entrando, hasta que en la pantalla apareció el cien por cien completado. Repasé que estuvieran todas las fotos, y me di cuenta que en todas ellas aparecían unas manchas alargadas, destellos de luz, neblinas sobrevolando por distintas partes de la fotografía. Miré si en el móvil también aparecían, pero podían verse perfectamente. Comparé aquellas imágenes con otras realizadas con el mismo terminal y para mi sorpresa, las otras se veían bien. Volví al ordenador fui observándolas con detenimiento. En algunas aquella niebla, y aquellos destellos emanaban de la tierra, otras rodeaban el edificio.

Ampliando una de las fotografías que hice en la fábrica, se veía sobre uno de los anillos de hierro de la enorme chimenea, la imagen de lo que parecía un hombre con su brazo señalando al frente. No podía ver su rostro, no podía ver su ropa, pero ¿qué hacía ese hombre allí arriba? Puedo jurar que no había nadie cuando estuve, sobre todo porque en las fotos puedo ver como parte de las escaleras de hierro que trepa por la chimenea, están rotas o faltaban peldaños.

Cientos de almas atrapadas en aquel lugar, sin poder salir. ¿Mi abuelo sería una de ellas? ¿Y dónde señalaba ese espíritu?

Desde mi posición, a varios metros de altura de diferencia, mi campo visual era limitado y horizontal, por lo que ver lo que había tras los muros era imposible. La fotografía la tomé desde la entrada principal de la fábrica, y

según la brújula del teléfono, el edificio construido estaba posicionado en el Norte; por lo que aquel señor señalaba en diagonal hacia el Oeste.

Abrí el mapa del ordenador y me situé sobre aquel abandonado lugar, fui levantando poco a poco la altura para encontrar lo que aquel ente me estaba señalando. Fui haciendo el recorrido por distintas zonas industriales modernas, levantadas en la década de los noventa, pero entonces, apareció en el mapa la casa abandonada del Cortijo del Cerro. ¿Por qué señalaba aquello?

Si viajamos a finales del siglo XIX, principio del XX, por donde ahora hay industrias, pequeños núcleos urbanos, vías del AVE y autopistas que se cruzan entre sí; antes, no existía nada. Solo caminos de tierra y grava, vías del tren que unían a la ciudad con Córdoba y campo, enormes praderas de fina hierba dorada por el Sol y diversos cultivos de algodón y azúcar.

Me encontraba ante dos construcciones con casi cien años de diferencia, pues el famoso cortijo del Cerro fue construido en 1840 y la fábrica se inauguró en 1930. Investigando sobre dichas obras, encontré que ambas pertenecen al mismo linaje familiar de Los Loring. Una noble familia Malagueña con linaje británico, mezclada en su última época con otra familia importante de la industria y la burguesía local, los Heredia, Molina y por supuesto los Larios.

-¿Tienes algo que ver en esto, Elena?

Pregunté en voz alta, entendiendo que era ella, quien no quería que me despistara en tonterías familiares, era ella quien continuaba llamando mi atención.

-Si eres tú, te prometo que iré allí donde me digas. Te prometo que lo haré, pero antes necesito saber que ocurrió de verdad con mi abuelo.

Le prometí aquel espíritu que me había dejado tranquilo, que la ayudaría a que su verdad se supiera. No sé si el hecho de que las luces y la televisión se encendieran fue en señal de paciencia o simplemente de enfado, no lo sé; pero necesitaba que esperase un poco más. Al fin y al cabo había esperado casi un siglo.

22

No podía perder más tiempo, necesitaba buscar y encontrar que ocurrió en realidad a mi abuelo, aquella trágica tarde del 25 de octubre de 1970. Necesitaba una respuesta.

Me metí en la cama, intentando conciliar el sueño, pero era imposible. El intenso calor no era aplacado ni por la leve brisa que entraba por las ventanas de toda la casa que dejé abierta. Las sábanas se me pegaban al cuerpo y el sudor me empapaba como si me hubiera caído un cubo de agua caliente.

Desesperado, decidí que lo mejor sería volver a levantarme, cerrar todas las ventanas y poner el aire acondicionado. Me incorporé, apoyé mis manos sobre el filo del colchón y puse los pies sobre el ardiente suelo de mármol, cuando un grito me alertó. Me asusté, era desgarrador y retumbó en medio del silencio de la noche. Permanecí quieto, conteniendo la respiración, intentando averiguar de dónde procedía aquel enorme grito. Necesitaba saber quién se escondía dentro de esa casa, donde jamás me había ocurrido nada, hasta la muerte de mi abuela.

El grito aún resonaba en mis oídos mientras, podía escuchar cómo alguien arañaba lo que parecía el lienzo de un cuadro. Quien fuera, estaba en el salón, no lo dude y me acerque lentamente. Me encontraba a la vuelta y podía sentir cómo al otro lado de la pared, siguen rasgando con unas uñas el cuadro.

Entré al salón y un golpe seco me sobresaltó. En el suelo acababa de caer una pintura que mi abuela tenía colgada en una de las paredes. Se trataba de una copia del *Caballero con la mano en el pecho,* del famoso pintor *El Greco*. El retrato de rostro semblante y serio, era una recreación del mismo tamaño que el original, que se encuentra en el Museo del Prado de Madrid. Una pintura oscura y agónica que me acompañó toda mi infancia, presidiendo un icónico lugar dentro del domicilio. Nunca le presté atención a aquella lámina, siempre estuvo ahí.

Lo levanté rápidamente, no recordaba que el marco de bronce pesara tanto. Le di la vuelta y una sensación de añoranza me invadió. La lámina estaba completamente dañada. Los arañazos eran tan profundos, que el lienzo colgaba como tela sin vida hecha trizas.

Parado en medio del salón, solo estaba yo y el cuadro y con mi respiración aquejada, se unió otra justo detrás de mí, a la misma velocidad que la mía, al mismo tiempo, con la misma profundidad. Me giré, para averiguar quién me escoltaba en medio del oscuro salón.

Girado completamente, pude ver quién respiraba junto a mí. No entendí que estaba haciendo yo allí. Era yo. Yo estaba a mi propia espalda. Me quedé congelado, aterrorizado, ¿acaso estaba en un viaje astral?

Me vi allí de pie, sonriendo, mirándome fijamente, sus uñas eran enormes, puntiagudas y afiladas. Tenía mi cara, pero su cuerpo era mucho más delgado y más alto.

Cuando volví a poner mis ojos sobre los suyos, él los tenía puestos sobre el cuadro.

-Míralo, mira bien el cuadro. — Me dijo sin abrir la boca.

Estaba completamente aterrorizado. Le hice caso y cogí la pintura, ahora destrozada y fue entonces cuando vi algo escrito que se encontraba en una especie de falso fondo.

A mi hijo, para que no olvides que tu padre siempre velará por ti y cuando estés preparado, te esperaré en tu verdadero hogar.

Feliz comunión hijo.

M.L

Volví a mirar a mi otro yo, buscando algún tipo de explicación, pero no recibí ninguna. Había desaparecido, ¿dónde estaba aquel Adrián? No puedo terminar de hacerme la pregunta, cuando mis ojos se abrieron de par en par, estaba de nuevo en mi cama, en mi habitación, con el Sol dándome de lleno sobre el rostro y cegándome. Continuaba empapado por el sudor, tenía la boca seca y todo había sido una pesadilla. ¿O quizás no?

Sea como fuere, me levanté corriendo hacia el salón, deseoso de encontrar el cuadro rasgado y tirado en el suelo, pero me equivocaba. Aquel caballero de la mano en el pecho, continuaba colgado de la misma pared de siempre.

Durante unos segundos me quedé quieto observándolo y preguntándome si aquello había sido una señal o realmente una pesadilla sin sentido y por la que no debía preguntarme.

Me froté los labios fuertemente y me acaricié el pelo. Recuerdo que cuando estudiaba historia del arte, la profesora hizo especial hincapié en esta pintura. Su autor, Doménikos Theotokópoulos, más conocido como *El Greco*, era un pintor que plasmaba el color de una forma especial.

Cada color, tenía un simbolismo lleno de matices que embriagaban a quienes disfrutaban de sus pinturas.

El caballero observa sigiloso al espectador, dando la sensación de pactar con él, pues la postura de su mano, recrea el gesto de juramento. Un cuadro rodeado de una atmósfera de misterio , que hace que muchos vean como Miguel de Cervantes a aquel desconocido.

No pude contenerme más, pedí perdón a mi abuela por lo que iba a hacer, pero descolgué el pesado marco de la pared y lo puse sobre la mesa del comedor. El corazón me latía fuertemente.

Le di la vuelta buscando la mejor forma de desmontarlo sin dañar la lámina y con mucho cuidado y ayudado de un destornillador plano, fui levantando las muecas que agarraban la imagen. A simple vista, solo parecía una hoja de lienzo fina y débil.

Casi estaba completamente liberado, cuando justo en la esquina inferior derecha, en la zona que tapaba el marco en bronce envejecido, apareció el escrito que había visto en el sueño. Pero, ¿quién era M.L? Las iniciales de quién decía ser el padre de mi abuelo. Lleno de dudas, busqué en la carpeta negra que tomé de la caja fuerte del banco, la partida de matrimonio de mis abuelos donde averigüé el nombre de sus padres.

Don Gaspar Ruíz Muñoz se alejaba bastante de un nombre cuyas iniciales eran M y L. Con el cuadro desmontado sobre la mesa y con el documento en la mano, fui consciente que aquel tal señor Gaspar no era el verdadero padre, ni tampoco mi bisabuelo.

Una incógnita se abría ante mí de nuevo. Necesitaba saber quién fue aquel hombre que aparecía en los

documentos oficiales de la boda de mi abuelo. Busqué por todas partes, intentando dar con la partida de nacimiento, pero nada. Solo en el de matrimonio salían ambos nombres.

Encendí el ordenador para buscar algo sobre aquel nombre, pero todo lo que había eran actuales; Gaspar Ruiz Muñoz en redes sociales, Gaspar Ruiz Ruiz en la facultad de ciencias de la comunicación. José Gaspar Ruiz sin ninguna información.

Mi paciencia se estaba perdiendo, ¿cómo pretendía buscar al supuesto padre de mi abuelo? En caso de que estuviera vivo podría tener más de cien años.

Me alejé de la pantalla y recosté mi espalda en el sofá, cuando me resaltó el nombre de "Antonio Ruiz Peralta". Me acerqué de nuevo a la pantalla, según el buscador tenía una carnicería en el barrio de campanillas, justo donde se casaron mis abuelos. Pinché sobre el link y me derivó a una famosa red social en la que se presentaba como propietario de la carnicería "*Hijos de Ruiz Peralta Carniceros*". ¿Podría ser aquel señor hermano de mi abuelo? Sin dudarlo me puse unos pantalones y una camiseta, tomé mi mochila con la libreta, apunté la dirección y me metí en el coche dirección Campanillas.

De nuevo aquel recorrido por la autovía me hizo pasar de largo por la azucarera y para mi sorpresa, el desvío para entrar en el alejado barrio, que era como un pequeño pueblo; me hizo toparme con la antigua mansión que formaba parte del Cortijo del Cerro. Durante unos segundos me quedé mirándolo asombrado , mientras apoyaba la barbilla sobre el volante. Perdí la noción del tiempo durante esos segundos , hasta que el ruido de los claxon de los vehículos que tenía atrás, me hicieron volver a la realidad y continuar carretera abajo hasta el centro del barrio.

No me extrañó nada que aquel hombre tuviera una carnicería, ya que toda aquella carretera estaba flanqueada por enormes fábricas carniceras y el olor a animales encerrados era insoportable. Me paré en la calzada con las

ventanillas subidas, aguantando la respiración para localizar en el mapa la dirección exacta. *Calle Luis Salazar,* número uno. Retomé el viaje introduciéndome en las estrechas calles compuestas por viejos edificios unos encima de otros. Tuve que dar varias vueltas para poder estacionar el coche y cuando por fin lo hice, andé hasta el sitio marcado. Varias motocicletas con un llamativo maletero en color amarillo me despistaron un poco y efectivamente aquello era una mala señal. En el número uno de esa calle no había rastro alguno de la carnicería que estaba buscando, en su lugar había un restaurante de comida rápida especializados en hamburguesas, patatas asadas y en los típicos camperos malagueños.

Mi decepción era tal, que me senté sobre el bordillo de la acera intentando animarme por el viaje inútil hasta aquí. Algunas vecinas que iban con el carrito de la compra me miraban con desconfianza mientras cuchicheaban entre ellas.

Sentí que alguien me llamaba dándome un golpecito en el hombro, me giré y vi a una chica algo más mayor que yo, sobre unos cuarenta y pocos años. Su rostro era duro, curtido quizás por vivir en un pequeño barrido tan alejado de la ciudad, sus facciones eran cuadriculadas, sus cejas espesas y poco cuidadas y el cabello abundante y recogido en una coleta decorada con un lazo rojo.

-Perdona, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? — Me preguntó muy amablemente, esbozando una sonrisa.

-Muchas gracias, estoy bien, muy amable.

-¡Chiquillo! Me has preocupado, digo a ver si a este hombre le ha dado un mareo que con la *caló* que hace, no serías el primero.

Su marcado acento era cerrado y mezclaba las eses y las zetas a placer. Era ese acento tan de mi tierra, tan denostado y que yo echaba tanto en falta cuando me encontraba lejos de mi ciudad.

-Pues casi, no sé como aquí hace tanto calor. Me he sentado porque vengo desde la otra punta de la ciudad buscando una carnicería que había aquí y…

-¡Por Dios! Hijo de mi vida. Ojalá mucha gente hubiera venido cuando estaba abierta, así no la tendría que haber cerrado.

-¿Cómo? ¿Lleva mucho cerrado?

-Que va. Mira la carnicería cerró hace ahora un año , era de mi padre. La tuvo toda la vida, la montó con 18 años, fíjate tú.

-¿Tú eres su hija?

-Si, yo soy su hija, me llamo Cristina.

Cuando Cristina me dijo que era su hija vi de nuevo una luz esperanzadora en el cielo. Y tan rápido se presentó con una enorme sonrisa se apartó un poco de mi vista y señaló con su mano el cartel que tenía tras de mi.

-El armario de Cristina, ¿Es tu tienda?

-Así es. Y ¿usted es?

-Si perdóname, soy Adrián Ruiz.

-¡Anda mira! Te apellidas como yo. Cristina lanzó una carcajada que retumbó en toda la calle.

Me levanté y le pregunté si podíamos hablar. Le dije que era periodista y que necesitaba ayuda para localizar a su padre, necesitaba saber si era hermano de mi abuelo o me

estaba equivocando totalmente. Cristina accedió amablemente y me invitó a pasar a su tienda. Tenía una ubicación perfecta y no paraba de entrar y salir gente cada varios minutos.

-Veo que te va muy bien la tienda, me alegro mucho.

-Si gracias a Dios no me puedo quejar. ¿Qué necesitas saber de mi padre?

-Realmente de tu padre no mucho, me interesa saber cómo se llamaba tu abuelo.

-¿Mi abuelo?

-Si

-Mi abuelo que en paz descanse se llamaba Gaspar Ruiz, de lo que no me acuerdo es del segundo…

-Muñoz … ¿y tu abuela?

-Si Muñoz, creo que sí. Mi abuela, pobre mi abuelita, Soledad Peralta Sanchez. Ella era panadera, trabajó toda su vida en un obrador de pan. Murieron cuando yo era una niña y tengo cuarenta y seis años.

No todo estaba perdido, estaba hablando con la sobrina de mi abuelo. La tenía enfrente y necesitaba poder hablar con su padre.

23

Cristina se notaba nerviosa, se veía a sí misma como la protagonista de esos espacios televisivos que narran las historias de los famosos nacionales e internacionales. La mujer hizo una llamada telefónica pidiendo a su padre que viniera a la tienda, que una persona tenía que hablar con él. No pasó ni cinco minutos cuando un hombre mayor de unos setenta años, de pelo ondulado blanco, barriga prominente y gran papada aparece por la puerta.

Me llamó la atención sus gordos mofletes sonrojados por el calor y por el vino que había estado tomando, se sabía por el olor que desprendía su ropa y su aliento.

Cruzó por la entrada del local estirando su corto brazo y mostrándome su rechoncha mano en señal de saludo.

-Buenos días muchacho. ¿Tú eres el que me busca? — Dijo amablemente con voz alegre.

-Adrián, él es mi padre. — Se pronunció Cristina con sonoras carcajadas.

-Encantado. ¿Usted es Antonio, verdad? -Sí. Yo soy Antonio, para servirle a usted.

-¿Le apetece que nos tomemos un café? Le invito yo.

-Si me vas a invitar, mejor que sea a un buen jerez, si no te importa.

Antonio me pidió que lo siguiera a una pequeña taberna a la que asistía con asiduidad y donde por las tardes jugaba

al mus. En aquel lugar no habían pasado los años, era como hacer un viaje en el tiempo y regresar a la década de los setenta.

Un pequeño bar con estruendosas máquinas tragaperras, alicatado geométrico y de oscuros tonos. Tenía una larga barra de madera acariciada una y otra vez por la misma bayeta, que intentaba secar ya sin éxito los restos de cerveza, licores y cafés que se esparcen a lo largo del mostrador.

El carnicero entró saludando a voces a todos los que allí se hallaban, que no eran más que hombres jubilados que discutían de fútbol y de política.

Nos sentamos en una destartalada mesa y ahí pude observar la difícil movilidad que tenía Antonio. Alzó de nuevo su voz y pidió un jerez para él y un café para mí.

-Bueno muchacho, dime, no suelo aceptar matrimonio en la primera cita. — Dijo de forma divertida.

-No para nada. Verá, yo soy el nieto del que creo que es su hermano. Gonzalo Ruiz Peralta.

-Bueno, ese no es hermano mío, ese desgraciado no se merece que lo llame hermano.

-¿Lo conocía? Yo no llegué a conocerlo murió en 1970. -

¿Gonzalo está muerto?

-Sí, murió ahogado cerca de la fábrica del Tarajal. -La

azucarera

El semblante de Antonio cambió. Estaba apunto de beber su copa y no terminó de llevársela a la boca, cuando se levantó y me dijo que no tenía nada que hablar sobre mi abuelo.

-Antonio, por favor. No he venido a importunar, solo he venido para saber algo de la vida de mi abuelo, no supe ni cómo había muerto. Hasta ayer, él era para mí un auténtico desconocido. Solo le pido diez minutos, por favor, solo diez minutos.

El buen hombre accedió y volvió a sentarse entre regañadientes y dio un trago a su copa. Esperé unos segundos para que se tranquilizara, pero su actitud me sorprendió bastante.

-¿Qué quieres saber de ese desgraciado?

-¿Cuándo dejaron de hablarse? ¿Qué ocurrió entre vosotros ?

-Gonzalo se portó muy mal con mi padre y le hizo mucho daño a mi madre. Él era el mayor de los cinco hermanos que fuimos, hoy por desgracia quedamos dos vivos, yo y mi hermana Soledad. Desde niños siempre vimos que él era especial. En mi casa no pasábamos hambre, mi madre tenía una panadería, y mi padre, aunque le gustaba mucho la bebida, trabajaba en el campo todo el día.

-¿Pero a qué se refiere con especial?

-Cuando eres un niño no te das cuenta de nada, te llama la atención, pero no eres capaz de condenarlo porque no sabes qué es condenar. Pero mi madre lo diferenciaba del resto de los hermanos. El comía solo productos de señorito, buen jamón, buen queso, los bocadillos de chocolate. Era normal que él nunca llevara la ropa sucia, ni mucho menos rota. En aquellos años era normal heredar la ropa del hermano mayor, pero no solo teníamos prohibido ponernos su ropa, si no que además llegaba el cartero con paquetes sólo para él con juguetes, calzado, comida.

-¿Quién le enviaba esos paquetes?

-¿Quién? Pues a día de hoy no lo sabemos, ese secreto se lo llevó mi madre a la tumba, pero los hermanos intuíamos algo. Mi hermano no era hijo de mi padre, creemos que era hijo de algún señorito que dejó preñada a madre y por eso esa distinción. Hasta a escuelas diferentes íbamos.

-¿Y por eso dejaron de hablar?

-No, eso son tonterías, que aunque duelen cuando lo ves desde los ojos de un niño, con el tiempo lo pasas por alto. Se portó muy mal. Gonzalo era muy buen estudiante y de la noche a la mañana lo enviaron a Granada a estudiar a un internado. Venía al pueblo por navidad y en verano. Con el tiempo dejó de venir y de vez en cuando llegaban cartas de él. Papá enfermo, bebía tanto que orinaba sangre y bilis, tenía cirrosis. Soledad, mi madre, lo lavaba en la cama porque no podía moverse y los dolores que sufría los compartía con nosotros con agónicos chillidos. Yo le escribí una carta a tu abuelo, le conté lo que pasaba y que por favor viniera. Pero no lo hizo, nuestro padre murió y ni vino a verlo en sus últimos días, ni tampoco se presentó a su entierro.

Una mañana, meses después, yo llegaba de trabajar y cuando entré en casa, madre estaba dándole un sobre con dinero. ¿Cómo se podía tener tan poca vergüenza?

-¿Mi abuelo volvió sólo por dinero?

-No sabíamos nada de él. Llevábamos meses sin vernos y volvió para decirle a nuestra madre que se casaba. Aún recuerdo aquella escena, aquel día llovió, tanto que el río se desbordó y los coches flotaban. La novia, supongo que sería tu abuela, era una mujer estirada, se la veía de buena familia y allí estaban los dos sentados en el sofá con madre enfrente. Yo entré en el momento en que le estaba dando el sobre.

-¿Pero sabías que ese sobre era dinero?

-Claro la herencia de nuestro padre. Tuvo la poca vergüenza de volver a por la herencia. Gaspar no tenía mucho dinero, casi todo lo que tenía se lo gastaba en beber y seamos sinceros, también lo gastaba en putas. Mi madre siempre lo supo, al igual que todo el pueblo, pero nunca le dijo nada, ella calló y siguió su vida; pero lo poco que dejó después de morir, ella lo repartió todo a los hijos.

Cuando vi aquella escena, se me revolvieron las tripas, le dije de todo, lo agarré del cuello y le dije que no volviera a esa casa nunca más. Que no era bienvenido y que como lo viera de nuevo, lo mataba.

-¿Nunca más os visteis?

-Solo una vez más, pues a los meses se casó en una vieja iglesia de aquí. Sé que nuestra madre se lo pidió, era tradición de nuestros antepasados casarse en ese lugar, que ya no existe. Ninguno de los hermanos fuimos y le prohibimos a madre ir. Pero sabemos que ella fue a la iglesia, de luto, de negro para que ninguna vecina pudiera señalarla con el dedo. Mi hermana Soledad la vió a la salida de la iglesia y se la llevó de allí.

-Eso fue cruel.

-Cruel fue lo que le hizo a mi padre, sé que nuestra madre tenía una devoción por él. Pero lo que hizo a nuestra familia, no se perdona y no se lo perdonaré nunca. La última vez que lo vi fue un par de años después. No sé cómo se enteró, supongo que algún malnacido que lo conocía le comunicó que madre había muerto. En el cementerio llegó él solo, se acercó al ataúd, lo besó y dejó un ramo de rosas rojas.

-¿Qué pasó cuándo lo visteis?

-Nada, porque tanto mi hermano Juan, como mi hermana Soledad, me sacaron fuera del velatorio y me pidieron que lo

dejara despedirse de ella. Pero te juro, que si por mi hubiera sido, lo mato allí mismo. En cuanto la enterraron, se marchó. Ninguno lo vimos irse, pero desapareció en cuanto la metieron en el nicho. Esa fue la última vez que estuvimos juntos. Días después, en la apertura del testamento, madre dejó una serie de cosas para él y pidió que se respetara su última voluntad y le hiciéramos llegar una carta.

-¿Y lo hicisteis?

-No…

Ante mí, tenía a aquel gordo y viejo hombre que no fue capaz de cumplir la última voluntad de su madre. No puedo justificar lo que hizo mi abuelo, pero no hacerle entrega de la carta de su madre, era una falta de respeto.

-¿Dónde está esa carta? — Pregunté con indignación

-Han pasado muchos años, sé que no tienes culpa de nada de lo que hizo Gonzalo, pero no sé dónde está. Mi hermana Soledad recogió la mayor parte de los bienes de mamá, si esa carta sigue existiendo, supongo que la tendrá ella.

-Por favor Antonio, ya no le pido que lo haga por él, pero le pido que si la encuentra me la envíe. Se lo pido desde lo más profundo de mi corazón.

Antonio asintió, yo le dejé mi teléfono y la dirección de mi trabajo en Madrid. No sabía cuánto tiempo se iba demorar esa carta y mucho menos, si alguna vez conseguiría poder leer su contenido.

Nos levantamos de la mesa y le agradecí estrechándole la mano el tiempo que me había dedicado. Él cogió el papel con la dirección y el teléfono y sin mirarme a la cara, se dio la vuelta y casi susurrando se despidió de mí, saliendo por

la puerta del bar ante la mirada de sus vecinos que lo miraban y me observaban como culpable por la marcha de Antonio.

Encendí un cigarro y fui hasta el coche mascando un intenso hedor de fracaso y decepción. Tenía sentimientos encontrados por una historia entre personajes que desconocía, pero que sin lugar a dudas me invadía un extraño dolor que no sabría explicar. Una última calada, arrojé la colilla y me subí al coche más confuso que antes.

24

Hice el trayecto de vuelta en silencio, pensando que si el padre de mi abuelo no era realmente su padre, ¿por qué accedió a darle sus apellidos? Desde el punto de vista histórico, puedo entender que lo hiciera por amor a mi bisabuela y para que no fuera denigrada por sus vecinos, pero como dijo Antonio, todos sabían que el padre realmente era un señorito propietario de tierras explotadas para la agricultura y ganadería.

Solo esperaba poder leer que aquellas últimas palabras de su madre, pero dudaba mucho que las recuperase.

Al salir de Campanillas, estacioné el vehículo en el arcén de la estrecha carretera y agobiado, decidí subir una ladera bastante pronunciada. El intenso calor y la humedad iba a dejar paso a una tormenta de verano, que ya se vislumbraba tras las montañas lejanas.

Desde lo alto de aquella ladera, tenía una vista privilegiada de casi toda la ciudad; además de las nubes negras, podía ver el aeropuerto, el mar, la ciudad al fondo y por supuesto, la antigua fábrica y el cortijo del Cerro que observaban solitarios el pasar de los años.

Dos edificios se alzaban ante mí desafiando a la historia, siendo protagonistas de espacios televisivos, rodeados de pseudo investigadores que recorrían su interior buscando a los espíritus que en el lugar habitaban. Me repudiaba la idea de convertirme en un fan más de aquel fenómeno

paranormal, pero si quería saber que escondía aquellos lugares tendría que investigar sobre ellos.

Arranqué de nuevo el coche y me aproximé al cortijo, aparqué junto a una parada de autobús, igual de abandonada que lo todo lo que rodeaba aquel lugar y me acerqué. La finca se encontraba rodeada de una valla metálica en algunas zonas, muros de ladrillos y decenas de agujeros, por donde supuse los visitantes accedían. El bello edificio había sido restaurado hacía pocos años, ahora estaba pintado en un color rosa que lo destacaba entre la tierra seca y dorada. Fui explorando el exterior, sin cruzar el muro y algo me decepcionó bastante. Una parte de la colina había sido rebajada con alguna máquina y tras la casa se encontraba una basta construcción que también estaba ahora abandonada. ¿Qué querrían hacer aquí?

Durante unos instantes dudé en si cruzar la valla, pero decidí no hacerlo ya que aquella carretera polvorienta estaba bastante transitada por enormes camiones que entraban y salían de las fábricas de los alrededores y varios coches policiales habían pasado de largo. Si decidía entrar tendría que ser un sábado o domingo.

No tardé mucho tiempo en averiguar, entre las

publicaciones de un famoso diario de la ciudad, que el cortijo había sido comprado por un empresario hotelero con la idea de restaurar la casa y su interior. Pretendía construir el resto del hotel en la base de la casa, eliminando la hermosa colina que le añadía ese simbolismo idealizado en películas del cine negro. Me sorprendió que las áreas de cultura del ayuntamiento o del gobierno regional, autorizasen que un empresario pudiera tener carta blanca para destrozar un entorno que se debería haber puesto en valor culturalmente por lo que ello representaba.

Según la publicación, el lugar estaba destinado a ser un punto de atracción para jugadores de golf y clientes de clase alta, con ganas de vivir una experiencia deportiva y gastronómica. Un hotel de lujo con spa y campo de golf que nacía de aquella casa victoriana andaluza.

Pese a todo, la publicación no se hacía para poner en valor la zona y dar publicidad al empresario hotelero, si no que informaba del abandono de su proyecto, pero, ¿por qué lo abandonó? Esto pasó hace pocos años, según contaban, las máquinas que entraron a la zona para construir el hotel comenzaron a dar problemas. Muchas se quedaban paradas, otras directamente se rompían y así ocurrió sucesivamente con las que fueron entrando. Por lo que, hartos de no poder avanzar con los plazos de la obra, se vieron en la ruina y abandonando el lugar. Por supuesto esto ha hecho que la casa vuelva a coger fama nacional y que muchos señalen a la maldición del lugar como sospechosa de impedir la culminación de las obras.

La parte menos fantasiosa escribe que fue la empresa hotelera, tocada por las deudas y la crisis financiera, se viera en la quiebra y por lo tanto tuviera que abandonar no solo este proyecto, sino otros muchos que tenía en otras ciudades del país.

Esta última especulación tenía un sentido lógico y un trasfondo económico, pero seamos realistas, quizás aquella casa construida en 1830 y que no había sido manipulada en casi doscientos años de historia, quería seguir como se la concibió.

Mientras merodeaba por los alrededores, un intenso pitido se metió en mi oído y aquel molesto ruido se empezó

a mezclar con lo que parecían unos tiros producidos por armas de fuego, que no sabría especificar. Miré mis manos y las vi ensangrentadas, mi ropa estaba cubierta de sangre y al girarme me vi en medio de un fusilamiento. Un grupo de hombres vestidos con ropas pobres estaban tirados en el suelo en una especie de arroyo con poca agua. Desde ahí se podía ver la casa, mientras las nubes pasaban por delante de una luna llena que iluminaba como un foco ilumina el escenario.

Aquellos hombres se miraban aterrorizados entre ellos, yo, estaba en medio de aquella interminable hilera. Algunos se orinaban encima, otros balbuceaban y la mayoría cerraba sus ojos cantando una melodía que reconocí al momento. Aquella canción gritaba "*Libertad, libertad, libertad"*. El himno de la internacional, un himno símbolo de los republicanos durante la Guerra Civil española.

Me encontraba ante un fusilamiento, decenas de hombres uniformados encañonaron sus armas frente a los otros hombres derrotados. Los gritos de las mujeres pidiendo la salvación, los gritos de los niños asustados llamando a sus padres y otros tantos de quienes pasaban por ahí sin mirar hacia dónde se producía la masacre.

-¡Fuego! — Gritaron.

Decenas de disparos sonaron al unísono y aquellos hombres fueron arrojados al suelo, como si de marionetas sin hilos se tratasen.

Al regresar a casa, aturdido y más aún conmocionado, busqué información de aquel siniestro lugar.

Aquella casa había pasado de mano en mano, sus primeros inquilinos la fabricaron como lugar de recreo, como segunda residencia. La familia Livermore la inauguró en

1840. El cabeza de la familia era un pobre desgraciado que emigró de su tierra natal en La Rioja y vino a parar siendo aún un niño a un pequeño pueblo llamado Vélez-Málaga, situado a unos cuarenta kilómetros de la capital malagueña. Manuel, como se llamaba, vivió con una familia propietaria de una tienda dedicada a los ultramarinos. El pequeño Manuel tenía que vivir allí mismo y dormir entre los sacos del trigo y del maíz e incluso bajo los mostradores donde por el día servía; pero sus ansias de cambiar lo llevarían a huir a la capital siendo un adolescente. Allí, obtuvo conocimientos en la venta de vinos, minerales y frutos secos, por lo que

decidió comerciar con ellos durante la guerra de la independencia en Gibraltar en 1803 surtiendo a las tropas.

Durante aquel conflicto conocerá a un empresario inglés afincado en la capital malagueña, Thomas Livermore Page, con el que realizará grandes negocios y se unirá en familia con su matrimonio con la hija de éste, Isabel Livermore.

Manuel Heredia, pasará de ser un chico sin recursos, a formar parte de una familia burguesa y empresaria importante. Además, influenciado por su suegro y por sus múltiples viajes a Inglaterra, implantó en la ciudad de Marbella el primer alto horno de España. Poco tiempo después, levantaba otro dedicado a la ferrería en la ciudad de Málaga, inundando de enormes chimeneas el litoral malagueño.

Manuel Heredia pasará a convertirse en el empresario más importante de España y uno de los hombres más ricos del continente.

Manuel y su mujer Isabel, residen en un palacio construido al estilo inglés en el paseo de la Alameda; pero vivir en el centro de la ciudad, no es una opción saludable para su familia e hijos, por lo que manda a construir la famosa finca del cerro.

Además el empresario y burgués aprovecharía la caballerizas, el granero y unas instalaciones para animales, para comerciar en el pueblo y los alrededores.

Manuel y sus hijos entablaron amistad con otro importante miembro de la clase alta malagueña, el Marqués de Larios, que disponía de una segunda residencia de recreo a medio kilómetro de distancia. Se llama el Cortijo Colmenares, un bello edificio palaciego de distintos estilos, que ahora forma parte del club de golf Guadalhorce.

Según encontré en los buscadores, Manuel vendería la finca a los Larios en 1925 al entrar en bancarrota. El gobierno de España asustado por los brotes de nacionalismos en Cataluña y el País Vasco, creó altos impuestos a las industrias malagueñas en beneficio de las del norte de España. Los altos aranceles que se veían obligados a pagar al estado y los problemas burocráticos que dificultan el desarrollo del ferrocarril, por lo que provocó el cierre de una época dorada para el desarrollo industrial español y sobre todo andaluz.

Busqué más sobre aquella casa, pero todo eran conjeturas y leyendas difíciles de certificar. Cientos de páginas con vídeos que demostraban captar horribles apariciones y psicofonías, me hacían tratar el lugar con cierta prudencia.

25

A la mañana siguiente decidí dirigirme al archivo municipal de la ciudad, un edificio construido gracias a los esfuerzos de Manuel Heredia y los marqueses de Larios en la alameda principal, lugar de recreo de empresarios y burgueses que residen en la ciudad.

En el interior me obligaron a pasar por el escáner mi mochila y lo que llevaba en el interior de mis bolsillos. Una vez escaneado, recogí mis cosas y busqué el punto de información.

Un grupo de turistas españoles esperaban para poder acceder a una de las salas, donde había una exposición sobre la Semana Santa andaluza, desde el año 1500 hasta nuestros días. Mi ciudad había alejado los fantasmas del pasado, sabiendo situarse en el mapa de ciudades recomendadas visitar a nivel mundial. Muchos turistas venían a conocer la historia hospedándose en uno de los tantos nuevos hoteles que repoblaban lo que había sido un desierto cultural.

Recuerdo cuando era un niño pasear junto a mi abuela con algo de miedo por las calles del centro, muchas abandonadas, con edificios históricos en ruinas y apuntalados, con enormes vigas de hierro para evitar su derrumbe.

Ahora el lugar había cambiado, las calles eran peatonales, recubiertas de mármol con los edificios recuperados. Muchos de ellos, o mejor dicho, la gran

mayoría, gracias a cadenas hoteleras o a los museos que se instalan en la capital con sello internacional, como son el francés *Pompidou* o el fascinante *Carmen Thyssen*.

Mi espera fue tranquila, en medio del patio abierto y cubierto por una cristalera que bañaba de luz el lugar. Una señora mayor de pelo blanco y recogido en moño, se acercó lentamente hacia su puesto en el mostrador de información, mientras su compañero, años más joven, informaba en varios idiomas a los grupos de turistas que accedían al palacio.

Le pedí amablemente a la mujer lo que necesitaba y con un gesto me hizo acompañarla escalinata arriba, hasta una sala repleta de estanterías protegidas por gruesos cristales. Me pidió que me sentara en una de las mesas de madera que había en el centro y a los cinco minutos, me trajo en un carrito de metal libros con la información que había pedido.

Ante mí habían archivos físicos, periódicos locales con artículos, distintos libros bibliográficos sobre aquellos personajes que transformaron la ciudad, pero ningún soporte digital sobre ordenaciones urbanísticas.

Tomé mi libreta y comencé a escribir lo que me parecía interesante. Con ayuda del teléfono fui sacando fotos algunos de aquellos recortes.

“Muertas cinco mujeres jóvenes en los alrededores del Cortijo del Cerro”. “Los cuerpos aparecieron con signos de

tortura y mutilaciones” .

La familia Larios no ha querido pronunciarse ante el horrible hallazgo. Un ama de llaves del cortijo encontró los

cuerpos sobre las siete de la mañana. Don José Aurelio y su mujer Doña Antonia estaban de viaje en Madrid con su hijo.

Los vecinos de Campanillas ya habían denunciado la

desaparición de las jóvenes el pasado viernes, una de las madres de las niñas ha culpado directamente al hijo de Don Manuel.

Los guardias locales han puesto en conocimiento de investigadores el caso para hallar al asesino de las jóvenes.

Diario Málaga 1925

Que aparecieran un grupo de niñas muertas sobre tu finca, no debía ser plato de buen gusto. Si la familia no estaba en esas fechas en la casa, debió ser algún vecino de la localidad con algún tipo de carruaje para transportar los cuerpos hasta allí.

Cuanto más investigaba, más lioso se hacía todo. Me daba cuenta que las leyendas que contaban los investigadores sobre las amistades entre los Larios y los

Heredia, eran falacias. El famoso Cortijo del Cerro se bañaba de historias sobre atrocidades cometidas entre ambas familias, pero aquello era imposible. Simplemente porque descubriendo los árboles genealógicos de las familias y los artículos que tenía ante mí, era fácil darse cuenta que cuando Manuel Heredia murió, el segundo Marqués de Larios, el que inició la otra revolución industrial malagueña; solo tenía diez años de edad. La cronología no casaba una con otra y por lo tanto, la famosa amistad se disolvía en una ilusión acrecentada con el paso de los años y siglos.

La casa fue puesta en venta en el año 1925 y según mi investigación, la única persona que quedaba viva por parte de los Heredia Livermore, era un nieto que falleció en 1933 en Sevilla. La casa estuvo prácticamente abandonada desde el fallecimiento en 1846 de Manuel. Sus

descendientes fallecieron en cortos plazos de tiempo y la bancarrota familiar no ayudó a ninguno de ellos, a excepción de su hija Amalia que fue la matriarca de la Casa Loring; otra familia empresarial amante del coleccionismo y la arqueología.

Como digo, la compra se produjo en el año 1925, año en el que el tercer Marqués de Larios, José Aurelio, había heredado con solo un año, un imperio económico único. Ante el detrimento de los Heredia, los Larios eran el nuevo símbolo de poder, pero este no tenía las mismas simpatías que su padre.

Con sólo veintinueve años compra el famoso cortijo, pero no lo dedica al recreo, ya que la familia Larios disponía de una mansión a escasos cientos de metros de allí. La finca se cubrió de plantaciones de uva para la realización de vino, que daban trabajo a gran parte de la población.

Pero el cortijo formará parte de la familia Larios tan solo once años. La casa entrada los años 30 sufrirá el abandono y la decadencia, debido a los recelos que el Marqués levanta entre los vecinos de aquella pequeña localidad.

En 1936, el Marqués decide cederla al estado para montar en un hospital, coincidiendo en fecha con el inicio de la guerra civil española. Solo un año después, en 1937, falleció a la edad de 41 años en la ciudad de Madrid, alejado de toda la ciudad que su padre ayudó a levantar.

Ahora entendía lo que vi la tarde anterior, cerca del arroyo que cruzaba la casa. Estaba viendo cómo fusilaban aquellos hombres en plena guerra civil, ante un hospital

donde dentro se intentaba salvar vidas y fuera las arrebataban.

Poca información más logré sacar de allí sobre el asunto. El cortijo sirvió como hospital hasta después de la guerra, donde fue adquirido por un médico y su familia procedentes de Valladolid. Con el tiempo, fueron pasando distintas familias que compraban y vendían la propiedad, hasta su total abandono en la década de los ochenta.

Con la libreta llena de apuntes, decidí buscar algo sobre la fábrica de azúcar del Tarajal, donde mi abuelo fue encontrado sin vida. La información era más simple, ya que toda Andalucía contaba con sus fábricas de azúcar, procedente de la remolacha. Lo más interesante fue dar con el nombre de la familia Larios, que era propietaria del terreno y mandó a construir la fábrica inaugurándose en 1930. Pero poco duró en manos de la familia, pues la ruina procedente de la uva hizo que mal vendieran sus propiedades, estableciéndose en Madrid como miembros del senado.

La fábrica pasó de ser azucarera a realizar los corchos de las botellas a finales de los años cuarenta. Durante los setenta, sirvió como almacén de productos agrícolas e incluso de amoniaco, ¿podría ser esto el enlace entre mi abuelo y la fábrica?

Agotado, abandoné el edificio con la necesidad de sentir algo de aire fresco y luz en la cara. Puse rumbo al aparcamiento público, a escasos metros del archivo bajo la plaza, donde finaliza el paseo de la Alameda.

Cuando levanté mi vista, vi la estatua del segundo Marqués de Larios en bronce, sobre un pedestal. A su lado, una mujer en bronce también que le acerca un bebé para

que lo saludara en agradecimiento. Mientras, la mirada del Marqués está puesta en la elegante calle que lleva su nombre y que mandó a construir como símbolo de una nueva ciudad en el siglo XIX.

26

El día comenzaba a nublarse. Las tormentas de verano cada vez eran más inusuales en la ciudad, pero cuando las olas de calor se hacían tan intensas, era normal que toda aquella agua evaporada cayera de la peor forma posible sobre nosotros.

La estatua del Marqués me dejó pensativo. Con la mirada fui recorriendo cada detalle de aquel pedestal, donde se alzaba glorioso ante sus reformas más visibles. Aquel hombre levantó un nuevo imperio tras la caída de los Heredia, pero cuando murió sin descendencia, su sobrino sería el que tirase por la borda todo el esfuerzo.

Quizás las ansias de dinero y poder y la poca empatía por valorar la fortuna que nunca ganó con su esfuerzo, hicieron que el marquesado se diluyera, como lo hace una pastilla efervescente en el agua.

Ya dentro del coche, sin rumbo fijo, comencé a deambular por las callejuelas de la ciudad, hasta dar con una plaza sobre una de las tantas colinas que componían la geografía del centro de la ciudad y que ahora permanecía oculta tras construcciones extrañas y de poco acierto.

Me encontraba ante la plazoleta del Patrocinio, una plaza que invita al transeúnte a quedarse frente a ella, inmóvil y observador, despertando la curiosidad por lo que se cuece tras la bella muralla encalada en blanco. Crucé la puerta de hierro la cual poseía un cartel que anunciaba que la propiedad era del Ayuntamiento de 1853.

Una bofetada a flores frescas y naranjas me dio de lleno. Estaba en el interior del cementerio histórico de San Miguel, el más antiguo de la ciudad de Málaga. Ahora está reformado, pues durante años había sido abandonado. Siglos atrás fue el lugar donde los ricos, burgueses y nobles locales y extranjeros levantaban sus mausoleos para ser tributados por los siglos de los siglos, como yo estaba apunto de hacer.

Jamás había pisado aquel lugar lleno de leyendas de todos los colores y clases. Cuando accedí, una mujer robusta de pelo negro y grueso recogido en una coleta que dejaba ver sus pequeñas orejas decoradas por un pequeño brillante, estaba ataviada con un mono de trabajo en colores verdes y azules fluorescentes y unas botas negras.

Me acerqué a ella dándole los buenos días, dudoso de si podía entrar o no al cementerio. La mujer que hablaba por su teléfono mientras recogía con su escoba las naranjas que se estrellaban contra el suelo, me miró y asintió con gesto de afirmación.

-¿Qué buscas? — Me preguntó con un gesto algo agresivo.

-Buenas tardes. Pues buscaba las tumbas de los Heredia y los Larios.

-Yo voy para allá, si me acompañas te indico.

-Pues muchas gracias, es la primera vez que vengo a este sitio.

-Yo llevo trabajando aquí desde hace once años y no me canso de este lugar. Mira, ese es el mausoleo de los Larios.

Sin poder pararme a disfrutarlo, continuó andando, volteando la capilla cilíndrica que se situaba en medio de San Miguel.

-Y este es el mausoleo de la familia Heredia.

Me llamó la atención que se parase frente aquel edificio envejecido por el paso de los siglos, con orgullo de enseñármelo.

-Muchas gracias por su ayuda.

-Chico, los que venís directos preguntando por ambas familias, o sois escritores, investigadores o locos embelesados por las horribles historias del cortijo. — Dijo de forma autoritaria.

Olivia, como luego me enteraría que se llamaba, se le notaba la necesidad de saber a qué había ido yo aquel lugar tan histórico y tan olvidado por los locales de la ciudad.

-Bueno, yo soy periodista, no tenía siquiera pensamiento de descubrir en los archivos municipales los árboles genealógicos de ambas familias; pero después de leer sobre ellos, he acabado aquí sin saber qué venía hacia aquí.

-Yo soy de Campanillas y conozco aquel cortijo de toda mi vida. Unos amigos de mi familia vivieron unos años allí cuando ya estaba abandonado. Lo hicieron como guardianes para que la gente no entrara, pero ya ves en cuanto los despidieron comenzaron los saqueos.

Olivia tenía muchas ganas de hablar y dar justo con la persona idónea, no ocurre muy a menudo.

-¿Eres de Campanillas? Pues si te pregunto sobre la leyenda negra de aquel lugar, ¿qué me respondes? ¿Quiénes me dices qué fueron? — Pregunté sintiendo que

la información que había encontrado me ardía en la boca con ganas de soltarlo.

-¡Hombre!, pues los Heredia y los Larios. Los vecinos de allí llevan escuchando barbaridades de aquel lugar. Decían que en sus noches de juergas mandaban al servicio a secuestrar niñas para violarlas y hacerles barbaridades, ¿pero que fueran amigos? Eso no lo discuto, pero yo te puedo asegurar que la gente que ha vivido allí ha sido muy feliz y nunca han escuchado nada de aquello. Esas son leyendas que nada tienen que ver con la realidad.

-Tengo que decirte que quizás tengas razón con que son leyendas e invenciones, porque la familia Larios y Heredia apenas coincidieron en el tiempo. Cuando unos tuvieron edad joven y adulta, los otros apenas no habían nacido o eran niños, por lo tanto no pudieron realizar dichas barbaridades.

-¿No eran conocidos? Pero si le compraron la casa a Manuel Heredia, el Marques de Larios.

-Fue el sobrino, el segundo Marques de Larios, quién le compró la casa a los descendientes que quedaban vivos de la tercera y cuarta generación. Muchos de ellos formaban parte de los Loring o la familia Grund.

-Pues mira, eso tira por tierra muchas de las leyendas. Aquí vienen aún muchos familiares descendientes de los Heredia-Livermore, incluso vienen desde el Reino Unido, traen flores y lo más gracioso es que son familias, primero vienen a ver este mausoleo y luego van a visitar otros como los Loring. Todo queda en familia.

-¿Y los Larios no vienen a visitarlos?

-No, son los únicos descendientes directos y en estos once años que llevo trabajando nunca los he visto.

Nos quedamos un rato observando el impresionante panteón, un edificio funerario de planta rectangular que

representa a un templo dórico, con imponentes columnas de hierro fundido adosadas a los muros; en total seis en cada lateral y cuatro en la parte frontal. Además en cada lateral hay una enorme puerta, también de hierro fundido que daba acceso al interior. Todo estaba realizado en la fundición y fábrica Heredia.

Sobre la fachada principal, un tímpano donde se hallaba un grupo escultórico representado el juicio final.

Las vallas de hierro en forma de antorcha, delimitaban todo el perímetro, impidiéndome que me acercara aún más a su interior. Olivia, viendo mi fascinación me preguntó.

-¿Te gustaría pasar y verlo?

-¿Podemos?

-Está prohibido hacerlo, pero resulta que tengo que abrir para limpiar lo que se ha caído. Puedes asomarte por la puerta sin entrar, ¿de acuerdo?

Asentí con los ojos vidriosos por la emoción y nervioso vi cómo la mujer rebuscaba en el manojo de llaves la correcta, para acceder a su interior.

El lugar estaba desierto, solo estábamos ella y yo, mientras la ciudad se paraliza para comer.

Olivia empujó la pesada puerta con mucho cuidado y la luz que se colaba por el ábside abierto, que iluminaba de forma celestial el interior. Al ver semejante espectáculo, todo mi cuerpo se erizó.

Jamás pensé que esta ciudad tuviera rincones más propios de un tour en Roma repleto de turistas.

En un extremo, presidiendo el interior, un bellísimo monumento escultórico diseñado por el artista italiano

Lorenzo Bartolini, que observaba desde su posición el altar de la capilla.

El monumento estaba dedicado a la memoria de Manuel Heredia y su mujer Isabel Livermore. Sus hijos querían honrar a sus padres y firmaron un contrato el 31 de Octubre de 1848 en la academia de Florencia, para que el afamado artista realizará dicho encargo.

En él se pueden observar cinco alegorías que representan la vida de la familia; las Matemáticas, la minería, la caridad, la navegación y la agricultura.

Durante un par de minutos me quedé enmudecido observando los detalles del interior, hasta que la mujer cerró la puerta por completo.

La miré para darle las gracias, pero entonces un compañero de trabajo la llamó para recordarle que era hora del cambio de turno. Ahí fue cuando supe su nombre y desapareció con su compañero dejándome solo en medio de aquel lugar.

Los cementerios son algo complicados de entender, hay personas que como a mí, nos llama la atención su tranquila belleza. Indistintamente de la época del año en la que estemos , la armonía encaja perfectamente. Para mí son lugares que te ayudan a reflexionar, por supuesto no me refiero a los nuevos cementerios construidos sólo para enterrar; me refiero a aquellos que se construyeron para honrar. Los que están repletos de historias personales y artísticas que se empapan la una a la otra.

Para otras personas, son sitios que no hay que visitar, lugares oscuros donde ya habrá tiempo de estar obligatoriamente.

Durante un rato estuve paseando entre aquel museo de historia, de castas familiares, de grandes coleccionistas de

artes y mecenas. Mecido por el fresco aire de los árboles frutales y por la sombra de las nubes negras que cruzaban ante el Sol.

Mi siguiente parada era otro Panteón, el de los Larios. Si algo existe en Málaga es que todo lo importante recibe tres nombres. El primero Larios, el segundo Picasso y el tercero y más actual Banderas. Si alguna vez te encuentras en algún sitio de la ciudad que recibe uno de estos tres apellidos, no te preocupes, estás en un sitio importante, cuidado y vigilado.

Cuando llegué al Panteón, me sorprendió lo limpio que se encontraba. Su piedra era de mejor calidad que cualquier otra y daba la sensación de que estuviera construido de hace pocos años.

Un mausoleo imponente de cruz griega y de marcado estilo neogótico, todo construido con piedra caliza blanca. Lo más llamativo es el sobresaliente cimborrio octogonal, levantado en forma escalonada y rematado por una cruz. Las esquinas están decoradas con gigantescas gárgolas con forma de animales mitológicos, más propios de las construcciones medievales.

En el frontal, sobre la puerta de madera, un tímpano con un Cristo sobresaliente dando la bendición y cuatro ángeles a su alrededor arrodillados. Más arriba se levantaba un triforio rematado por una columna sobre la que se apoyaba un ángel que sujeta un pergamino en su mano derecha.

Fui rodeando la construcción de 1877, casi treinta años después de la de los Heredia y anotando los detalles más sobresalientes. Me acerqué a la puerta esperando a que por suerte del destino, estuviera abierta, pero fue inútil. Era imposible poder acceder dentro. Sobre todo porque era privada y solo se abrían días concretos.

Poco me quedaba ver en aquel lugar, que como digo estaba y está repleto de leyendas famosas sobre fantasmas. Un lugar que en los años ochenta, estuvo apunto de desaparecer si no hubiera sido por el esfuerzo de las familias de los que allí reposan. De lo contrario, ahora hubiera sido una urbanización que solapaba la historia de un país entero.

Cuando llegué a casa, decidí buscar información del bello cementerio de San Miguel, y entre sus historias paranormales más asombrosas leí que una joven de dieciocho años fue plantada en el altar el día de su boda. Su prometido huyó y nunca apareció dejando a la joven avergonzada y muerta de dolor y pena.

Tan triste estaba que dejó de comer, de hablar e incluso de llorar, hasta que una mañana sus padres que residían en una finca en las sierras de la ciudad, la encontraron muerta junto a una carta de amor. La novia como la llaman, murió de pena y en su carta ponía que el día que muriera fuera enterrada con su vestido de novia, porque la muerte era lo único que tendría de verdad por la eternidad.

La leyenda nace cuando muchos de los que trabajaban en el cementerio, en el que se cumplía su aniversario de boda, la veían sentada bajo un árbol llorando, otros cuentan que es común verla pasear sollozando e incluso gritando de dolor.

Sea como fuere, algún día iría a describir por mí mismo si la llamada “Novia” continuaba paseándose por aquellos lares.

27

Una mujer se acerca, se sienta a mi lado y me acaricia el pelo. Después me da un abrazo y me susurra al oído "*Hijo mío*".

Levanto la mirada y puedo ver cómo aquellos brazos ardiendo pasan a ser fríos y gruesos. Aquella mujer se despide llorando mientras corre. De repente, se para en medio de la oscuridad, se gira, me mira y vuelve a desaparecer.

El teléfono comenzó a sonar, y el sueño se desvaneció como tantos otros.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Adrián, soy Luz. ¿Cómo estás?

-¿Luz? ¡Luz! Qué alegría escucharte.

-¿Cómo estás querido?

-Bien, me acabo de despertar, muchas sensaciones extrañas.
-Ten mucho cuidado, hijo.

-¿Mucho cuidado? ¿Con qué?

-Anoche vi a tu abuela, vino a verme…

-¿Mi abuela? Creo que a mí también me visitó.

-No hijo mío, quien está contigo no es tu abuela, ni tampoco es Elena. Tu abuela vino a verme porque le es imposible acceder a su casa. Hay espíritus que le impiden acercarse a ti. Su enorme luz no es suficiente para poder cruzar a aquellos que te están rodeando Adrián .

Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo, me encontraba en medio del salón con todas las ventanas abiertas y en ropa interior, cuando sentí que me susurraban por el oído. Me giré con el teléfono en la mano, buscando de dónde venía aquella voz femenina.

-Adrián ¿Me estás escuchando?

-Si, si disculpa hay alguien aquí conmigo Luz, pero no consigo ver quién es.

-Querido, todos estos años, tu abuela era un ser neutro, los espíritus no hacían nada en su casa y tu aún no estabas preparado para ello, pero ahora sí. Con la muerte de tu abuela, tus espíritus, tu pasado te está reclamando, no consigo ver nada más. Le pregunté a tu abuela si conocía a Elena, pero ella me lo negó tres veces con su cabeza. Intento ver una conexión con todo esto, pero no consigo verla.

-¿Qué debo hacer Luz?

-Tienes que hacer lo que tu cabeza y tu corazón te dicte. Tienes abierto más de un frente, fuiste para intentar ayudar a Elena, pero has abierto la puerta del pasado de tu abuelo. Y ahora alguien reclama tu ayuda. Pero no sé quién es, no consigo ver la claridad en ese túnel.

-Luz, es raro porque puedo percibir el olor característico de mi abuela en algunas estancias, puedo olerla como si cruzara delante de mí.

-Ten mucho cuidado Adrián , tu abuela no ha podido entrar a su casa, ella es un ser libre, un ser de energía, y su misión en la tierra había acabado, pero tiene la necesidad de protegerte de algo que desconocemos. Debes ser precavido. Te aconsejo que intentes encender una vela

blanca cada noche para llevar luz a tu casa y que puedan entrar a protegerte.

-Luz, necesito que le preguntes a mi abuela, por qué nunca me contó lo que realmente le pasó a mi abuelo…

-Adrián, tu abuela conocía tu don, en tu familia lo han tenido tus antepasados y ella te ha querido proteger de todo ello. Ella sabía que hablarte de tu abuelo, sería abrir esa puerta con el más allá. Tu abuelo viene de un pasado oscuro, muy oscuro y abrirte a su mundo es que esa oscuridad te atrape.

-Gracias Luz, espero que me mandes tus energías. Pero he de averiguar qué ocurrió.

-Lo sé querido, estamos conectados, y te mandaré toda mi energía y mi protección cuando lo necesites. Por favor, aléjate de la oscuridad que puede presentarse con luz celestial.

-Un abrazo Luz, gracias por todo.

Intentaba tranquilizarme. Respiré fuertemente, busqué entre los cajones alguna vela blanca que encender, pero fue inútil. Tan solo encontré un par de velas de alguna navidad pasada en color dorado, junto a una linterna a pilas.

Tomé la linterna, la podría necesitar y deseché las festivas velas que de poco me iba a servir. Me sentía profundamente agobiado, sabía que sobre mis espaldas cargaba una extraña energía, un espíritu se aferraba a mi y aquella sensación me oprimía y me dificultaba respirar. Estaba en mi casa, en mi tierra, en la ciudad que me vio nacer, pero me sentía solo. Me di cuenta que en Madrid tenía quienes eran mis apoyos, y que mis amigos de toda la vida, estaban ocupados con sus vidas, sus familias y ya nada era como antes.

Necesitaba sentir el aire, correr por la playa y eliminar aquel pesado ente que me acompañaba. Trotando con un pantalón corto y sin camiseta llegué empapado de sudor a la orilla. Intenté acelerar los pasos, pero aquella mañana, la playa estaba repleta de locales y foráneos que no dejaban resquicio para que el aire circulara entre sombrilla y sombrilla.

Como pude fui esquivando a quienes jugaban con las paletas de madera, a los grupos de niños que se afanaban por hacer enormes fosos en la arena o los que levantan en medio un castillo ayudados de cubos de plástico y moldes con formas tan dispares como un dinosaurio o una gallina. Esquivé a los grupos de vecinas que se reunían a tomar el Sol y a hablar de la vida, a los grupos de jóvenes que bailaban al son de la música de moda que proyectaba el chiringuito, o a quienes jugaban a pasarse el balón a golpes de cabeza y pie.

En lugar de relajarme, logré el efecto contrario, el calor y la muchedumbre solo hicieron que abandonara la loca idea de correr por la mañana. Llegué a casa sin ganas de estar dentro. Quien fuera, tiraba de mí para sacarme de allí, así que decidí darme un ducha fría y tomar el coche hasta el centro de la ciudad y pasear.

El casco histórico de la ciudad me recordaba a mi infancia, ahora todo está mucho más cambiado, más seguro. El centro había sucumbido, como otras tantas ciudades de moda, a la denominada “gentrificación”, que no es otra cosa que transformar un espacio urbano en declive en una atracción turística; con viviendas para los visitantes a precios desorbitados matando a la esencia de lo local, de la

tradición. Como siempre había dicho, la tradición convertida en plato Gourmet.

Los grupos de visitantes llegaban en masas. Varios cruceros habían parado en el puerto de la ciudad para que sus clientes disfrutaran de unas horas en la denominada *Ciudad del Paraíso,* aunque muchos sufrían por el intenso calor y el aire seco y caliente, nuestro "*Terral*".

Me senté en el café central a tomar "un mitad", un vaso de cristal con la mitad de café y la otra mitad con leche. Allí sentado, frente a la enorme bandera ondeando sobre lápidas que recogían portadas de periódicos del día que se aprobó la constitución, empecé a darme cuenta que muchos de los viandantes que cruzan por la calle no eran personas vivas, eran recuerdos del pasado.

Como un chaval joven, que corría entre las personas vestido con un pantalón corto y una blusa blanca y miraba hacia atrás ajeno al tiempo. Una escena que se repetía una y otra vez. Saqué mi cuaderno y comencé a apuntar:

-Son las doce y cuarto de la mañana de un caluroso día de terral malagueño. Sentado en un café de la plaza de la Constitución, me acabo de dar cuenta que un joven de unos quince o dieciséis años, vestido con una ropa más propia de los años treinta o cuarenta del siglo pasado, corre desesperado, intentando escapar de alguien. El recorrido lo hace sin inmutarse de los transeúntes que abarrotan la calle y sin que estos se percaten de la existencia de dicho joven. Al llegar al comienzo de calle Granada, este desaparece.

Di un sorbo a mi ardiente café, mientras me incorporaba hacia delante, intentando localizar al joven sin éxito alguno.

-¿Tú también lo has visto no? — La voz provenía de una mesa detrás de mí.

-¿Cómo? — Me giré.

-Que tú también has visto al joven del pasado corriendo calle arriba.

Un hombre mayor, de unos sesenta y cinco años, de pelo blanco repelando y bigotes engominados, que se ocultaba tras unas enormes gafas oscuras. Me llamó la atención su enorme excentricidad. Las manos repletas de anillos, con diferentes estampados, una camisa oscura abotonada hasta el cuello y un bastón de madera rematado con un puño de bronce en forma de serpiente, rodeando lo que parecía ser nuestro planeta. Me quedé observando cada detalle.

-Disculpe, no sé de qué me habla. — Fingí.

-No, soy yo quien le pido disculpas. Mi nombre es Agustín Benthem. Yo también puedo verlo, me he fijado cómo has seguido toda la trayectoria del chico.

-Yo soy Adrián Martin. Sí, sí lo he visto. — Dije tras sentirme pillado en el acto.

-Se sorprendería al saber que este joven que usted acaba de ver, repite la misma acción cada día a la misma hora.

-¿Cómo sabe usted eso?

-Llevo viniendo a este café día tras día, desde hace más de cuarenta años. Siempre a las doce y cuarto de la mañana, indistintamente de si llueve, si hace calor, sea feria o semana santa, el joven hace su recorrido, con el mismo gesto en su cara de preocupación. ¿Me permite que me siente con usted?

-No por supuesto, siéntase. — Me sentí incómodo, pero por educación hacia aquel hombre mayor accedí.

-No se preocupe, aunque muchos nos catalogan de locos, somos privilegiados, ya que podemos ver más allá de lo que otros simplemente ven.

-No le entiendo.

-Usted y yo podemos ver a aquellos que no están. Yo puedo ver ahora mismo que de usted emana una bellísima energía blanca, luminosa. Usted lleva poco tiempo sabiendo que tiene el don de poder escuchar y percibir. Pero también puedo ver como junto a usted un ente gris, sin color, aferrándose a su luz, lo sujeta por el cuello.

-¿Puede ver de quién se trata? — Pregunté con la esperanza de que me ayudara aquel desconocido.

-No sé de quién se trata. No puede verle ni su cara, ni su ropa, solo veo que se aferra a su luz, quien sea tiene miedo, pero necesita su ayuda. Quíteselo de encima cuanto antes.

-¿Y como lo hago?

-Use su don, use sus capacidades. Yo al principio andaba perdido, como usted. Me criaron mis tíos, mi padre fue cónsul de Irlanda en esta ciudad y en uno de sus viajes anuales a Irlanda sufrieron un accidente en un barco y se ahogaron. Al principio solo escuchaba sus voces, más adelante fueron introduciéndose en mis sueños. Yo solo era un adolescente mimado, que lloraba cada noche desgarrado por la falta de mis padres. Ya no tenía la inocencia de un niño, los niños tienen la mente abierta, son capaces de hablar con los seres del más allá, con aquellos que son conscientes de su muerte pero se aferran a la vida y aprenden a interactuar con nosotros.

Mi madre echaba las cartas a las amigas a la hora del té, cada vez que viajaban por Europa, llevaba consigo un juego con los veintidós arcanos versionados por el país visitado.

Recuerdo que me quedaba embobado mirando cómo tiraba sus cartas, mientras aquellas señoras hacían aspavientos de sorpresas al ver los dotes de adivinación de mi madre.

Cuando murió, intentó por todos los medios ponerse en contacto conmigo, pero viendo el poco éxito, decidió hacerlo por otro modo. Cada mañana sobre mi cama había un juego del Tarot, al principio no sabía de qué se podía tratar, a pesar de guardarlas, a la mañana siguiente volvían a estar ahí. Hasta que fui consciente, era mi madre intentando decir que su muerte no había sido un accidente, había sido algo meditado. A los años, gracias a sus mensajes pude averiguar que fue asesinada, mientras asistía a un crucero por el mar de Irlanda.

Desde entonces siempre llevo conmigo a seres, sean familiares o no. Simplemente seres que se aferran a mí gritándome que les ayude.

-¿Y puede ayudarles a todos?

-A muchos los he ayudado, a otros, solo los he echado de mi vida.
-¿Eso cómo se hace?

-Eso lo hace el tiempo, el aprendizaje y la experiencia. Te recomiendo que entres a la iglesia de San Julián, ¿la conoces?

-No, no sé dónde está.

-Es una de las iglesias levantadas por Isabel la Católica, se encuentra en calle Nosquera, fue iglesia y hospital. Se creó para proteger a los desamparados, dar cobijo a los pobres y acompañar a la muerte a los enfermos. No fue un hospital donde se produjeran malas energías, al contrario es un lugar donde emanan las energías de los espíritus que protegen, a los que se llama ángeles de la guarda.

Miré con cara de pocos amigos a aquel hombre, no sé si se trataba de un charlatán o una de esas personas que se cruzan en tu vida para allanar tu camino, que ya de por sí era sinuoso y fangoso. Asentí con la cabeza, y di mi último sorbo al café.

-Muchas gracias por la ayuda, pero una pregunta. ¿Qué diferencia al joven que corre diariamente, de un espíritu que entabla una relación?

-Usted no ha visto un espíritu corriendo.

-¿No? Y, ¿qué era entonces?

-Es un bucle en el espacio tiempo. Es un acto de energía grabado en el espacio y que se repite constantemente hasta que el mundo desaparezca. Como a usted, los primeros días aquel niño me tocó el corazón, sentí todo su horror e investigué. Aquel joven corría una mañana de primavera de 1937, había robado un par de barras de pan en una panadería. No son muy fiables las crónicas de aquel tiempo, pero por lo visto un par de guardias salieron corriendo detrás del joven calle arriba. Del susto tiró las dos barras y cuando llegó a la entrada de calle Granada, se topó con un grupo de guardias que andaban calle abajo. Alertados por los gritos de sus compañeros, desenfundaron las pistolas y ahí mismo le dieron sentencia de muerte.

El joven se desangró, no era muy común en la época que los medios alabaran a un ladronzuelo, pero su historia conmovió a los vecinos. El chico había perdido a sus padres cuando intentaron huir, escapando de los barcos que bombardearon todo el litoral por la carretera dirección Almería. Sus tres hermanos pequeños y sus padres fueron alcanzados por una de las bombas, aquello fue una auténtica masacre, ni el bando republicano ni el bando nacional quisieron pronunciarse . Ambos fueron

responsables de la muerte de miles de civiles que intentaban salvarse sin otro final que la muerte.

El joven logró sobrevivir y regresó a la ciudad, viviendo como podía. Quizás su muerte fuera una bendición para su alma, más que un castigo.

-Muchas gracias por todo Agustín. Le invito a su café.

-Muchas gracias joven, si alguna vez necesita ayuda recuerde que siempre estoy en este café, haga frío, llueva o truene.

Me levanté de la mesa con una sonrisa y me acerqué a la barra para pagar los dos cafés, pero el camarero extrañado me comunicó que la mesa de atrás, había estado vacía durante toda la mañana.

28

Ni siquiera me inmute, no sonreí, no hice gesto alguno, miré al camarero esperando que me diera la cuenta de mi café dando por sentado que el error había sido mío. Aquel señor excéntrico, extraño, solitario, había estado ahí sentado y seguramente seguirá sentado en el mismo lugar día tras día, mes tras mes, año tras año. Hasta que el final de la céntrica cafetería se disipe en meros recuerdos del pasado.

No sé si quizás el destino hizo que yo me sentara en aquel lugar, donde jamás en mi vida me había sentado, un lugar de paso repleto de turistas y con nula asistencia local.

No miré atrás, salí de allí sumergiéndome en las callejuelas históricas, sin hacer un último esfuerzo en intentar localizar a Agustín.

El Sol caía justiciero sobre el mármol blanco de las estrechas calles. Un grupo de asiáticos intentaban resguardarse del astro rey con enormes paraguas negros, mientras escuchaban atentos a su guía explicar detalles de un palacio que ahora era un hotel de lujo. Poco a poco fui adentrándome más en un plano poco visitado de la ciudad, aquel que lo forman las fachadas traseras del antiguo barrio árabe.

El casco histórico de la ciudad de Málaga no es que fuera grande, al contrario, se puede recorrer a pie fácilmente. En solo cinco minutos di de lleno con la fachada

tan austera de la iglesia de San Julián. Dos edificios bien delimitados a simple vista. La primera parte la iglesia denominada por los reyes católicos, Hospital del Rey, se creó para dar cobijo a enfermos y desamparados. En 1682 se reedifica la manzana, añadiendo una iglesia y un hospital en la trasera del edificio principal. En la fachada no existe ninguna vidriera, solo pared de ladrillos en blanco y rojo. Accedí por el sencillo pórtico de piedra, parándome antes en una deteriorada placa conmemorativa del año 1862. La reina Isabel II y su marido, cuando visitaron la ciudad, cedieron a la iglesia un gran donativo económico.

Leyendo la placa sentí como la temperatura iba bajando, tanto, que sentí frío. En aquel momento me di cuenta que allí iba a encontrarme algo extraño.

Crucé la puerta de madera y un intenso olor a incienso me hizo cerrar los ojos. La oscuridad del templo, se rompía por las decenas de velas parpadeantes que desdibujan el interior, siempre acompañado de una música de cámara que sonaba por los altavoces atornillados en las columnas de piedra.

Una intensa paz me embriagó al posicionarme frente al hermoso retablo dorado. Su magnitud era tal, que ocupaba toda la pared del altar hasta el techo. En medio, una escultura de imaginería barroca de Jesús resucitado. Esta imagen procesiona por las calles de la ciudad el Domingo de Resurrección, y rodeando la bella escultura, se encuentran cinco pinturas que recoge distintos momentos del viacrucis que realizó Jesús.

Poco a poco fui recorriendo el pasillo central con la curiosidad de ver de cerca aquellas pinturas, aquellos detalles magistrales dentro de una humilde iglesia. Fue

entonces cuando mis oídos comenzaron a escuchar los rezos, el murmullo casi sordo que provenían de distintos puntos, me giré sobre mis pasos y del techo entró la luz de la calle en forma de rayos blancos que chocaban en el suelo y le daban aún mayor solemnidad al sacro lugar.

Unas campanillas repicaron y con ello escuché cómo una puerta de madera se abría. Un cura de edad avanzada, pelo blanco y baja estatura, entró rápidamente hacia el altar, arrastrando sus pies como si de un movimiento cómico se tratara. No sé si pudo verme, pero no hizo gesto alguno, quizás no estaría acostumbrado a las visitas de foráneos a esas horas.

Decidí sentarme en uno de los tantos bancos de madera y cerré mis ojos, intentado que allí pudiera recibir alguna señal divina.

Inmerso en mi paz celestial, una fría mano se posó sobre mi hombro. No abrí los ojos, no me giré, solo me quedé quieto escuchando su voz en mi cabeza.

Aquella voz resonaba en mi interior, una voz grave que me dió la bienvenida al lugar.

Pude sentir el hambre, los llantos desconsolados de niños, los gritos de mujeres y hombres que agonizaban del dolor; pero aquellos males iban disipándose. El llanto de los niños pequeños huérfanos iban transformándose en risas inocentes, los que entraron por el hambre, entonaban canciones y los que estaban apunto de morir agonizantes del dolor, cambiaban sus gritos por susurros de agradecimientos.

En aquel lugar me di cuenta que la mano que seguía posada en mi hombre era la de un ser celestial, un ángel. Un ángel que posó su otra mano en mi hombro derecho apoyándose en mí. Un horrible olor a carne podrida recorrió

por mi olfato y gusto, la música de cámara que sonaba, ahora tenía más intensidad, con cánticos de coros que me llevaban a ver los cadáveres amontonados y sin reclamar en las puertas de la iglesia, rodeados del orín de los caballos. Mujeres ataviadas de blanco y cubiertas de sangre se afanaban con ayuda de algunos hombres y curas en cubrir a los muertos y después introduciéndolos en sencillas cajas de madera. Delante de mí, vi cómo la iglesia se llenaba de nuevo de paz con algunos ataúdes en fila por el pasillo.

Los muertos que nadie quería, allí recibían el último sacramento sin importar de dónde venían. Aquellos que allí morían, eran privilegiados de ser recogidos entre tanta luz blanca que eclipsaba la oscuridad del hombre.

El ángel, que en mí se apoyaba, me susurró una frase en mi cabeza.

-Donde vas no solo hay oscuridad, lleva luz aquellos que aún la piden.

En aquel instante mis ojos se abrieron y la tos de dos mujeres que se encontraban en otro banco más atrás, me sacaron de aquel raro trance. No sé si aquello fue producto de la sugestión, pero me llenó de una extraña positividad que yo desconocía. Muchos dirían que lo vivido allí fue producto de un colapso psicológico por estrés, que me llevó a conectar con una parte inexistente influenciada por la conversación mantenida con Agustín y por el lugar en el que me encontraba.

Me puse en pie y salí de aquel lugar paso a paso, dejando atrás a la resurrección de la vida, a la representación de las segundas oportunidades. Salí de allí con la idea clara y con la firmeza de ir al cortijo y encontrar lo que Elena necesitaba de mí.

29

Cuando salí del templo, el calor era ya insoportable, apenas habían personas transitando las calles. Sentía como mi alma intentaba salir del cuerpo. Acababa de tener un encuentro divino. Aquellas manos rozando mis hombros me hicieron sentir que me llenaban de luz, de valentía. Ahora estaba preparado para descubrir la verdad de una historia que desconocía totalmente, que me atraía hacia lo más oscuro de algo que sabía que me afectaba directamente.

Aquel ser me había dado la fuerza y el coraje que necesitaba. No puedo decir si venía de Dios, no creo en el trasfondo de las religiones, pero sí en las energías dimensionales que no somos capaces de ver y con las que convivimos diariamente.

En aquella iglesia bajo sus decenas de enormes pinturas representando el mundo de los muertos, se abría una nueva dimensión, una puerta hacia lo que no debemos temer. Fui consciente que morir no significa desaparecer. Morir significa acceder a la otra dimensión, a continuar como energía, no sé si materializado como nosotros o de alguna forma. No pude aguantar y tras girar la esquina de la iglesia, apoyé mi espalda contra la pared y comencé a llorar.

Nunca me dió miedo mostrar mis sentimientos, en pocas ocasiones había tenido la necesidad de llorar por algo, pero

en estos últimos meses estaban siendo una locura; la ruptura con Victoria, la muerte de mi abuela y ahora esto.

No lloraba de pena, lloraba con una sensación de liberación, de soltar todo aquello que llevaba dentro. Quizás los que pasaban por allí y me veían agachado con las manos tapando la cara, pensarían que estoy loco, pero llegados a este punto, me daba totalmente igual.

Cuando paré, me limpié con las palmas de las manos los ojos que supuse tener rojizos, respiré profundamente mientras miraba hacia el cielo esperando una palabra que viniera de mi abuela. Pero entendí que no todo iba a ser tan paranormal. Después de haber vivido algo tan similar y a la vez lejano como el éxtasis de santa Teresa en una humilde iglesia malagueña, fui despertando a un ser insaciable que llevaba dentro de mí, no era otro que “el hambre”.

Las calles estaban desiertas, mientras que las terrazas se llenaban bajo las sombra de enormes toldos y con la frescura de aspersores de agua, que eran unas delicias para los turistas que poco acostumbrados estaban a las altas temperaturas.

Decidí refugiarme en lo que para mí era un templo de la comida, de nuevo me encontraba en la taberna cofrade “Las Merchanas”. Sobre las cuatro y media de la tarde salí de la taberna y me puse rumbo a casa.

Todo el camino fui con el aire acondicionado al máximo, en los postes publicitarios con termómetro digital de la calle, marcaban una temperatura de 46º Centígrados a la sombra. Todo un desafío salir a esas horas.

Estaba agotado, muchos no imaginan que el calor produce una sensación de agotamiento, te sientes sin fuerzas, cualquier gesto viene acompañado de sudor y

humedad. No es aconsejable realizar ningún tipo de actividad física al aire libre. Los que vienen de fuera no suelen ser capaces de empatizar con quienes trabajan bajo el yugo del Sol de verano y que esto relance el trabajo.

Me tumbé en el sofá y pronto entré en un profundo sueño en el que todo era blanco. Solo el silencio se rompía por una música relajante. En él pude verme a mí mismo, pude ver mi cara intentando buscar una respuesta lógica para lograr entender dónde me encontraba.

-¿Hola? -- Pregunté andando hacia el mismo lugar en el que me encontraba.

Entonces, empecé a escuchar una voz de mujer que iba sintiendo cada vez más cerca.

-Hola Adrián. ¿Me recuerdas?

-¿Elena? ¿Eres tú?

-Si Adrián, muchas gracias por ayudar a Anna, ahora ella es libre y podemos estar eternamente juntas. Pero es la hora.

-¿La hora? ¿La hora de que, Elena?

-Es la hora de ir a buscar la verdad, Adrián .

-Intento entender pero no puedo.

-Hoy es la hora Adrián, no habrá más oportunidades. Si no vas hoy, jamás ayudarás a descansar a todos los que allí perecieron.

-¿Elena? ¿Dónde tengo que ir Elena?

Pero Elena se había evaporado entre una densa niebla blanca, que fue tornándose a gris. De repente, un grito me despertó y me incorporé sobresaltado. Había dormido algo más de dos horas. Salí a la terraza a fumar un cigarrillo

cuando sentí como el aire caliente me abofeteó de lleno. El cielo aún estaba azul, aunque al Sol le quedaba un par de horas antes de comenzar a desaparecer.

Abrí mi mochila y revisé las fotografías y documentos que había sacado de la cámara de seguridad del banco. Algo llamó mi atención, era la cara de mi abuelo en esas fotografías. Estaban completamente borrosas, era como si hubieran sacado la foto movida a conciencia. Pero no era la única, fui tomando todas las fotografías y álbumes que mi abuela tenía guardados y en todas ellas, estaba la cara de mi abuelo borrosa. En varias imágenes de mi abuelo recién nacido, había una mujer a lo lejos que se ocultaba con el rostro borroso.

Escuché un portazo fuerte que me alarmó y salí de la habitación hacia el salón, no podía creer lo que vi. Allí en medio de la sala, estaba doña Matilde ataviada con un camisón hasta los tobillos de finos tirantes y color rosa palo.

Matilde estaba quieta, de pie, mirándome fijamente, no pestañeaba, estaba congelada y su rostro estaba blanco.

-¿Matilde está bien?

Matilde estaba inmóvil, me aproximé a ella rápidamente, iba a tocarla, justo cuando…

-Ve a la casa, ve a la casa, ve a la casa.

Ahora quien estaba inmóvil era yo. No paraba de gritar aquella frase, repetida de tres en tres, como si la vida se le fuera en ello. Al finalizar cayó al suelo, había sufrido una posesión, esto se estaba poniendo muy feo. Me lancé de

nuevo a socorrer a la vieja mujer, llamándola y zarandeando su cuerpo con cuidado para hacerla volver.

Poco a poco fue regresando, desorientada, y con mucho sueño. Preferí levantarla y cómo pude, la llevé a su casa. Matilde dejó la puerta abierta y la llevé a la habitación. Cuando la metí en su cama me miró de nuevo y cayó dormida profundamente. Entendí que no era buena idea despertarla y que me viera allí. Respiraba tranquila y preferí dejar que pensara que había sido un mal sueño.

El tiempo se me echaba encima, había llegado la hora de ir al cortijo abandonado y buscar la verdad. Algo me decía que allí encontraría los secretos que necesitaba y que en cierto modo me afectaban directa o indirectamente.

Busqué entre los cajones la linterna, funcionaba correctamente. Llené la mochila con cosas que podrían ayudarme, como la cámara de fotos, un cargador extra para el teléfono y mi libreta de anotaciones.

Me disponía a salir, cuando vi algo que me estremeció. Sobre el mueble de la entrada, en el cenicero, había una fina cadena de plata del que colgaba una pequeña cruz y una medalla de una virgen tallada.

Aquel colgante era de mi abuela, ella siempre lo llevaba puesto, incluso el día del funeral.

-Cógelo

Escuché como un susurro en el oído, me invitaba a tomarlo. ¿Lo habría puesto ella para que me protegiera? ¿Un amuleto? Me puse frente al espejo y me lo colgué del cuello.

30

Me sentía como si no fuera yo, cada parte de mi cuerpo era pesado, estaba como aturdido. Pestañeaba una y otra vez intentando ver mejor la carretera que me llevaba al cortijo. Por la radio solo se escuchaba la niebla que aparece cuando no llega la onda, ese ruido molesto que no pude si quiera apagar.

El intenso calor y el aire caliente habían barrido a cualquier valiente de salir a conducir. A lo lejos comenzó a dibujarse poco a poco el perfil de la mansión victoriana. Recuerdo perfectamente la imagen de la casa levantada sobre la colina, inmutada y ajena a las cientos de páginas que había ocupado en prensa. El cielo rojizo del atardecer y el enorme Sol dorado tras el torreón, me pusieron los pelos de punta.

Aparqué el coche tras unos matorrales en el arcén de la estrecha carretera en una especie de mediana que daba a una cancela de seguridad que separaba el campo de la casa, ahora vallado por la última constructora que intentó hacer algo allí. Anduve rodeando el perímetro, buscando algún acceso que me permitiera cruzar al otro lado.

Un hueco abierto entre las vallas de alambre me permitió con mucho cuidado, y casi arrastrando, a pasar por ella. No sin antes sentir cómo un trozo me iba haciendo un corte a lo

largo del brazo que pronto empezó a sangrar. Fui consciente del dolor, pero no de la profundidad hasta que cuando, de pie en la parte baja de la ladera y mirando la

casa de frente, sentí como la sangre corría por mi brazo y goteaba en el suelo.

Con la ayuda de un pañuelo de papel y algo de saliva, intenté taponar el estropicio que un simple arañazo había creado.

La sensación al otro lado de la enorme casa abandonada era extraña, la vegetación en algunos puntos lograba llegarme por encima de la cintura, las ruidosas chicharras se callaban cuando pasaba cerca de ellas haciendo que las más lejanas gritaran con mayor intensidad. Al otro lado de aquella vieja valla metálica los coches pasaban acostumbrados sin relanzar la marcha para observar este trozo de historia. Aquí apenas llegaba el ruido de los coches. Lentamente fui dándome la vuelta para toparme de lleno con la entrada de la mansión.

El sudor resbalaba por mi frente y la camisa estaba empapada. Miré el teléfono para saber qué temperatura hacía, pero la cobertura era prácticamente inexistente.

El color salmón original se intuía aún en su fachada. La planta de la vivienda se había construido en forma de una H, sobresaliendo los dos brazos repletos de ventanas gemelas en forma de arcos de medio punto y sobre un tejado al agua características de las construcciones andaluzas.

Subí la pequeña escalinata de piedra que me llevaba al porche de la vivienda. La entrada principal aún conservaba la puerta de madera maciza que el tiempo no había logrado echar abajo. El corazón me latía con fuerza, tanto que casi podía escucharlo por cada extremidad de mi cuerpo.

Trague saliva y empuje el portón repetidas veces, ya que costaba abrirla debido a la cantidad de tierra que se acumulaba. Además, la dilatación de la madera debido a las lluvias y la humedad característica de aquella zona, tampoco ayudaban mucho.

Sin terminar de abrirla del todo, logré cruzar al otro lado y rápidamente, una sensación de tristeza me invadió. Sobre el suelo de mármol, que en algún momento llegó a ser blanco, ahora descansaban kilos de tierra, basura, sillas rotas, y pintadas alusivas al mismísimo demonio.

Pude sentir como aquella casa lloraba, podía sentir su respiración entrecortada víctima de conspiraciones y aquelarres que se organizaban allí a cualquier hora.

Con mucho cuidado fui adentrándome en el hall de entrada que se encontraba repleto de ventanas, ahora rotas. Las paredes estaban cubiertas de grafitis obscenos, de los que uno de ellos llamó mi atención:

-Tula, estamos aquí por ti, te invoco Tula, Tula, Tula.

Según la información que había leído sobre este lugar, Tula, era una adolescente que vivió encerrada su niñez debido a unas malformaciones de nacimiento. Muchos de los pseudo investigadores de lo paranormal, realizaban invocaciones llamando a esta tal Tula, que vivió de adulta fuera de la ciudad y falleció lejos de Málaga.

Crucé la entrada hacia el salón oeste que aún dejaba ver las molduras de escayolas de estilo clásico que decoraban algunas estancias. Aquí en esta sala, se encontraba la escalinata metida en un torreón que se alzaba por encima del tejado llegando al campanario.

Con cuidado comencé a subir los escalones de madera podrida, muchos de ellos rotos, hundidos, podridos...
¡Cuánta desolación! Era normal que la cabeza te hiciera vivir situaciones irreales aquí dentro.

Por una de las ventanas del torreón, el Sol comenzó a esconderse mientras bañaba en sangre roja y naranja con sus rayos todas las nubes que se iban a cumulando frente a él, creando un mar infinito en el cielo. La imagen era

sobrecogedora, pedigüeña de un aviso horrible que el cielo me gritaba intentando ignorarlo.

Recorrí cada trozo de la casa medio destruida, pisando los tablones de nogal que formaron en su día un cálido suelo. En una de las habitaciones del piso superior vi decenas de libros repartidos por el suelo. Me acerqué cuidadoso observando que muchos aún tenían huellas de barros y pisadas oscuras sobre sus páginas amarillentas, sin importar lo que en sus hojas se ocultaban por los que aquí merodeaban.

Entre ellos, un ejemplar del Quijote de Cervantes, encuadernado en cuero negro y cuya edición se remontaba al año 22. Lo tomé con cuidado y le sacudí el polvo y ojee sus páginas. Justo cuando iba a guardarlo en mi mochila cayó una fotografía.

Una muchacha joven de pelo oscuro y ondulado, sonriendo a la cámara agarrada al brazo de un hombre mayor vestido de chaqueta. Aquella joven me resultaba familiar, recogí la fotografía y la acerqué a la ventana aprovechando los últimos rayos de Sol. No podía creerlo, aquella mujer no era otra que ¡Elena!

Un enorme escalofrío me recorrió el cuerpo y de repente escuché risas que parecían venir de un grupo de mujeres. Levanté la vista de la fotografía de Elena, escuchando de dónde venían las risas. Cuando me di cuenta, la habitación en la que me encontraba ya no estaba en ruinas y parecía intacta en el tiempo.

Las risas habían desaparecido y ahora escuchaba gritos desoladores. La sala donde me encontraba estaba repleta de estrechas camas blancas bajo enormes cruces de madera que presidían cada una de ellas.

¿Era posible que me encontrara en el hospital? Unos gritos desgarradores me hicieron asomarme corriendo por la

ventana abierta cubierta por cortinas blancas. Desde allí podía ver a unos militares empujar a un grupo de presos a la zona del pequeño arroyo, donde pude ver el fusilamiento el día anterior.

Tengo que reconocer qué pasé miedo, podía escuchar como daban orden de disparar seguido de decenas de disparos y salí rápidamente de aquella sala repleta de camas.

Al otro lado, varias monjas de blanco corrían de un lugar a otro mientras atendían a los enfermos. Pronto me di cuenta que se trataba más de un hospital de campaña, donde estaban bien diferenciados ambos bandos. El nacional tenía a su disposición sábanas limpias y habitaciones con luz y aire natural. Pero en la planta de abajo, hacinados estaban enfermos con miembros desgarrados, cubiertos de moscas bajo las quejas de pequeños murmullos de dolor.

Pude ver cómo una monja abría la puerta y daba la orden de que soltaran allí a un individuo ensangrentado que aún tenía la ropa de agricultor.

-¿Este qué ha hecho? Preguntó la hermana con

desprecio y cara de asco.

-Este es un rojo que intentaba escapar por el campo de los guardias y ha ido a caer a un pozo.

-Ponlo aquí dentro con los demás.

El hombre de unos cincuenta años cayó al suelo de bruces, retorciéndose de dolor mientras miraba fijamente a la enfermera que, sin ningún tipo de piedad, cerró la puerta. Los camilleros salieron de nuevo por la enorme puerta principal. Decidí salir del edificio y dar la vuelta a la casa hacia el arroyo, pero me llamó la atención que todo estaba

cubierto de barro y el cielo estaba gris. En el horizonte solo podía ver las praderas embarradas.

Bajé la escalinata de piedra donde se encontraban algunos militares fumando un cigarrillo. Sentí como el barro me hundía todo el pie, dando enormes zancadas y andando por unas piedras que me ayudaron a llegar más rápidamente.

Tras el edificio, algunas camionetas con la bandera española, intentaban ondear sin éxito apelmazadas por la cantidad de agua que había caído. Mientras, otro grupo de hombres arrastraban los cuerpos hacia una puerta lateral con unas escaleras que llegaban al sótano.

Puedo recordar el horrible hedor a muerte y putrefacción. Me quedé durante unos segundos apoyado completamente contra la pared y apuntando la respiración con miedo a ser descubierto. Pero aquellos que pasaban delante de mí lo hacían sin ser conscientes de mi existencia.

No continúe mi camino, cuando gire hacia el arroyo pude escuchar y ver como uno de los fusilados estaba en el suelo aún con vida y agonizando. Aquel muchacho de unos veinte años intentaba alzar sus brazos buscando la compasión de sus verdugos. Pero más allá de lo que al indefenso joven lo pudieran ayudar, lo que recibió fue que uno de aquellos militares le tirara el cigarrillo que estaba fumando al cuerpo, se bajara la bragueta y dejara su miembro al aire ante las risas de sus compañeros y comenzara a orinar sobre su cabeza y cuerpo.

Aquella escena me revolvió el estómago tanto, que allí mismo vomité mientras podía escuchar cómo el resto de guardias animaban a que le alcanzara la boca entre enormes carcajadas.

Cuando el militar finalizó su heroico acto ante un indefenso joven, desenfundó su revólver y le lanzó un disparo a la cabeza. El silencio fue entonces roto por los gritos y llanto de dos mujeres que se encontraban a escasos metros viendo la escena.

El militar se giró hacia ellas y dijo gritando.

-Si no queréis acabar como tu hijo y tu marido más os vale decirme ¡dónde coño está el rojo de mierda de tu otro hijo!. ¡Largaos fuera de aquí putas!

Ante aquella frase, las dos mujeres salieron corriendo. Una de ellas cayó de lleno sobre el barro, mientras aún se podían escuchar los llantos desgarradores.

Nunca viví algo tan horrible y real como aquel trato vejatorio a una persona. Podía sentir la oscuridad rodeando cada parte de mi. Podía ver enormes estandartes religiosos que parecían bordados a manos del mismísimo diablo. Debo jurar que me costó recuperarme de aquello. Respire fuertemente y me dirigí de nuevo a la puerta lateral por donde habían ido metiendo los cadáveres de los fusilados; y, entre charcos de sangre, bajé los estrechos escalones.

Allí los muertos se acumulaban esperando a ser quemados en un enorme horno donde trabajaba, sin descanso, un señor mayor ataviado con un delantal marrón y unas botas de agua en el mismo tono.

Frente a mí, un pasillo se presentaba iluminado tímidamente. Me disponía a poner dirección a aquel lugar cuando sentí que me agarraban del tobillo. Asustado me gire y vi como uno de aquellos muertos me miraba fijamente con lágrimas en los ojos mientras me cogía con fuerza.

Me agache a su lado pero sus ojos ahora estaban cerrados y en el centro de su cabeza presentaba un agujero

de bala que había salido por el otro lado. Me asuste y me puse de pie, pero entonces todo había cambiado.

Ahora estaba solo, los muertos apilados habían desaparecido, el viejo encargado de incinerar no estaba allí y el pasillo ahora estaba oscuro y repleto de basura. Agarré mi mochila y saqué la linterna.

Con aquella luz, el lugar aún parecía más triste. El pasillo olía a humedad y a orín. Con cuidado fui iluminando las diferentes cámaras o pequeños habitáculos de piedra donde supuse que guardaban la comida, para que estuvieran refrigeradas.

Cada uno de los muchos habitáculos que veía, estaban vacíos; todos, menos el siguiente que iluminé.

31

Una niña estaba arrodillada frente a la fría pared, murmuraba algo, creo que estaba rezando. Iluminé con la linterna su pelo liso negro con dos coletas.

Me fui acercando poco a poco mientras la enfocaba con la luz.

-¿Te encuentras bien? -- Le pregunté titubeando -¿Estás perdida?

La pequeña no contestó, sus rezos eran más audibles y altos, mientras, se mecía así misma. Estiré mi brazo tembloroso para alcanzar su hombro y entonces, aquella niña giró su cabeza y me miró fijamente. No tenía ojos y su rostro estaba completamente blanco. Tras unos segundos de completo silencio desgarrador, lanzó un ensordecedor grito.

El túnel se iluminó tímidamente y escuché dos voces masculinas.

-Déjala aquí mismo, esta noche la llevamos para el otro lado.

-¿Seguro que nos ayudaran?

-Más les vale. Por lo que cobran, no creo que se quejen.

-Pesa mucho.

-Con cuidado, ponla ahí.

Aquellos hombres de unos cuarenta años portaban el cuerpo de una niña que dejaron en el suelo tirada. Tenía la

ropa rasgada y estaba completamente despeinada, con signos de haber llorado.

La joven estaba muerta. Sus piernas estaban ensangrentadas, por lo que daba a entender que la pequeña había sido violada.

Los hombres dejaron delante de mí el cuerpo y salieron de aquel lugar corriendo. Entonces volví a escuchar a la otra niña rezar, observando el cuerpo. De nuevo, se dirigía a la pared. Ambas eran la misma persona, la misma niña.

El frío invadió todo aquel lugar. Aquella niña sabía que estaba muerta y tendría que vivir toda la eternidad repitiendo aquellas últimas horas de vida. Le pregunté varias veces si la podía ayudar de alguna forma, pero su joven energía estaba en bucle constante en aquel desolador sótano.

Cada habitáculo por el que pasaba, escondía a presos atados por pies y manos; en otros, grupos de niñas con cintas oscuras que tapaban sus ojos y lloraban.

Este lugar tenía demasiada mierda encima, tenía los lamentos de aquellos que habían sufrido sus últimos días entre las paredes del sótano. Continúe por el estrecho pasillo, tapándome la nariz en algunos tramos, ante el nauseabundo hedor.

Al final del lugar, había una puerta de rejas de hierro que ahora estaba desencajada y medio tumbada en el pasillo cubierta de hojas y basura. Subí por los escalones y di a lo que había sido la cocina. Pude observar que el Sol casi se había puesto y la oscuridad empezaba a cubrir lúgubremente el lugar.

-Adrián , Adrián …

-¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Alguien me llamaba, no sabía de dónde provenía esa voz.

-¿Adrián?

De nuevo preguntó mi nombre y al girarme una sombra cruzó delante de mí. Con ayuda de la linterna, iluminé el lugar por donde había cruzado aquella sombra, aún podía oír sus pasos como se arrastraban. Salí de la cocina y empecé a seguir a una de las monjas enfermeras que había visto anteriormente. Esta vez, nada quedaba del hospital que aquí hubo.

Unos portazos, como si alguien golpeara la entrada de la casa, llamaron mi atención. Paré durante unos segundos y dejé de iluminar el camino que marcaba la enfermera, para localizar la puerta de entrada de la enorme casa. Allí no había nadie, respiré y regresé la luz donde la tenía.

-Adrián …

Cuando me giré, la enfermera estaba delante de mí y susurró mi nombre, su cara estaba destrozada, y medio quemada. Tiré la linterna al suelo del susto y caí hacia atrás. Como pude, estiré el brazo buscando la linterna, logré cogerla y temblando, volví a enfocar donde estaba aquella mujer. En el fondo esperaba que ya no estuviera allí delante, pero continuaba esperándome al final del pasillo, mirándome y volviendo a llamarme por mi nombre.

Sentí miedo, me incorporé del suelo y continúe la marcha hacia donde la mujer quería que fuera. Ella al verme comenzar a andar, continuó su camino. La sombra se dirigió hacia el otro ala de la casa y cruzó una pequeña puerta que

daba al patio trasero. La temperatura había caído y las nubes anaranjadas y algún que otro relámpago cargado de electricidad, me auguraban una tormenta de verano en cualquier momento. Podía oler el característico perfume a tierra seca recibiendo las primeras gotas de lluvia.

La enfermera cruzó todo el patio, su cuerpo levitaba unos centímetros del suelo. Iba lenta, sabiendo de mi curiosidad por todo lo que me rodeaba. ¿Qué querría esta monja que viera?

La mujer entró justo a otro edificio que había frente a la casa y que estaba adherido a ella. Levanté la mirada y solo con ver el crucifijo de hierro que presidía el lugar, supe que era la capilla del cortijo.

Un olor a incienso despertó mis sentidos, la monja desapareció tras la puerta y yo, esperé durante unos segundos antes de entrar sabiendo que posiblemente aquello traería consecuencias.

Una gota de agua cayó en medio de mi frente y recorrió mi nariz hasta caer al suelo. A mi cabeza, vino la imagen de Luz, ella sabría perfectamente enfrentarse a esto, pero ahora era yo quien debía hacerlo. Di un paso adelante y me interné en un pasillo que llevaba directamente a la capilla.

Conforme me acercaba, el lugar se iluminaba con velas y se escuchaba el rezo de varias personas.

Me quedé bajo el marco de la puerta. Ante mí, tenía una pequeña capilla completamente iluminada y llena de monjas que rezaban arrodilladas frente a una imagen de una virgen con el niño.

Ninguna de aquellas mujeres se percataron de mi presencia. Todas sujetaban entre sus manos rosarios y el ruido de sus voces zumbaban como si estuviera dentro de

un enjambre de abejas. Poco a poco me adentré por el pasillo que me llevaba al altar.

La capilla era preciosa, blanca, repleta de imágenes de santos y con una doble altura donde posiblemente un coro cantaba en las misas desde el piso de arriba. Llamó mi atención la escultura de la virgen y el niño, pues en su base había una inscripción y me acerqué para ver de qué alegoría se trataba.

"Nuestra señora la Virgen del Carmen y Ánimas de los ciegos"

Levanté la mirada hacia arriba y sobrecogido, vi cómo alrededor de la virgen se encontraba un fresco casi borrado con imágenes de almas flotando y agonizando, esperando a ser rescatadas por la señora.

Estaba pendiente de aquellos detalles, cuando oí una serie de golpes, como martillos clavando algo en la madera. De repente, se hizo el silencio y al girarme las monjas se miraban unas a otras. En cuestión de segundos, aquellas mujeres pasaron del silencio a los gritos y a la desesperación. Nos habían encerrado en la capilla y el fuego comenzó a rodearnos a todos.

-Morid putas, vais a ir al infierno. Asesinas. Por mis muertos vais a morir.

Aquellas frases que provenían del exterior guardaban odio y rencor hacia estas mujeres. No leí en ningún sitio que vecinos del pueblo entraron en el hospital y quemaron a las monjas. Quizás esta parte de la historia no interesaba.

Las mujeres gritaban ensordecedoramente, algunas golpeaban las puertas pidiendo clemencia, otras solo se arrodillaban y rezaban sabiendo cuál era el final que les esperaba. Desde el exterior, pude escuchar cómo comenzaban a disparar una y otra vez. El fuego lo invadió

todo, el humo negro apenas me dejaba ver y el calor era horrible. Las enfermeras estaban ardiendo, casi sin ropa, perdiendo el cabello y cayendo ante mis pies casi calcinadas. Era un episodio tan impactante, que se me clavó en mis recuerdos. Los crujidos de la escultura de la virgen hicieron que me diera la vuelta, mientras, veía como la policromía de la imagen desaparecía y las llamas las invadía. Corrí hacia la puerta y comencé a golpearla, grité con ellas, lloré intentando ser escuchado. Sus caras de pánico y dolor me miraban fijamente.

Mis esfuerzos fueron en vano. Golpeé una y otra vez la puerta, hasta acabar exhausto, de rodillas y con los ojos cerrados, dando por imposible cualquier ayuda que viniera del exterior.

El silencio se hizo de nuevo y la brisa fresca me hizo abrir los ojos poco a poco. Ya no había puerta, ya no había fuego, el olor a incienso y a quemado ya no estaba. Solo el ruido de la lluvia cayendo con fuerza en el exterior.

Me puse de pie, y me di cuenta que la capilla nada tenía que ver con la que acababa de ver. Donde antes estaba la virgen y el fresco pintado de las ánimas, ahora había pentagramas invertidos, símbolo de la oscuridad del demonio. Me encontraba algo aturdido, lo que había vivido era tan real que necesitaba unos segundos para volver a recomponerme. Han sido demasiadas visualizaciones en muy poco tiempo, en un mismo lugar.

Alcé el paso, pero sentí cómo algo se agarraba con mi

pantalón. Miré hacia el suelo y entonces, el cuerpo calcinado de una de las monjas estaba con su brazo estirado sujetándome. Sentí cómo mi corazón se partía en mil pedazos, sentí compasión por aquel trozo de carne carbonizada. Vi cómo su boca intentaba decirme algo. Me

tiré al suelo junto a ella, siendo incapaz de oír ni una de sus palabras. De sus ojos cayó una lágrima de sufrimiento. Acerqué mi oído ,intentando escuchar lo que quería decirme.

-Dime. Estoy aquí contigo, dime lo que quieras y después inicia tu camino hacia la luz.

Pero al decir luz, su mano se convirtió en garras de carne que agarraron fuertemente mi cabeza. Intenté deshacerme con todas mis fuerzas de ello, pero era imposible.

Su enorme mano de larguísimos dedos finos, me sujetaban sin poder moverme. Sentí como arrimaba mi oído a su húmeda y apestosa boca. Y entonces gritó.

-Adrián bienvenido a tu casa, nuestro señor pronto te recibirá.

El corazón me latía tan fuerte que aquella fuerza la usé para deshacerme del horrible monstruo. Empujé mi cabeza con tanta energía que acabé chocando todo mi cuerpo con el muro de la iglesia. Respiraba entrecortadamente, buscando aquel cuerpo putrefacto que me había agarrado, pero no había nada.

En este lugar residía el mismísimo Satanás, ¿quién era el señor que me recibiría? Decidí entonces que era hora de salir de aquel maldito lugar, de aquellas paredes manchadas de sangre inocente.

Cogí del suelo mi mochila y encendí la linterna. Saqué el teléfono y vi que tenía varias llamadas de Luz y Sara. Intenté llamarlas a las dos pero fue imposible, la poca cobertura de nuevo se había esfumado de aquel lugar.

32

Del calor pasé al frío, del viento cálido y árido a la tormenta eléctrica con lluvia torrencial. Mis oídos podían sentir el fuerte aguacero caer sobre aquel viejo edificio que crujía sin parar. Junté mis manos y las acaricie fuertemente una con la otra intentando eliminar de ellas el congelamiento repentino.

Crucé el pasillo que, con arcos victorianos, ocultaban la capilla, mientras sentía como me observaban. Sentirse observado en un lugar vacío e inhóspito no era una buena forma de sentirse seguro.

Cada paso que daba estaba iluminado solo por mi linterna. Los rincones y los espacios se mantenían oscuros y, en ellos, la historia de aquel lugar se repetía una y otra vez.

Las almas errantes, aquellas que no supieron de su muerte, las almas a las que le fueron arrebatadas la carne cuando aún no había llegado su hora. Aquellas almas pintadas en la pared de la capilla ahora invadían el lugar, algunas esperando ser salvadas y escuchadas, y otros verdugos ocupándose de que nadie saliera. El horror, el terror y la oscuridad eterna se ceñían en este cortijo guardián de las penas.

Unas campanas empezaron a sonar fuertemente en mi cabeza, avisando de la hora. ¿Quizás otro muerto del hospital?. Con cuidado fui dando paso a paso mientras el suelo y la suciedad crujía bajo mis pies. Tenía la puerta de salida a unos 20 metros de distancia cuando una enfermera

cruzó delante mía llevando una camilla vieja y destartalada con un muerto encima cubierto por una sábana.

Me quedé inmóvil esperando a que cruzara, pero se detuvo en seco en medio de mi camino. Su cara estaba desfigurada, le faltaba mechones de pelo y casi podía ver tras ella. Soltó la camilla y se puso tras ella y frente a mí. Sus finas y largas manos huesudas se posaron sobre el cuerpo yacente de la camilla.

-Mira, mira lo que nos ha traído esta maldita guerra.- dijo gritando.

Hablaba a alguien que se encontraba en el mismo lugar que yo, pero no era a mí, ella no podía verme, ¿o tal vez si?

Sus ojos ensangrentados se abrieron de par en par y de un tirón destapó la sabana. Un niño, un pequeño niño era aquel cadáver. Un inocente masacrado por la guerra entre adultos estúpidos y egoístas.

Al pequeño le faltaban sus piernas y todo su cuerpo estaba arañado y ensangrentado. La enfermera se quedó callada delante del pequeño, pero entonces aquel cuerpo sin vida comenzó a moverse, abrió sus ojos y empezó a arrastrarse por la camilla mientras gritaba.

-¡Mamá! Ayúdame mamá. Me duele, mama.

La mujer negó con su cara, acaricio con sus dedos al pequeño y este volvió a cerrar sus ojos. La enfermera regresó a su posición, agarró la sábana y volvió a tapar al pequeño con ella, recaudando su camino hacia el infinito.

No supe qué hacer, no pude reaccionar ¿cómo podía ayudar a todos los que allí estaban? Simplemente tenía que escuchar, era un visitante más en este lugar. Y la casa

estaba cansada de los que cada noche se colaban en sus tierras sin hacer absolutamente nada.

Me dirigí al salón principal, me situé en el centro y respire, tenía que hablar, no podía marcharme sin más.

-Gracias por abrirme las puertas de vuestra casa, mi nombre es Adrián Martín…

Pero no terminé la frase cuando un viento fuerte se levantó por toda la casa. Comencé a escuchar una respiración fuerte en mi odio, oí como en la cocina se manipulaban objetos de metal, pasos de diferentes personas corrían de un lugar a otro.

-Mi nombre es Adrián Martín, no vengo a molestar, no vengo a perturbar, vengo en nombre de Elena Sánchez… ¿Larios?

Entonces me acordé de aquella noche en el teatro Novedades en 1928. Después del incendio y de ver cómo Elena caía a la planta inferior por culpa del incendio y desaparecía, Anna, una superviviente del horrible accidente, cambió su nombre por el de su amante Elena.

Cuando los guardias le preguntaron su nombre, ella dijo:

-Elena Sánchez Larios.

¿Cómo era posible que hubiese olvidado aquel dato tan importante? Elena era familia de los habitantes de esta casa, Elena era una Larios. Me quedé paralizado, mis piernas temblaron. Aquel nombre no gustó nada en aquel lugar, que conllevó a fuertes golpes y gritos rodeando el sitio donde yo me encontraba.

Había cometido el mayor error de mi vida. Había investigado la historia de la casa y a sus habitantes, pero su nombre no lo relacioné nunca con algún miembro del clan Larios.

Elena formaba parte de una de las familias más poderosas de España. Pero entonces recordé la famosa leyenda sobre una pobre manca conocida como “Tola”. ¿Y si Elena no aparecía en ningún registro por qué realmente ella era Tola?

Tan pronto me vino esa idea me vi obligado a rechazarla, por una razón muy sencilla y sobre todo cronológica. Tola era nieta de Manuel Heredia, así que Elena que era una Larios, poco tenía que ver con ellos.

En este lugar, que había sido desde cuartel de la guardia civil, pasando por casino y prostíbulo, cualquier opción podría ser buena. Pero la familia Larios abandonó el cortijo en 1936, aunque este dato no era del todo muy fiable.

-Mi nombre es Adrián Martín y vengo en nombre de Elena Sanchez Larios. Si alguien de los que aquí habitan la conocen que se manifieste.

Los terribles golpes volvieron al lugar. Fui girando sobre mí mismo recorriendo con la mirada todo lo que me rodeaba. Y entonces una voz masculina dijo.

-Quien halle en esta morada recibirá la muerte, la muerte, la muerte... - repitió una y otra vez.

-No, no me voy a marchar, vengo ayudar, vengo a dar luz a quien solo ve oscuridad.

En aquel momento pude sentir como si algo me traspasara el cuerpo, sentí hielo cruzando mis venas, electricidad recorriendo todo mi cuerpo. Esta sensación duró solo unos segundos, pero me parecieron horas. Cada pelo se me erizó, mi cuerpo se irguió de puntillas y sentí como si aquel espíritu maligno quisiera usurpar mi cuerpo.

33

Un viento helado acarició mi rostro, pude sentir un olor a rosas y jazmín, y las risas de varias mujeres que sonaban desde lejos. Al abrir los ojos, sentí como mi cuerpo descendía al suelo lentamente.

Ahora todo estaba como debió estar en el pasado, ni rastro de abandono, ni nada que ver con un viejo hospital. Ahora todo era cálido. La luz anaranjada entraba por las ventanas que estaban medio abiertas. Bajo mis pies, una maravillosa moqueta en colores rojos y verdes. Enormes estanterías de muebles en caoba oscuros repletos de libros, esculturas de la antigüedad clásica que decoraban las estancias y sobre cada mesa, flores frescas en llamativos colores. La chimenea estaba encendida y el chisporroteo de la madera ardiendo, aportaba calidez a aquel lugar idílico.

Yo me encontraba en el mismo lugar en el que había estado. Bajé la mirada hacia mis manos y vi algo extraño en ellas. Ahora eran finas y delicadas. ¿Pero qué llevaba puesto? Era una especie de vestido blanco de encaje, mis brazos comenzaron a danzar y mis piernas a dar saltos infantiles. No podía controlar los movimientos, pero al mirarme en el espejo de marco dorado del salón, me di cuenta que mi cuerpo pertenecía ahora al cuerpo de ¿Elena?

Engaño sí digo que no sentí una especie de ansiedad, pero supe que lo que estaba viviendo, era una despersonalización de mi cuerpo o más bien una

desrealización. Esto significaba que nada era real, era sentir que estaba separado de mi cuerpo y de mi mundo real.

Frente al espejo, una bella mujer adolescente de pelo castaño ondulado y ojos miel. Elena se tocaba su cara, y giraba una y otra vez bailando.

Comenzamos a andar y cruzamos la puerta de entrada a la casa, que estaba abierta. En el porche, un trabajador se afanaba en limpiar las hojas secas del suelo, mientras que otro podaba una buganvilla en vivos colores rosas que contrastan con el color salmón de la fachada. Corrimos hacia la entrada de la cocina y asomados al quicio de la puerta, vimos y escuchamos a un grupo de mujeres entradas en carnes cantar mientras ponían unas ollas en el fuego y despellejaban a un conejo.

-¡Elena hija! ¿Has acabado tus lecturas?

-Si tia.

-Bueno, no te ensucies y no te alejes que pronto comeremos.

No pude ver bien el rostro de la mujer. Se trataba de una señora de unos cuarenta o cincuenta años, vestida con ropas de la segunda década del siglo XX, completamente de negro. Aquella mujer acarició la cara de su sobrina con delicadeza.

Elena giró hacia el torreón, donde se encontraban las escaleras, se levantó el vestido y dejó ver unas botas oscuras más propias de hombres que de mujeres.

A zancadas de dos en dos, llegamos al piso superior y cruzamos un pasillo, también cubierto de moquetas y sobre estas alfombras, los retratos realizados en fotografías y pinturas abarrotaban las paredes empapeladas.

Elena abrió la pesada puerta del pomo dorado y delante apareció una bella habitación con una cama repleta de cojines rojos y amarillos, abanicos colgados de las paredes y estanterías con libros. Dos ventanas gemelas con cortinas de terciopelo amarillas, dejaban ver el exterior derecho del cortijo, cubierto de flores amarillas y extensos cultivos que parecían ser algodón.

Las risas y murmullos de un grupo de mujeres nos llamó la atención, todas ellas estaban sentadas en sillas de hierro y mesitas de café hechas de mármol tomando refrescos.

De nuevo el ocaso iba pintando el cielo de colores morados, naranjas, rojos y rosas, sobre un lienzo azul y blanco.

Elena refunfuñaba algo, estaba molesta, aquella imagen de mujeres bien no le gustaba. Se separó de la ventana y se dirigió a un escritorio en madera repleto de libros y figuras de porcelana. Tomó un bolígrafo tallado en marfil y se agachó junto a la cama. Levantó con fuerza el pesado colchón y arrancó de la madera y el hierro, un libro encuadernado en piel marrón.

En su interior aparecían escritos sus tormentos y sus sentimientos. Pasó las páginas rápidamente y comenzó a escribir.

Las malditas horas pasan y pasan. Mi familia me trata como si estuviera enferma. Pero para lo que para ellos es

enfermedad, para mí son sentimientos. No veo el momento de marcharme de este estúpido cortijo de niños bien,

alejados de toda civilización. Elena te estás ahogando entre estas ropas de vuelo y peinetas de marfil. Me encantaría tener el valor para bajar y decirles a las malnacidas de mis primas que les deseo que se purguen en el infierno.

Las risas que entre ellas tienen, seguro fue por la encerrona de esta mañana. Son todas unas furcias,

encerrarme en el cobertizo de los animales con el granjero de la Pura, es de ser retorcidas. Sobre todo cuando él tiene que lidiar con su familia, lo mismo que yo he de lidiar con la mía. Pero el día que me marche de este asqueroso pueblo, juro que él se vendrá conmigo.

Elena oyó los pasos que se acercaban a la habitación, con rapidez cerró el cuaderno y de un gesto lo volvió a esconder bajo la cama. La puerta se abrió y tras ella apareció una mujer, una doncella de la casa.

-Elena, cariño ya puedes bajar a almorzar.

-Gracias Sole.

Bajamos hacia el comedor donde estaba toda la familia. Presidiendo la mesa, un señor de unos treinta años con un traje negro y un reloj de cadena, que guardaba en el bolsillo de la pechera de la chaqueta. Tras él, un enorme retrato que pronto reconocí. El retrato gigante pintado al óleo era Manuel Domingo Larios Larios II Marques de Larios. Si mis cálculos no fallaban, Manuel Domingo falleció en París el 31 de Julio de 1895 y no tuvo descendencia, así que el hombre que presidía la mesa no era otro que el tercer marqués de Larios, Jose Aurelio Larios y Larios. Era un hombre delgado y alto, de pelo engominado y raya en medio con un gran bigote cuidado y espeso sobre su labio. A su lado, otro hombre más mayor que luego supe que era un arquitecto que estaba proyectando un hospital en el centro de la ciudad de Málaga, sobre la mesa tenían planos y papeles de números.

Al otro extremo de la mesa, se sentaba una mujer llena de alhajas y buenos modales que hablaba con una de las doncellas que traían pan a la mesa. Podría tratarse de la segunda mujer del marqués. Intenté localizar a su hijo y futuro heredero que tendría unos veintitantos años, pero no reconocí a nadie.

Yo me encontraba en el subconsciente de esta bella joven, mi poder sobre ella era inútil, sobre todo porque lo que estaba viviendo era un momento tal como se vivió en su día.

Alrededor de la mesa se encontraba un grupo de mujeres de distintas edades, las mismas que reían en el jardín. Entre ellas se miraban cómplices de alguna historia. Sentí como daban de lado a Elena, entre burlas y secretos al oído sabiendo que yo era la comidilla de sus conversaciones.

Tan pronto finalizamos la temprana cena surtido por caldo casero, bandejas de frutas y tomates frescos picados con aceite de oliva, entraron al salón. Reconocí a Sole, que me miró guiñando un ojo. Recogieron la mesa, mientras una de las jóvenes mujeres sentadas frente a mí, pidió que el café lo sirvieran en el exterior.

Sin darme apenas cuenta, me quedé sola en la mesa. Estaba todo recogido, incluso ya tenían puesto el jarrón de bronce repleto de rosas blancas sobre la misma.

Pude ver cómo el marqués se encerraba en su despacho con el arquitecto, la señora llena de alhajas se retiró a descansar un rato y las jóvenes salieron al exterior entre risas.

Me levanté, puesto que Elena se levantó. Entre la poca luz que entraba del exterior, una mujer mayor cruzó la sala medio encorvada y la observé. Se dirigió al final de la sala y lentamente fue cerrando las ventanas de madera seguido de

un fuerte portazo y echó las aterciopeladas cortinas rojas.

Aquel gesto lo repitió hasta dejar a oscuras toda la planta.

La tenue luz de la chimenea y los viejos farolillos, algunos eléctricos y otros aún de aceite, desdibujaban cada detalle. Las estatuas ahora parecían deformes y alargadas, los dibujos de las alfombras se difuminaban y el silencio reinó en aquel lugar.

Un reloj junto a la escalera marcaba solamente las ocho y media de la tarde. Aburrida, decidí pasear por las estancias. Llegué a la capilla, se encontraba iluminada de velas, con una hermosa virgen en un altar pintado en dorado y escayolas.

Me acerqué al lampadario de hierro, cada una de las velas se encendía bajo una plegaria distinta, un problema nuevo que solucionar o una promesa cumplida entre estas paredes habitada por la clase noble. Con cuidado tomé una mecha, la prendí con otra vela y encendí mi propia plegaria. Me arrodillé en uno de los bancos y crucé mis manos con la cabeza baja. En aquel acto de privacidad mis odios se llenaron de voces, voces que pedían súplicas de auxilio, de gritos de mujeres desgarradas.

Apreté fuertemente los ojos, intentando que aquellas voces desaparecieran pero fue inútil. Asustada me santigüé ante la imagen, me incorporé y salí de allí apretando el paso, pero las voces de un grupo de hombres me hizo esconderme tras una esquina observando desde la lejanía.

- ¡Fuera! Iros de aquí, la noche es de los hombres.

Un joven les gritaba desde lo lejos a las chicas que se reunían en el jardín. No escuché lo que una de ellas le contestaba, pero se levantaron enfadadas y corrieron hacia

el interior de la casa. El joven desapareció por el otro lado e hizo un gesto con el brazo.

Pude darme cuenta que anexo a la capilla existía otro edificio, mucho más humilde. Un caserón apenas sin ventanas. Allí residían los trabajadores del cortijo que eran internos de la casa. El resto de los trabajadores procedían del pueblo y al finalizar el turno de cena regresaban a sus casas.

Uno de los trabajadores observaba la escena por una de las pocas ventanillas, al ver que el chico despedía a las mujeres del lugar cerró la puerta.

Entonces el silencio de nuevo se hizo en medio de la pronta noche. El mismo joven volvió a aparecer sigilosamente con tres muchachos más. Pero algo extraño estaba sucediendo. Con cuidado me aproximé más a aquel lugar.

Los cuatro jóvenes se sentaron en las mismas sillas que hasta unos minutos eran ocupadas por las mujeres. Y con alardes de masculinidad, comenzaron a retarse para ver quién bebía más.

Era hora de marcharme a mi habitación, estaba asustada. El patio estaba ya a oscuras y la puerta por la que había salido estaba cerrada. No quería pasar por delante de ellos, así que busqué que la puerta de la cocina estuviera abierta. Por suerte así era. Aún los rescoldos de la lumbre humeaban y se encendían y apagaban por el viento que cruzaba. El enorme reloj iba marcando las horas en medio del silencio. Oí un coche arrancar, me asomé a la ventana. Deduje que era el arquitecto amigo del marqués que acababa de marcharse.

Fui pisando con cuidado de no hacer ruido, bajo la puerta del despacho del marqués seguía la luz encendida, luego supe que muchas noches las pasaba allí mientras

trabajaba. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta, no me arriesgué y decidí subir a mi habitación.

Las risas de las muchachas habían dado paso a profundas respiraciones e incluso ronquidos. En el piso superior estaban todos los aposentos. Aún estaba en la escalera, miré hacia arriba preguntándome qué habría en el piso superior. No quería irme a dormir aún, así que tomé una lámpara de aceite que había sobre un recibidor de madera.

En la planta superior se encontraba un par de habitaciones más y al final una puerta que daba a un desván. Forcé un poco la manilla intentando hacer el menor ruido posible. Me quité una horquilla del pelo y con su ayuda logré abrir la puerta.

Al otro lado una enorme sala de suelo de madera y c i e n t o s d e o b j e t o s c u b i e r t o s p o r s á b a n a s s e entremezclaban. Sabía que iba buscando allí, no era la primera vez que lo hacía.

Retiré una de las sábanas, y bajo ella se hallaba un retrato pintado de un hombre. Era mi padre, Agustín Sánchez Strata. Me senté frente a él y acaricié su rostro. Situé la lámpara entre los dos y mientras lo observaba, saqué la cadena que llevaba al cuello con las iniciales de mi padre en oro. No pude evitar que alguna lágrima se cayera.

Tras varios minutos en silencio hablando con él a través de mis pensamientos, volví a tapar el cuadro. Y con una mezcla de miedo y emoción saqué de un baúl ropa masculina. Me despojé del vestido y de las botas. Cogí un pantalón marrón y me los puse, rebusqué y saqué una camisa medio rota y cubrí mis pechos con ella. Después tomé una chaqueta de punto y también me la puse.

Sentía que hacía algo prohibido y aquello me emocionaba. De puntillas acerqué la lámpara al espejo y comencé a mirarme, a sentirme un hombre. Pero eso no estaba bien. Si me encontraban así, lo menos que podía esperarme era una paliza.

Pero en aquellos momentos de soledad, podía sentirme realmente yo, sin risas acomplejadas que me señalaban, sin los rezos para que Dios curase mi enfermedad. Sin sentirme la deshonra de una familia rica y poderosa.

Durante algo más de una hora estuve mirándome al espejo, me sentaba en la silla igual que si lo hiciese un hombre. Con un trozo de papel imitaba la forma de formar masculina y metía la mano en el bolsillo en posición chulesca.

Pero un ruido llamó mi atención, el motor de un coche se apagó repentinamente. Escuché la voz del joven anterior, no

sus caras, pero supuse que eran los amigos de mis primos. El hijo del marqués estaba estudiando fuera, así que posiblemente fuera otro primo mío pasando una temporada en el cortijo.

Busqué a través de las pequeñas ventanas del desván,

intentando ver qué sucedía en el exterior. Estaban borrachos y empujaban a dos chicas hacia el establo. Una de ellas se quedó parada, entonces mi primo se giró y le dió un bofetón. Entre la oscuridad desaparecieron tras el establo.

Aquellas chicas estaban en peligro, apagué la lamparilla y rápidamente salí del desván. Bajé hasta la planta principal y volví a salir por la puerta de la cocina que daba al patio. El corazón me latía con fuerza, sabía que lo que allí estaba pasando no debía de ocurrir. Un sexto sentido se encendió, pero en lugar de marcharme, decidí ir y ver qué ocurría.

Intentaba controlar mi respiración. Nerviosa y descalza, hincándome las piedras del suelo, llegué a la puerta trasera del establo. Desde fuera podía oír cómo algunos de los caballos se habían despertado, era normal que algunos lo hicieran en medio de la noche. La puerta estaba cerrada pero debido al viento se abría y cerraba con facilidad.

Puse el odio por uno de los listones, entonces me di cuenta de que algo no iba bien.

-Miguel ¿qué has hecho?

-Yo no he hecho nada

-No respira, la has matado Miguel.

-No me toques las pelotas. ¡Respira! ¡Respira!

Uno de los amigos del pueblo había matado a una de las chicas, pude escuchar como la otra forcejeaba. No podía ver nada hasta que uno de ellos encendió una luz tenuemente. Con cuidado y muy asustada observé que la chica que gemía estaba completamente desnuda, y con la boca y las manos tapadas y Miguel estaba desnudo también. Sus manos estaban repletas de sangre.

-¿Pero cómo ha podido…?

La chica al tirarla al suelo, tenía una estaca de madera clavada en la cabeza. Los tres amigos y mi primo estaban nerviosos y los ojos de la otra joven lloraban y salivaba tras la cinta de tela que tapaba su boca.

-Si se enteran que hemos matado a una niña del pueblo, me mataran y arruinaré a mis tíos.

-¿Pero qué hacemos Julian?

-No podemos dejar el cuerpo, aquí tenemos que deshacernos de ella.

-Pero, ¿y qué pasa con esta?

Julián, mi primo, empezó a rebuscar por el suelo, los caballos empezaban a ponerse nerviosos. Cogió una piedra, se puso delante de la otra niña del pueblo y empezó a golpearla una y otra vez en la cabeza. La imagen fue tan siniestra que me oriné encima.

-¡Vamos! Vístete Miguel.

-Pero qué has hecho Julián. ¡Qué diablos has hecho! -- Comenzó a decir uno de los amigos llorando como un niño chico.

-No tenemos tiempo. Lo que aquí ha pasado esta noche no puede saberlo nadie, y jamás nosotros volveremos a hablar de ello.

-¿Pero y qué hacemos ahora?

-Coged vosotros a esa y yo y Miguel cogemos a esta. Hay un túnel bajo la casa que está comunicado con la fábrica de mi tío. Las arrojaremos al río. Quién descubra esta historia morirá en el mismo río.

Me despegué de la puerta y con ganas de vomitar y con los pantalones húmedos, me di cuenta que seguía vestida de hombre. Los nervios me traicionaron y tropecé con una rama haciéndome caer hacia atrás, entonces escuché como mi primo mandaba a callar a todos y se abrió la puerta de listones del establo, viéndome en el suelo. Me levanté y salí corriendo sabiendo que mi primo me observaba en mi huida.

Dí un empujón a la puerta de la cocina y subí a mi habitación, temblorosa. Me despojé del mojado pantalón y la blusa y los escondí debajo del escritorio. Me puse el camisón y me oculté bajo las sábanas, rezando para

intentar olvidar aquellas horribles imágenes de las dos pequeñas niñas del pueblo desfiguradas.

Tenía las sábanas y la manta tapando la cabeza, cuando sentí que la puerta de mi habitación comenzó a abrirse poco a poco. Cerré fuertemente los ojos y una bocanada de alcohol inundó la habitación.

-¿Elena? Sé que estás despierta, quiero hablar contigo.

Julián había entrado en mi habitación y yo estaba entrando en pánico. Intenté hacerme la dormida pero el

temblor de mi cuerpo convertía aquella opción en completamente nula.

-Vamos prima, sé que estás despierta solo quiero ver como estás.

Empecé a notar cómo iba retirando mis sábanas y dejándome descubierta de aquella protección textil. Se sentó junto a mi, podía oler su asqueroso hedor a tabaco negro y a vino. Sus manos agarraron las mías y me dejaron la cara al aire. Yo abrí los ojos y lo miré de frente, sus ojos reflejaban odio y miedo, estaba nervioso y su ropa estaba completamente manchada de sangre.

-Déjame Julián, te lo pido por favor. Vete.

-Dime, ¿qué hacías espiándonos?

-Yo no, yo no, no…

-¿No, qué? ¿Dime? ¿Qué has visto?

-No he visto nada Julián, nada. -- Comencé a llorar.

-Dime, ¿qué hacías vestida de hombre? ¿Acaso tienen razón en llamarte “marimacho”?

-Márchate o se lo contare todo a los tíos.

-¿Qué contaras el qué? Tú no has visto nada prima. Porque si dices algo, diré que estabas vestida de hombre. Imagina lo que sería tener a una desviada dentro de nuestra familia. ¿Quieres eso?

-No, no quiero eso.

-Dime prima, ¿quieres que todos sepan que eres una zorra desviada y enferma? ¿Sabes lo que le hace a la gente como tú?

La cabeza de Julián empezó a juntarse con la mía, sus rizos acariciaban mi boca, mientras uno de mis pechos sobresalía del camisón. Intenté taparlo, pero él me sujetó las dos manos.

-La gente como tú son condenadas a muerte. ¿Tienes miedo de que te vea el pecho?

-Déjame, Julián déjame. No diré nada, te lo juro.

-Sé que no vas a decir nada primita. Pero creo que hoy tengo que enseñarte una lección.

Julián me puso su dedo índice sobre mi boca. Se bajó sus pantalones y yo comencé a moverme intentando que me soltara, pero él solo negó con su cabeza.

-Hoy prima te voy a enseñar a ser una mujer, te voy a curar la tontería esa de querer ser varón. Como te resistas o grites, te mataré y ¿sabes qué? Diré que tuve que hacerlo porque te pillé vestida de hombre. Así que más te vale no hacer ruido.

Estaba completamente aterrorizada, pero no me resistí. Humedeció su miembro y sentí como abría paso entre mis muslos tensos. Comenzó a acariciar mi seno, luego escupió

sobre mi pezón. Yo mantenía los ojos cerrados, recé a Dios para que aquello terminara, pero entonces sentí una horrible punzada, un tremendo dolor, fue como si me apuñalasen. Escuché como se desgarraba mi vagina y pude percibir el ácido olor a sangre. Intenté contener las lágrimas, pero él comenzó a introducirme su miembro más y más fuerte. Yo solo quería que se acabase. Evadía mi mente al mundo de mis libros, a mi infancia, pero sólo veía una y otra vez a aquellas dos niñas siendo golpeadas en el establo.

Julian paró, subió sus pantalones y me soltó, pero antes de irse me lanzó una sonrisa. Yo me quedé allí tumbada, estaba en shock, bloqueada, podía sentir cómo la sangre circulaba por mi interior. No bajé el camisón, no hice gesto alguno, no me tapé de nuevo. Me quedé desnuda en aquella posición, con los ojos abiertos pidiendo a Dios que me matara. Solo quería desaparecer, quería dejar de existir, me daba asco a mi misma y por ello no quería siquiera tocarme.

34

No sé cuántas horas estuve así, pero pude sentir como la luz de la mañana empezaba a entrar por las ventanas. En mi cabeza solo veía una y otra vez lo sucedido en el establo. Escuché la puerta y de repente fue cerrada rápidamente, alguien se acercó a mí.

-¿Elena? ¿Elena? Por Dios ¿estás bien? Elena responde por la virgen.

Está llena de sangre.

La Sole, la doncella que trabaja para nosotros, era una mujer bellísima, no tendría más de diecinueve años, era otra niña, alta de ojos verdosos y pelo oscuro. Se acercó a mí y en aquel momento me abracé a ella llorando desconsoladamente. Mi cara y mi boca se hundían en su pecho intentando ahogar aquellas amargas lágrimas.

Podía notar la intranquilidad de Sole a través de sus latidos rápidos y fuertes. Ella se quedó sentada aguantando y acariciando mi cabello.

El olor a sangre y fluidos era fuerte, había sido violada con amenazas. Yo solo quería que el mundo finalizara, quería poder tener el valor de abrir la ventana y saltar para poner fin a este mundo maldito.

-Elena, cariño, dime ¿que te ha pasado? Cuéntamelo sea lo que sea voy a estar aquí contigo para ayudarte. Respira y cuéntame.

-Sole, no puedo decirte nada o me mataran, me mataran Sole.

-¿Quién va a matarte? Cuéntame por favor te juro por mi vida que no diré nada, te lo juro.

-Anoche el señorito Julián…

-¿Su primo? - preguntó Sole.

-Si, él llegó a altas horas de la noche con unos amigos y dos niñas del pueblo que seguro que conocerás.

En ese instante, escuchamos cómo los pasos de mi tía se acercaban a la puerta y agarraba el pomo. Sole se levantó corriendo hacia la puerta impidiendo que pudiera abrirla.

-¿Elena? Abre la puerta ¿por qué no has bajado a desayunar?

Sole entreabrió la puerta asomando su cabeza tras el marco de la puerta intentando que no pudiera ver nada. Mientras con un gesto de su brazo me indicaba que me escondiera.

-¿Qué anda haciendo aquí Sole?

-Verá señora, estoy ayudando a Elena con un problema que ha tenido con su…
-¿Con su qué?, vamos hija habla no tengo todo el día.

Venga déjame pasar.

-Tía, no pase por favor es un problema de mujer y Sole me está ayudando. No entre por Dios sé lo ruego que me da mucha vergüenza.

-Bueno os dejo tranquilas, pero que sepáis que aunque me veas hecha una vieja sé lo que es sufrir de nuestros secretos femeninos. En fin, no tarde Elena que tus clases comienzan en media hora.

Mi tía se dió por vencida y cerró la puerta algo malhumorada. Sole me miró con ojos confidentes. Yo estaba ahora de pie asustada, con las uñas en la boca y los ojos hinchados de llorar.

Juntas retiramos las sábanas para que las pudieran lavar. Pero entonces Sole vio en el suelo la ropa de hombre, me miró y yo comencé a contarle todo lo que había visto y sucedido. Miento si niego en decir que no tuve miedo. Estaba aterrorizada, Julián era un señorito mimado y acomodado, que se aburría fácilmente de todo. El poder y el dinero en una persona marcada por la oscuridad hace que solo trabaje para el mal.

Sole y yo éramos conscientes de lo que era capaz aquel joven sin escrúpulos.

Me acordé que en el desván había dejado mi ropa y estaba todo por medio con el baúl abierto y la ropa que anualmente donamos a la parroquia del pueblo.

-Tranquila señorita Elena, al desván no suele entrar nadie solo su tía cuando se acuerda de algo que quiere volver a usar o nos quiere dar más trabajo del que ya tenemos.

-Sole, perdóname por involucrarte en esto. ¿Puedo confiar en ti?

-Puedes estar tranquila Elena.

Lo que no sabía es la triste historia que había detrás de Sole. Los días fueron pasando entre el silencio y el miedo. Cada día en aquella casa se cernía en la monotonía y Sole y yo fuimos construyendo una gran amistad secreta a ojos de mi familia y la suya.

Una amistad basada en la fraternidad, yo era consciente de mi sexualidad, y serlo era un delito castigado con penas de prisión y la muerte. Esta última opción era la que más deseaba antes de convertirme en la vergüenza de la familia.

Sole siempre estuvo ahí para ayudarme, se convirtió en mi confesor y yo en su hermana. La confianza permitió que supiera la historia que su familia había vivido dentro de la casa. Su madre falleció cuando ella solo tenía nueve años, mientras limpiaba la habitación, que por entonces pertenecía a otra familia importante los Heredia. Un infarto repentino hizo que cayera fulminada sobre la cama del matrimonio.

La leyenda cuenta que es común verla cambiando las sábanas. Sole la había visto varias veces y se sentaba con ella a hablar. Siempre le daba el mismo consejo: "*nunca te acerques a un hombre rico si eres pobre, porque solo te traerá más pobreza y miseria"*.

Su padre, en cambio, aún continuaba trabajando en la casa. Cuando su mujer murió, él estaba en el establo esquilando a las ovejas, trabajo que a día de hoy continúa haciendo. Me contaba Sole, que la mañana que su madre Lidia, murió, en el rebaño con la esquiladora una oveja se cortó el cuello. El animal empezó a convulsionarse mientras se asfixiaba, tiñendo de rojo oscuro la blanca lana recién cortada.

Genaro, su padre se levantó de la banqueta de madera y salió del cobertizo, dió la vuelta hasta la puerta principal mirando el balcón que descansaba sobre esta, que pertenecía a la habitación principal y se quedó mirando hasta que un grito lo hizo caer de rodillas y comenzar a llorar. Genaro supo de la muerte de su mujer sin estar presente, porque según él una voz le dijo:

-Tu mujer acaba de morir.

Fue como un susurro, pero implacable y certero. Para Sole aquel día acabó su inocente niñez. Días después su padre la obligó a entrar a trabajar en las cocinas y la sacó del colegio. Los antiguos señores no pagaban del todo bien, los negocios no estaban saliendo como querían y el imperio se derrumbaba por días.

Cuando la antigua familia vendió la casa, los trabajadores pasamos mucho miedo, entre los más viejos guardan los secretos a voces que aquí han sucedido.

Pero los Larios compraron la casa con todo el servicio que ya trabajaba dentro. Aquello fue recibido como un acto de generosidad y fue pagado con absoluta fidelidad.

Lo que ocurre en la casa se queda en la casa, y cuándo salen de ella la confidencialidad es una obligación asumida.

-¿Ves aquel edificio a lo lejos que están construyendo? Me pregunto Sole.

-Si.

-Aquella es una fábrica que tu familia está levantando, pero lo que no sabes es que puedes ir desde esta casa hasta aquel edificio en construcción por un túnel directo.

-¿Cómo? ¿Un túnel?

Me hizo una señal para que no levantara la voz. Desde lo alto del torreón, desde sus pequeñas ventanas, se podía ver cómo iba a levantarse lo que más tarde se convertiría en una fábrica de la azucarera malagueña. Entre la casa y la fábrica solo habían prados de enormes plantaciones, arroyos y caminos de tierra por los que circulaban cada vez más vehículos de motor.

Ambas nos habíamos convertido en inseparables. Sole llevaba un año casada con un panadero del pueblo, que hacía las delicias más ricas de todo el lugar. Ella me contaba lo enamorada que estaba y las ganas que tenía de

que pudiera conocerlo. Pero yo estaba encerrada en aquella casa y si algún día salíamos, era los Domingos para pasear por la Alameda del centro de la ciudad de Málaga. Allí, todos los empresarios y nobles se juntaban para hacer negocios y para ser vistos. En definitiva, yo al pueblo poco había ido.

El invierno se estrenaba frío y lluvioso, los aguaceros en la zona habían inundado con riadas numerosas gran parte de la capital y de Campanillas. El alcalde pedía ayuda a mi tío para sufragar gastos de recuperación y así poder costear las labores de rescate de las decenas de muertos. En los periódicos cada día aparecían las fotos de los cuerpos ahogados.

Mi tío intentaba dar largas a todas aquellas familias que llamaban a nuestra puerta pidiendo caridad. Las cosechas estaban arrasadas y los caminos impracticables.

Pero la desgracia iba a ser otra de las que llamara a nuestra puerta de nuevo. Lucía y Cristina, dos trabajadoras mayores de la casa y muy queridas en el pueblo, habían aprovechado a tender la ropa, después de que esa mañana saliera un poco el sol. El fuerte viento imposibilitaba las labores y con ayuda de las dos, empezaron a colgar en la parte baja del cortijo las sábanas. Yo estaba terminando mi clase y Sole estaba en la cocina. Mis primas habían salido a la ciudad aprovechando la mañana para comprar vestidos. Julián paseaba por la casa aburrido y mirándome.

El viento soplaba cada vez con mayor fuerza, tanto que algunas de las ventanas salieron volando y fueron desencajadas de los marcos. Y con ello la lluvia volvió repentinamente.

Cristina y Lucía decidieron poner fin a su hazaña y comenzaron a recoger los trapos, ahora empapados; pero entonces, una de las sábanas de la cama de matrimonio de

mis tíos bordada en seda y oro, salió volando acabando en una roca del arroyo. Entre risas de ambas, dejaron las cestas y pusieron sobre ellas unas piedras para impedir que el resto de la colada sufriera la misma suerte.

Lucía llegó al lecho del riachuelo y estiró su mano, cuando logró alcanzar la sábana se resbaló, Cristina corrió a socorrerla, y de repente un torrente de agua, que procedía de toda la descarga en la parte superior del río, las arrastró cauce abajo. Los gritos de las dos mujeres nos alertaron a todos, dejamos lo que estábamos haciendo y fuimos corriendo a ver qué había sucedido.

Mi tía gritaba sin parar, Sole se puso junto a mí, mirando inútilmente como las dos mujeres eran arrastradas por el arroyo. Sole tomó mi mano en señal de tranquilidad, aunque escuchar los gritos de Lucia y Cristina eran desgarradores.

Sus cuerpos se convirtieron en algo tan frágil como el papel y cada roca del lecho eran como cuchillos afilados. Ambas mujeres aparecieron días más tarde en la parte del arroyo que daba justo donde construían la nueva fábrica. Sus cuerpos estaban hinchados por el agua y tenían fracturas de casi todos sus miembros.

Aquel día fue otro día triste dentro del cortijo. Mi tía se encerró en su habitación a llorar y días después mi tío el marqués, sobrecogido por lo sucedido, decidió mandar una partida económica para sufragar los gastos de parte de los afectados.

Mis tíos decidieron, además, ocuparse de los gastos del entierro de Lucía y Cristina, al cual asistió todo el pueblo en la iglesia del Carmen. Ese día se declaró luto oficial en toda la capital por los muertos de las arriadas. Mis tíos nos obligaron a ir aquella mañana al pueblo y luego ellos irían a la catedral de la ciudad para celebrar el otro sepelio.

Esa mañana se levantó con más olor a muerte aún. Al despertar, sobre la silla del escritorio, tenía preparado un vestido negro largo, con encaje en los puños y cuello camillero en bordados negros.

Al mirarme en el espejo sentí unas profundas arcadas y unos enormes pinchazos en la zona del abdomen. El dolor era cada vez más profundo e incómodo, pero aguante. Bajé las escaleras y pude ver el rostro de toda la familia vestida de riguroso luto delante del cuadro del segundo marqués. Mi tía me hizo un gesto con la mano, ella cubría su cara con un mantón de encaje transparente en color negro dejando su cara oculta.

Un fotógrafo había venido a casa para hacernos un retrato familiar, para poder documentar una noticia en el periódico sobre la generosidad de nuestra familia. Aquella escena me puso los vellos de punta. Delante de los retratos familiares del enorme salón nos pusimos todos en orden frente a la cámara, siendo observados por el servicio en silencio desde la entrada de la cocina.

Salimos por la puerta principal ante el redoble de las campanas de nuestra capilla. Aquel día, estaba todo repleto de velas en honor a los cientos de muertos.

Varios coches nos esperaban y pusimos rumbo a la iglesia, donde el pueblo nos miraba con admiración y odio. El silencio, el olor a incienso y el dolor roto por los llantos de los familiares, protagonizaron el lugar. El cura nos recibió en la puerta sujetando un crucifijo de plata. Uno tras otro, de los miembros de nuestra familia, fuimos besando aquella cruz y sentándonos delante, frente a los dos féretros de madera de caoba brillante que mi tía había elegido.

Mi cabeza daba vueltas, sentía la boca seca, y angustia en la zona del cuello. Me costaba trabajo respirar hasta que de repente, me desvanecí. Lo siguiente que recuerdo fue despertar en mi habitación, con Sole sujetándome la mano.

-¿Qué ha pasado?

-Tranquila, tranquila, te has desmayado. Has perdido la conciencia.

-¿Cómo he llegado aquí? ¿Y mis tíos?

-Tus tíos han ido al funeral a la catedral con tus primas. Y el médico acaba de marcharse.

-¿Qué me ha pasado Sole? ¿Estoy bien?

-Todo bien, pero tengo que contarte algo, no quiero que te asustes.

35

Estaba embarazada, embarazada. Solo había un responsable en aquella historia, Julián. Aquel mal nacido hijo del demonio me había violado y ahora esperaba un hijo de él.

No quería tenerlo, no podía tenerlo. Que la familia supiera esto era una pena de muerte contra mí. Necesitaba ocultarlo, nadie podía enterarse de esto, pero si el médico se lo contaba a mis tíos estaría completamente perdida.

Sole juró guardar mi secreto e intentar disimular la barriga que comenzaba a salir y a ser cada día más llamativa.

El infierno se acechaba sobre mí y los días iban pasando y Sole me ayudaba en secreto a sacar más tallas de mis vestidos. La comida me empezaba a producir asco unos días y otros, necesitaba devorar todo lo que se servía en la mesa.

Las noches se me hacían eternas y los dolores abdominales me impedían pegar ojo. Julián llevaba tiempo tranquilo en su mundo, pero una de esas noches de insomnio el ruido de un coche me alertó. Julián había aprovechado que mis tíos después de los funerales tenían que viajar por trabajo a Madrid, Barcelona , Londres y París para visitar distintas ferias industriales y eventos que se celebraban con otros nobles, para poder continuar con sus hazañas.

Durante varias noches un coche llegaba a la puerta una o dos mujeres jóvenes con los ojos vendados que eran llevabas a la parte trasera de la casa. Recordé entonces lo que Sole me contó del túnel secreto.

Sin hacer ruido, subí hasta arriba del torreón, donde podía ver cómo desde la construcción se observaba que había movimiento, ya que estaba iluminado.

Era raro la mañana que los periódicos locales no denunciaban la desaparición de alguna niña en distintos lugares de la provincia. Desapariciones que no dejaban rastro alguno y levantaba profundas sospechas en delincuentes fugitivos que cruzaban el lugar.

Mi primo se traía algo raro entre manos, yo sabía que indagar en aquello podía suponerme un gran peligro. Aunque no dudé, bajé las empinadas escaleras y crucé hacia el pasillo de la capilla y por el patio entre al almacén de la cocina. Unas escaleras de piedra llevaban al sótano, donde se refrigeraban las carnes y los productos frescos.

Desde allí vi cómo Julián se dirigió tras los dos hombres que llevaban detenida a la joven, por una puerta exterior que bajaba al sótano. Me quedé unos minutos allí en silencio y cuando deduje que no había peligro, busqué por el sótano de la cocina una entrada que me llevara al otro lado pero fue imposible. Eran dos sótanos distintos. Decidí entonces bordear los muros de la casa hasta la misma puerta por la que mi primo y los hombres habían entrado.

Esta era una vieja puerta de hierro a la que nunca le había prestado mucha atención. Siempre estaba cerrada con llave, hasta hoy, que la encontré entre abierta. Supongo que a esas alturas de la noche era poco probable que alguien como yo estuviera rondando aquel lugar.

Empujé suavemente, intentando hacer el menor ruido posible y cuando traspasé, una ráfaga de aire me envolvió completamente. Ante mí, una empinada y estrecha escalera de piedra. Estaba todo completamente oscuro, pensé en prender la lámpara pequeña que llevaba, pero el miedo a

ser descubierta hizo que bajara uno a uno con cuidado de no tropezar. Cuando sentí con el pie que ya no había más peldaños, comencé a andar estirando los brazos y palpando todo aquello que encontraba a mi paso.

Aquel lugar apestaba a humedad y desde lo lejos podía escuchar el sonido de los pasos de los hombres y mi primo, escuchando los gemidos de miedo de la chica, que intentaba gritar.

El pasillo era muy profundo, y tenía distintas puertas, todas cerradas menos por las que andaban los otros delante de mí. ¿Para qué querría alguien tener un pasillo tan largo?

Aquel lugar era un auténtico pasadizo, los pasillos se abrían a otros y tuve que estar muy atenta al sonido que seguía para no perderme. En algún momento estuve apunto de dar media vuelta y regresar a casa, pero necesitaba saber qué estaba ocurriendo bajo el suelo de nuestra casa.

Unos enormes pinchazos en el abdomen hicieron que me parase unos segundos, y fue cuando me percaté que unas extrañas sombras me observaban. Froté mis ojos con las manos, incrédula de lo que ante mi sucedía, pero entonces aquella sombra, se lanzó a correr hacia mí. Me quedé inmóvil, estuve a punto de gritar y cerré los ojos sintiendo como aquella cosa me traspasó, lanzando un chillido. Me quede quieta, esperaba que aquel chillido hubiera alertado a los hombres de mi primo y regresaran hacia donde estaba, pero no. El ruido se desvaneció en el pasillo.

Aceleré entonces el paso, mientras sujetaba mi tripa protegiendo que no pasara nada al ser que llevaba en mis entrañas. El pasillo se me hizo eterno, claustrofóbico, interminable. En aquel lugar empezaron a escucharse gritos

de mujeres que pedían que no les hicieran daño. Se escuchaban llantos. Se escuchaba miedo.

Estuve caminando unos veinte minutos, cuando a lo lejos pude ver algo de luz, bajo mis pies podía sentir charcos de agua que goteaba por las paredes de piedra. El silencio lo rompieron las voces de varios hombres, que empezaron a aplaudir fuertemente al ver aparecer a la chica.

Me quedé justo debajo de lo que parecía un sumidero. Unas escalerillas de hierro ancladas a la pared me separaban de la fábrica en construcción.

Aquellos hombres empezaron a pujar por la chica y cada uno gritaba una cantidad entre siniestras risas. Julián subastaba a mujeres secuestradas a ricos para que se divirtieran.

Estuve un rato allí, hasta que escuché que el sumidero de hierro se abría de nuevo y entonces me lancé a correr. Podía oír como el arroyo que había matado a Lucía y a Cristina, corría sobre mi cabeza, mientras el agua iba filtrándose a una especie de pozo, por el que emanaba un insoportable hedor a podrido.

Giré mi cabeza para saber si alguien había bajado al sótano, pero no, aún estaban los murmullos y el jaleo de los hombres. Me tapé la nariz y la boca, y encendí la pequeña lámpara. Enfoqué aquel pozo que me mojaba los pies y cuando vi lo que allí había, la lámpara se precipitó al suelo haciéndose añicos.

En aquel lugar se amontonaban los cuerpos podridos de mujeres que se amontonaban uno sobre otros. Algunos de sus miembros estaban arrancados de cuajo de los cuerpos, otros estaban siendo devorados por los insectos. Al ver aquello, corrí. Corrí como si no hubiera un mañana y cada

vez los pinchazos en el vientre eran aún mayores y el dolor insoportable.

Corriendo, pude ver de nuevo a la enorme sombra del demonio, observando cómo huía. Los gritos de ayuda de aquellas mujeres empezaron a sucederse una y otra vez retumbando por el pasillo.

Asustada, salí del pasillo y jadeando por el cansancio. Subí de nuevo las estrechas escaleras, hasta que llegué al pasillo de la capilla. Agotada y sin que el dolor desapareciera, intenté recuperar el aliento, pero sentí como mi ropa interior se humedecía. Me apoyé contra la pared frente a la iglesia iluminada por velas y con mis dedos toque mi vagina.

Cuando miré la mano, sangre fresca goteaba de mis dedos. Perdí el conocimiento, poco a poco resbalé por la pared hasta caer sentada sobre el frío suelo.

Alguien tocó mi cara y me llamó. Progresivamente fui abriendo los ojos y aunque aún veía borroso, una mujer que no conocía empezó a acariciarme.

-Hija mía, despierta, no puedes quedarte aquí tu vida corre peligro.

-¿Quién eres? -- Los párpados me pesaban.

-Vamos hija mía, tienes que levantarte.

-¿Quién eres? ¿Trabajas con nosotros? -- Poco a poco fuí incorporándome.

Aquella mujer rechoncha y pelirroja vestida de doncella, me ayudó a ponerme de pie. Tenía un olor dulce y fresco y con su ayuda entré en la habitación y me tumbé en la cama. Me sentía profundamente agotada, todo me daba vueltas, era como si estuviera ebria.

-Gracias por ayudarme, pero dime ¿cómo te llamas? -Me llamo Lidia cariño, ahora duerme.

Lidia, aquel nombre me sonaba. Era la madre de Sole, ella me acababa de salvar de Julián, para que no me encontrara tirada en el suelo. Nunca antes la había visto, jamás la conocí, ni coincidí en el tiempo con ella. El espíritu de Lidia apareció y me ayudó.

Caí en un profundo sueño, hasta que Sole apareció en mi habitación para despertarme.

-Despierta dormilona, buenos días.

-Sole anoche vi algo horrible. ¿Qué dicen en el pueblo sobre mi familia?

-Elena, en el pueblo no dicen nada todos callan. Tu familia ha dado trabajo y prosperidad a muchas familias.

-Anoche me desmayé Sole, me levanté en medio de la madrugada y descubrí el pasillo secreto que comunica con la fábrica. Pasé tanto miedo que sangre.

-¿Qué hiciste, qué? ¿Estas loca? ¿Sangraste? ¿Sabes que si sangras puede significar que hayas perdido a tu bebe?

Sole tomó su medalla que colgaba del cuello y la besó en reiteradas ocasiones, buscando una solución.

-Vamos por partes. Necesito sacarte de aquí y llevarte a un médico, es amigo de mi marido. Pero, ¿cómo te llevo al pueblo Elena?

-No lo sé.

-Tus tíos siguen de viaje y no volverán hasta dentro de varias semanas. Tus primas están estudiando o de viaje

también. Tu primo ha salido a Málaga, tenemos vía libre.

Dame un minuto.

Sole salió de la habitación preocupada, y yo me quedé con terribles pinchazos en el abdomen. Recé a Dios y a todos los santos para que me ayudaran y pudiera perder a mi hijo. Ahora mismo un aborto sería lo mejor que podría pasarme, pero también podría significar mi muerte. Pocas mujeres salían con vida de un aborto a finales de 1925.

Tirada boca arriba en la cama sentí como algo dentro de mí se movía, fue extraño y a la vez milagroso. Pude sentir como aquella cosa que crecía en mi interior, me decía que se encontraba bien y sentí alivio y miedo.

Sole entró de nuevo a mi dormitorio, se dirigió al armario y sacó ropa para que me vistiera.

-Vamos, hay un coche esperándonos en la puerta, tenemos poco tiempo Elena.

Con cuidado me ayudó a bajar las escaleras, siendo observadas por otra de las doncellas. María se secaba las manos con un paño atado a su cintura expectante de lo que sucedía. El coche estaba arrancado, el conductor era el marido de Maríaa, Serafín, quien solo dándome los buenos días y haciendo como si no supiera nada, me abrió la puerta y nos llevó hasta el pequeño consultorio de uno de los médicos que residía en el pueblo.

El doctor era un recién licenciado, el primero de una familia humilde de Campanillas. Era el orgullo de sus padres y la envidia sana de quienes lo conocían. Mario era amigo íntimo del marido de Sole.

Entramos a su casa donde disponía de una pequeña camilla y el orgulloso diploma de la universidad de Granada donde se había licenciado.

Fue palpando mi estómago y comenzó a auscultar con su fonendoscopio.

-Sí, el bebé está bien, puedo escuchar los latidos.

Sole suspiró con alivio y me miró sonriente, Mario me pidió que abriera mis piernas y con ayuda de una lámpara me pidió que me relajara.

-Ahora necesito que estés completamente relajada, puedes sentir molestias, pero es importante saber el estado de la bolsa.

Respiré y tomé la mano de Sole, el médico introdujo su mano por mi útero. Era incómodo, quería que parase e intentaba cerrar las piernas, pero tanto Mario como Sole lo impedían.

-Todo está bien, necesitas mucho reposo, cualquier episodio de histeria, puede provocar la pérdida del bebe.

En el exterior estaba esperando el marido de Sole. Nunca lo había conocido, no sabía cómo era el panadero que tenía enamorada a un ser tan maravilloso como Sole. Los dos me ayudaron a bajar por las estrechas escalera de la casa del médico, donde su familia tenía una pequeña tienda de ultramarinos en el bajo.

En aquella pareja vi amor, vi compasión y no pude sentir unos extraños celos al ver como aquel panadero acariciaba

y miraba a su mujer mientras me ayudaban a entrar en el coche.

36

Los meses fueron pasando rápidamente y pude ver cómo el sol y la luna iban intercambiándose a una velocidad de vértigo. En imágenes pude observar cómo la navidad llegaba y decoraba la casa, cómo vecinos venían a cantar a la puerta. Luego ellos eran agasajados con bebidas calientes y turrones caseros y mantecados elaborados por las monjas de clausura del convento de San Agustin del centro de Málaga.

La hermosa decoración navideña desapareció, y la oscuridad volvió a invadir aquellas paredes. Mis tíos volvieron a marcharse de viaje, mis primas andaban con los novios, y los hombres trabajaban en la ciudad y en la construcción de la fábrica.

Mientras mi barriga cada vez se hacía más llamativa, los vestidos poco ocultaban de mi figura, y el embarazo se hacía más patente a vista de los trabajadores que callaban.

Mi relación con Sole y su marido se hacía cada vez más íntima y especial. Los fines de semana me escapa con ellos a cenar por el pueblo y a escuchar flamenco en alguna de las tabernas. Las horas solitarias las pasaba leyendo libros o los poemas que mi padre había escrito cuando era joven.

Julián, mi primo, llevaba un tiempo centrado con una novia de una familia noble de la capital que habían llegado desde Londres para hacer negocios. Aquello había hecho que los secuestros hubieran terminado, pero el daño causado seguía latente en los sótanos de aquel oscuro pasadizo entre dos mundos.

Todo estaba en relativa calma, hasta que, una carta a nombre de mi tío llegó a casa. El servicio recogía el correo y lo ponía sobre la mesa del despacho del marqués. Ambos llevaban en la casa apenas dos días después de unos de sus largos viajes. Mi tío comenzó a llamar a su mujer a gritos que podían escucharse en todo el cortijo. Ella entró corriendo asustada en el despacho y cerró la puerta, apenas un par de minutos bastaron para que comenzara a llorar desconsoladamente y tuviera que sentarse en el sofá del salón. La tensión se le bajó tanto que empiezo a gritar.

-Al cielo, María por Dios me he quedado ciega de la vergüenza ayúdame.

-Señora tome agua, ¿quiere que llamemos al doctor? - preguntó Sole.

-No, solo quiero arrancarle los pelos a esta maldita mal nacida. Sole dile a Elena que baje.

Yo que estaba leyendo y escuchando aquellos gritos, me hice la loca evitando así ponerme nerviosa, pero Sole subió a mi dormitorio y me pidió que bajara. Ambas sabíamos de qué iba todo aquello.

La intensa lluvia se colaba por el torreón con enormes goteras. La casa debido a las lluvias constantes empezaban a presentar manchas de humedad.

Bajé en silencio asumiendo la responsabilidad del embarazo con miedo e incertidumbre. En la sala me esperaba mi tío, que apoyaba su codo sobre el busto de un emperador romano, mientras fumaba un cigarrillo. En el sillón, al lado de la chimenea, mi tía se abanicaba con la carta que habían recibido. Yo me puse en el centro mirándolos directamente.

-¿Puedes decirnos por qué hemos recibido una carta diciendo que estás embarazada? - dijo mi tío

-Dios mío de mi vida Elena. Esto es una auténtica vergüenza. ¿Sabes qué dirán de nosotros ? - Añadió mi tía aún con sofocos.

-No querida, nadie va a decir nada por qué esto será un secreto. Nadie sabrá de tu embarazo, si alguno de los trabajadores dicen algo lo pagarán muy caro. Ese niño en cuanto nazca será entregado al convento y diremos que es de una de nuestras doncellas. ¿Está claro? - dijo el marqués.

-¿En adopción? Pero ¡José Aurelio! - Exclamó mi tía.

-Elena eres la vergüenza de la familia, aunque ahora me queda claro que todas aquellas afirmaciones que decían que eras una desviada, no son ciertas. Por esa parte me alegro que la enfermedad no se cuele por nuestra casa. Pero en cuanto des a luz, tendremos que tomar medidas contigo para que nuestro apellido no caiga en rumores y desvergüenzas. Ahora sí me disculpáis he de seguir trabajando.

Mi tío desapareció adentrándose en su despacho. En cambio, mi tía me miró con cara de asco y dijo:

-Elenita, Elenita, tu padre fue la vergüenza de la familia y acabó volviendo loca a tu madre. Tu vas a conseguir lo mismo conmigo. Por supuesto queda dicho que al chico al que ves no le puedes decir que vas a ser madre y no vas a volver a verlo. ¡Santo Dios qué vergüenza, qué vergüenza! Vete, por favor vete ahora mismo y esta tarde llamaré a nuestro doctor para que venga a visitarte.

Si mi tía supiera en realidad que el padre de este niño no es otro que mi primo, no sé si le quedaría aún vergüenza para continuar viviendo. La mujer siempre es la que pierde, da igual si estas rodeada de un asesino, un violador o un ladrón. Simplemente si eres una mujer ya estás tocando a la puerta de la vergüenza y la deshonra.

Mario, el médico, no tenía nada que ver con aquella carta. Esta la había escrito nuestro doctor de cabecera, quien en un primer momento me vio y certifico mi embarazo. Es normal que si no habíamos vuelto a recurrir a él se preocupara.

Pero mi propio calvario no iba a terminar ahí, al contrario todo estaba a punto de empezar de nuevo.

Julián se enteró de mi embarazo ese mismo día y él era consciente que el responsable de aquello no era otra persona que él mismo. Mi vida se convirtió en un auténtico calvario. Julián entró aquella noche a mi habitación; estaba asustado, refugiando su miedo en el alcohol.

-Elena eres una zorra ¿Quién es el padre? Mírame a la cara y dime quién es el padre para matarlo.

-El padre eres tu Julián o ¿te has olvidado de aquella maldita noche?

Aquella frase salió de mí sin miedo, con entereza y madurez, enfrentarme a mi primo, enfrentarme a ese asesino paranoico sabía que me costaría caro.

-¡Mentirosa! Puta mentirosa. Yo a ti jamás te he tocado.

Y como digas algo te mato.

-Puto asesino psicopata. ¿Crees que no sé que has hecho estos meses subastando a niñas indefensas? ¿Te crees que no ví cómo asesinabas a golpes a esas dos niñas

en el establo? No te tengo miedo. Pero este niño que llevo dentro es el fruto de tu violación.

Julián me lanzó una bofetada que hizo que mi nariz sangrara. No grite, no aparte la cara de él. Lo miraba fijamente para que supiera el enorme asco que me daba.

Pero entonces sacó un revólver de su chaqueta y me lo puso en la cabeza. No podía imaginar que mi primo llevara un arma encima. Pero no me dio miedo la muerte, al revés, la anhelaba desesperadamente.

En ese momento, Julián no tuvo el valor de apretar el gatillo y supo hacerme sufrir de nuevo.

Aquella noche fue el inicio de las violaciones constantes, cada noche de madrugada Julián entraba a mi habitación, se bajaba sus pantalones y comenzaba a abusar de mi como si fuera un auténtico objeto.

Cada noche aprendía a evadir mi mente hasta que terminaba y dejaba todo su semen en mi entrepierna. Ya no me resistía, había aprendido a que el castigo era algo que tenía que asimilar. Pero sentía asco de mí, no podía seguir en aquella casa más tiempo.

En mi habitación, cuando me evadía, podía ver a Lidia cogiendo mi mano y besándola. Podía ver a todas aquellas jóvenes mujeres que clamaban la misma venganza que yo necesitaba. Yo no estaba sola en aquel dormitorio.

Una noche, cuando Julian terminó, se asustó, su miembro estaba cubierto de sangre, al verlo cayó hacia atrás por la cama y comenzó a gritar y a insultarme, se había vuelto completamente loco. Sentí un enorme dolor y de repente sentí como brotaba de mí una fuente imparable de agua. Me asusté y Julián se quedó en silencio mirando como toda la cama quedaba completamente empapada por el líquido.

Mis tíos alertados por los gritos corrieron a mi dormitorio descubriendo a Julián semidesnudo y a mi en la cama. Él salió corriendo del lugar sabiendo que acababa de delatarse.

No puedo describir la cara de asombro y asco de mi tía al ver aquella asquerosa escena. Solo recuerdo que alertaron al servicio que dormía en el caserón trasero y llamaron rápidamente al médico.

Mi cabeza iba y venía entre voces que me llamaban, los ojos se cerraban y abrían y las imágenes que me rodeaban cada vez estaban más difuminadas. Solo recuerdo el ruido constante de la lluvia golpeando con fuerza en la ventana. No sé cuánto tiempo pasó, si fue mucho o fue poco. Pero el doctor llegó, abrió su maletín entre los llantos de mi tía, y la sorpresa de mis primas que acababan de darse cuenta que estaba apunto de dar a luz.

Dar a luz, no hay mejor palabra que describa lo que es traer una nueva vida al mundo. Dar luz, iluminar allí donde hay oscuridad. En aquel momento vi la luz, vi como la habitación se llenaba de una dulce luz blanca, como unas sombras gigantes batían las alas. ¿Ángeles? ¿Espíritus? No lo sé pero sentía como me acariciaban, como besaban mis manos y mis pies, cómo apaciguaba mi caída en picado una y otra vez.

Era la paz absoluta, era el cielo, mi propia versión del cielo. No existía el sufrimiento, ni el odio, tampoco sentí rencor, no quería salir de esa sensación hasta que los llantos de un bebé me sacaron de lleno de aquella dimensión placentera.

Mis ojos se fueron abriendo y comenzaron a ver a un bebe repleto de sangre que María limpiaba con una toalla húmeda. Escuche al médico decir:

-El bebé está bien, es un niño, ahora Elena tiene que descansar mucho, ha perdido mucha sangre. Mañana regresaré para ver cómo se encuentran ella y el bebé.

Intenté pedir que me dejaran ver a mi hijo, balbucee palabras pidiendo a mi tía y a María que por favor me acercaran al niño. Pero cuando María tomó al bebé para ponerlo sobre mi pecho. Mi tía gritó:

-Ni se te ocurra, este bebé mañana será llevado al convento para que lo puedan dar en adopción. María lo tienes que llevar tú y decir que es tuyo y que no puedes cuidarlo. ¿Ha quedado claro?

-Si por supuesto señora. - dijo Maria

-Ahora salgamos de la habitación y lleva al niño a mi dormitorio. Dejémosla descansar.

Todas aquellas personas que habían llenado mi dormitorio ahora habían desaparecido. En ese momento, yo me quedé intentando gritar, intentando moverme, pero fue imposible. Sentí como si alguien estuviese sobre mí impidiendo que hiciera cualquier gesto. Solo podía ver, ni siquiera tenía fuerzas para girar la cabeza o levantar las manos. Estaba completamente paralizada.

El reflejo de lluvia chocando contra la ventana se dibujaba en la pared donde la misma sombra que había visto en el túnel ahora me observaba impasible a los pies de mi cama.

Intenté relajarme, hasta que más tarde aprendí que aquello se trataba de una parálisis del sueño, algo que muchos achacaban a espíritus malignos que luchaban por

poseer el cuerpo del vivo. Respire despacio, intenté recuperar el dominio de mis articulaciones y poco a poco logré ir moviendo la cabeza, los dedos, hasta que, por fin

me incorporé de un un tirón sobre la cama respirando fuertemente, como si de nuevo hubiera recuperado mi alma.

El pequeño reloj de mi padre, que siempre llevaba puesto, marcaba las cuatro de la mañana. Lidia estaba sentada en la silla de madre y con una sonrisa pude escuchar lo que me decía:

-Ahora Elena, ahora es tu momento. No dejes que el camino sea trazado por quienes no te quieren o se avergüenzan.

Aquel espíritu tenía razón, me levanté de la cama, tomé del armario ropa de abrigo y un par de mantas y en medio del silencio de la noche salí de mi dormitorio. Había escuchado que María había llevado al niño a la habitación de mi tía. Con mucho cuidado me acerque a su habitación que estaba abierta, en medio de la inmensa cama estaba el pequeño acurrucado entre gigantescos cojines y arropado. Sus ojitos estaban completamente cerrados, mientras sus manitas enanas se movían sin parar. Gracias a Dios el pequeño no lloraba, estaba tranquilo así que tomé al pequeño lo cubrí con mantas y baje despacio las escaleras. Cada crujido hacía que mi corazón latiera sin parar.

En el piso de abajo, mi tío continuaba en su despacho, y supuse que mi tía se encontraba dentro de la capilla rezando el rosario exculpando sus pecados por mí, y ahora por Julián.

Dude en salir por la puerta principal, pero la pesaba madera alertará a todos, así que me dirigí de nuevo a cocina y, con cuidado de que mi tía se percatara, salí bajo la lluvia torrencial al otro extremo de la casa.

La lluvia me empapó, y la tormenta despertó al pequeño que comenzó a llorar desconsoladamente. Cada paso que daba era una odisea en la que mis piernas acababan

enterradas en enormes barrizales de los que era casi imposible dar un paso en firme.

Los minutos empezaron a parecerme semanas y la pequeña colina que bajaba hacia la tapia, que separaba la carretera que llevaba al pueblo, me pareció un mundo.

Con la cabeza cubierta por una fina tela y con el bebé protegido de la fría lluvia me pegué al muro del cortijo intentando dar con el final de éste por el que había un pequeño hueco por el que me colé.

El hueco estaba camuflado por altos arbustos que hicieron que me quedase enganchada teniendo que partir la rama para poder liberarme. Pero por fin logré salir de aquel maldito lugar, ahora estaba en aquel camino de tierra enfangado bajo la lluvia. Solo había una persona que podría ayudarme en esta situación.

Caminé y caminé y en el camino tropecé sobre mis propios pies exhaustos. Mi cuerpo temblaba y estuve apunto de darme por vencida y quedarme bajo la lluvia para que alguien me rescatara y me devolviera a aquella cárcel de la que acababa de escaparme. Pero allí parada pude ver la cara de mi pequeño que empezó a sonreír mientras las gotas rebotaban en su pequeña carita. Aquel inocente gesto me llenó de fuerza para continuar el camino hasta el centro del pueblo.

Cuando llegué solo sabía una dirección: la de Mario, el médico amigo de Sole. Helada de frío me paré en la puerta trasera del ultramarinos y comencé a golpearla una y otra vez, hasta que un hombre mayor me abrió con cara de asustado.

-Por favor, necesito que Mario me ayude.

Y allí frente aquel hombre me desplome sujetando al bebé fuertemente. Mario bajó corriendo y entre su padre y él me socorrieron y me acercaron a la chimenea que estaba casi apagada, reavivando los rescoldos para hacernos entrar en calor.

-Elena ¿Qué ha pasado?

-Mario por favor avisa a Sole, ella es la única que puede ayudarme.

Mario no se lo pensó dos veces y corriendo fue a buscar a Sole que en solo diez minutos llegó preocupada a casa de Mario acompañada de su marido.

Jamás tendré suficientes años en esta vida para estar infinitamente agradecida a Mario y a su padre que me abrieron las puertas de su casa y me socorrieron.

Cuando Sole apareció por la puerta, corrió hacia mí fundiéndose en un profundo abrazo lleno de lágrimas.

-¿Este es tú bebe? Es una preciosidad Elena. Es igual a

ti.

-Sole, yo no puedo volver al cortijo, si regreso mis tíos llevaran al pequeño a un convento para que sea adoptado y no me lo perdonaría nunca y yo, bueno a saber qué será de mi.

-¿Qué quieres hacer entonces Elena?

-Quiero que lo cuides tu como si fueras su madre. Gaspar y tú sois los mejores padres que un niño pueda tener, os amáis y respetáis. Prométeme que lo cuidaras como si fuera tuyo.

-¡Elena! ¿Pero tus tíos sabrán que es tu hijo?

-Por favor prométemelo.

Sole y Gaspar se miraron y ambos asentaron su cabeza, aquella decisión era la mejor que podía tomar, aunque también sabía que corría peligro si nos descubren.

En aquella casa los cinco pactamos que el secreto nunca saldría de allí. Pero yo tenía que ser justa con ellos dos y de alguna forma agradecerles el esfuerzo que iban a realizar por mí y por mi hijo.

Durante dos días me escondí en casa de Mario, mientras que Sole y Gaspar venían cada día a verme y ver cómo estaba. Pero cada día que pasaba en el pueblo era poner en riesgo mi vida y la vida de quienes me ayudaban.

Sole me contaba que en el cortijo todo estaba crispado, mi tío había tenido que salir de viaje por negocios y mi primo no había vuelto a aparecer desde aquella noche. Mi tía piensa que Julián y yo habíamos huido juntos ante una historia de amor que era la comidilla del pueblo y de los empresarios malagueños.

No podía quedarme más tiempo en la ciudad, así que con la ayuda y complicidad de María y su marido, una tarde-noche, aprovechando que tenía que ir a Sevilla a traer a un invitado de mis tíos que había llegado desde México, pude salir de la ciudad.

Antes de marcharme, Sole con los ojos vidriosos, me prometió junto a su marido que cuidaría de mi hijo como si fuera uno suyo. Tanto es así que varios días después, Sole comunicó a mis tíos que tenía que marcharse urgentemente a Ronda, debido a que su prima hermana había muerto dando a luz a un niño. Mi tía no dudó en ningún momento de aquella mentira y concedió el permiso a Sole sin poner en duda aquella noticia.

Yo llegué a Sevilla donde estuve unos días en casa de una hermana de María que amablemente me había dejado una habitación. Pero yo era consciente que no podía seguir

más tiempo allí, la herencia de mi padre estaba intacta pero solo mi tío podía administrar dicha fortuna.

Pocos días después tomé un tren con dirección a Madrid y desde allí escribí a mi tío contando que para no manchar el nombre de la familia lo mejor era poder alejarme, pero necesitaba el dinero de la herencia. La única respuesta de mí tío fue mandarme semanalmente una compensación económica hasta que cumpliera la mayoría de edad donde él autorizaba que fuera la única responsable y administradora de ese dinero. Algo raro y difícil en estos años.

Madrid sería el inicio de una nueva vida, intentando ser quien siempre quise ser, sin abandonar nunca la comunicación con Sole para saber cómo crecía el bautizado como:

"*Gonzalo Martín Peralta; Hijo de Don Gaspar Martín Muñoz y Doña Soledad Peralta Sanchez"* .

37

Mi cuerpo perdió aquella sensación de suspensión que nunca antes había sentido. Mis pies volvieron a tocar el suelo y en medio de aquel abandonado salón, abrí los ojos sabiendo toda la verdad y el porqué Elena había insistido una y otra vez en que fuera al cortijo.

Cuando volví a mi cuerpo, sentí un tremendo sentimiento que me hizo caer de rodillas en el suelo donde antes había alfombras. Mi abuelo era Gonzalo Martín Peralta, pero nunca fue su hijo. Mi abuelo era el hijo de Elena Sánchez Larios, mi bisabuela era Elena.

Una extraña sensación me invadió agarrándome la garganta, mis ojos se llenaron de lágrimas. Ahora supe que Elena fue quién abrió la cuenta a mi abuelo y que ella ayudó siempre a Sole y a su marido.

Abrí mi mochila y saqué la foto de la boda de mis abuelos en la que aparecía aquella mujer en un segundo plano, orgullosa de mi abuelo. Sole estaba en aquella foto sonriendo, pero seguía sin entender porqué se alejó de mi abuela y de su hijo adoptivo. Porque después de haberlo cuidado, no continuó esa unión familiar, no lograba entenderlo.

Pero otra duda más aterradora me ronroneaba la cabeza ¿qué pasó con Julián? En los archivos de la familia no aparece el nombre de este hijo, siendo el heredero del marquesado, un único hijo procedente del primer matrimonio del marqués.

Sin dudarlo, decidí subir al lugar donde Elena se ocultaba y transvestia; el desván. Sabía qué parte de

aquella casa me pertenecía legítimamente. Yo era parte de esa casa. Las escaleras al desván estaba completamente destruidas, faltando peldaños. Como pude, me agarré de una viga de madera y fui balanceándome hasta poder dar con el escalón más alto salvaguardando el enorme tramo hueco que existía.

El piso de arriba parecía casi intacto, estaba claro que quienes habían entrado estos años a la casa, no se jugaban el cuello en saltar un peligroso tramo en busca de espíritus a los que invocar.

Las puertas de las habitaciones que acababa de ver estaban abiertas y con muebles aún envejecidos pero inmóviles. Al final, otra puerta cerrada, forcejeé un poco y empujé hasta conseguir despegarla totalmente.

Aquel lugar estaba intacto, lleno de muebles cubiertos de telas amarillentas y telarañas. No tenía nada que ver con el resto de la casa.

Con ayuda de la linterna fui descubriendo cada rincón, respetando el orden de aquel lugar intacto en el tiempo. Los habitantes que luego tuvo el cortijo, respetaron este lugar sin querer alterarlo.

Al final un butacón comenzó a balancearse lentamente, no vi a nadie sentado en él, pero el ruido de la mecedora se hacía más y más evidente. Sobre él, había alguien que no conseguía ver. Cerré los ojos y respiré atrayendo a ese ser para poder visualizarlo completamente.

Reconocí pronto a aquella mujer que descansaba plácidamente ajena al tiempo. Era Lidia la madre de Sole, en mí se despertó un enorme cariño hacia aquella mujer a la que le dije:

-Me alegra enormemente poder conocerte, gracias por ayudar a Elena. Muchas gracias.

Lidia paró de mecerse y sonrió enormemente, se levantó y comenzó a andar iluminada por mi linterna. Se detuvo delante de un montón de cajas apiladas a media cubrir por una de las sabanas y me miró. Yo volví a darle las gracias y en aquel instante una enorme luz apareció en el desván, Lidia se giró hacia mí, se inclinó devolviéndome el agradecimiento y celestialmente entró en aquella luz desapareciendo para siempre.

Lidia había esperado toda su vida a que alguien de la familia, para la que había trabajado, le diera las gracias alguna vez por su dedicación y su esfuerzo. Tuvo que esperar más de cien años, llena de paciencia para que aquello se cumpliera. Lidia por fin entraba al otro mundo habiendo cumplido su espera.

El suelo estaba lleno de cajas con inscripciones, eran nombres, como de una mudanza. Me acerqué a ellas intentando leer que ponían, pero en una de ellas casi borrada por el tiempo ponía "*Elena*".

Lidia me acababa de mostrar una caja donde ponía el nombre de mi antepasado. Dejé la linterna iluminando y comencé a quitar las cajas que tenía encima. Tomé la de Elena y la abrí. Estaba húmeda y pequeños insectos salían de ella a cada movimiento.

Con mucho cuidado, levanté las solapas de cartón pegadas por el paso de los años y descubrí su ropa doblada perfectamente, vestidos, guantes, blusas, todo perfectamente doblado, aunque pasado el tiempo.

El corazón me iba a cien, pude ver unos abanicos, un par de zapatos y por último una cajita de madera que estaba cubierta por una tela oscura. Aquella cajita parecía un joyero, abrí con cuidado la caja y en ella aparecieron fotos y cartas. Pero las cartas estaban dirigidas a Sole y no a sus tíos. ¿Por qué Sole guardaba la correspondencia con Elena

en el cortijo? Pronto descubriría que hacerlo así era mucho más seguro. Quienes recogían el correo eran las doncellas del cortijo y por lo tanto las probabilidades de que pudieran perderse, eran nulas. Una vez en manos del servicio, éstas pasaban al despacho del marqués o a quién perteneciera de la familia dicho correo.

Me senté sobre el suelo y comencé a buscar en las cartas. En ellas, Elena le preguntaba por cómo estaba Gonzalo, si estaba grande o no, qué estaba comiendo, si necesitaban algo. En casi todas ellas, la conversación se centraba en la salud del pequeño Gonzalo, pero entonces una llamó fuertemente mi atención.

Madrid 25 Junio 1926;

Querida Sole, en primer lugar agradecerte el retrato de Gonzalo, sabes que cada día le rezo a Dios en agradecimiento hacia vosotros dos. Además saber que Gonzalo va a tener un hermanito me llena de alegría.

Sobre la aparición del cuerpo de Julián en el arroyo de la fábrica, me he quedado fría. Sobre todo porque pensé que el cobarde había huido de la ciudad cuando fue descubierto por los tíos. A saber cuantos meses el cuerpo llevaba sin vida entre los arbustos del río, sin que nadie se enterase.

Me imagino que la tía, que siempre lo trató como un sobrino más que como un hijo, ya que era bastardo del tío, no haya informado a ningún medio oficial ni siquiera un responso en su memoria. Creo que se dieron cuenta de las atrocidades que ha hecho toda su vida. Sólo me queda pedir que reciba el descanso eterno y que Dios lo haya purgado de todos sus pecados.

Yo le escribí a los tíos contándoles que estaba bien y asentada fuera de la ciudad. Que agradecía eternamente

todo lo que habían hecho por mi y que también rezaba por ellos.

Se piensan que el pequeño Gonzalo vive conmigo, para mí es un descanso que no lo sepan, aunque cada día lo echo más en falta. Si todo va bien y nuestro señor quiere, el próximo septiembre estará aquí junto a mí por fin.

Te mando enormes besos

Siempre tu agradecida amiga Elena S. L.

Madrid 2 Septiembre 1926;

Querida Sole, muchas gracias por las fotografías está muy grande, siento mucho que hayas perdido al niño que esperabas, pronto Dios te compensara con una gran familia.

La muerte de la tía me ha roto en mil pedazos, y me entristece mucho que la casa cada día esté descuidada y casi abandonada.

No he recibido nunca respuesta de mis tíos, sólo como sabes, la autorización para poder disponer de las rentas de mi difunto padre.

Te agradezco que puedas cuidar algo más al pequeño Gonzalo. Yo empecé la universidad y ha sido imposible matricular al niño y más sin tener mis apellidos.

Os mando muchos recuerdos para vosotros, dale un enorme beso a Maria.

P.D. Te envió esta cadena con la cruz de Caravaca para que proteja a Gonzalo, por favor pónselo en cuanto lo recibas.

Un enorme beso de tu siempre agradecida Elena S.L. Madrid 27 de Septiembre 1928;

Querida Sole, espero que estés recibiendo el dinero cada mes. Llevo bastante tiempo sin tener información ni noticias vuestras, espero que estéis bien. Me enteré por los medios de comunicación que la familia estaba casi en bancarrota y estaban intentando vender el cortijo, ya sabes que podéis contar conmigo siempre.

Espero que Gonzalo esté bien, lo añoro mucho, yo mientras, estoy en Madrid no puedo quejarme. Por fin puedo ser yo aunque las cosas se ponen feas políticamente.

Me gustaría contarte que estoy enamorada, es una persona maravillosa, aunque su vida es muy complicada. Mañana vamos al teatro a ver el estreno de una zarzuela. Ojalá cuando vengáis a Madrid a visitarme os prometo que os llevaré al teatro.

Con tus esfuerzos por ser madre, ten paciencia sé que pronto tendrás una gran familia y Gonzalo tendrá muchos hermanitos con los que jugar.

Por favor sí que te pido que si alguna vez me pasa algo y no puedo despedirme de él, le cuentes toda la verdad. No te pido que la digas ya, pero sí que se lo cuentes el día de su boda. Para mí es muy importante que algún día sepa que tuvo dos madres. Sé que a tí jamás te reemplazara, pero necesita saber que su madre, la que le dió a luz, está aquí.

Te mando un beso enorme a todos.

Elena. S.L.

Esta fue la última carta que Sole recibo por parte de Elena. Nadie sabía que Elena murió al día siguiente, en el incendio del teatro Novedades. Y la culpa de todo esto la tuvo Anna por apropiarse de un nombre ajeno.

Sole entendió que Elena abandonó a su hijo, en ningún lugar informaban de la muerte de Elena, y eso hizo que la historia entre madre e hijo fuera diluyéndose con el paso de los años.

Julián se suicidó en el arroyo donde aparecieron los cuerpos de las trabajadores Lucía y Cristina, pero en aquel arroyo mi abuelo había muerto también. ¿Y si fue Julián quién arrebató la vida de su hijo?

Existen entes que aún muertos, siguen matando y atrapando con ellos nuevas almas, obligadas a vivir en la misma oscuridad.

Aquella foto de Sole junto a su hijo adoptivo tenía ahora otro concepto, si Sole cumplió la voluntad de Elena, ella le comunicaría antes de su boda la realidad de quién era y de dónde venía. Pero,¿ por qué mi abuela nunca me lo dijo? O ¿es qué no lo sabía?

Lamentablemente aquellas preguntas no tendrían respuestas. Mi trabajo ya estaba hecho, había cumplido la voluntad de Elena. Y ahora yo ya sabía que Julián se había quitado la vida, descubriendo que él había violado a una niña inofensiva.

Bajé las escaleras hasta la entrada de la casa, salí por la puerta y una vez fuera, me puse a echar un último vistazo al interior de aquel lugar. Delante de mí, apareció Elena, que me miraba fijamente, desde la distancia pude escuchar el susurro de su voz que llegaba a mi oído dándome las gracias.

Elena ahora, por fin pudo descansar y encontrarse definitivamente con su madre y su hijo que ahora esperaba que estuviera descansando.

Tras de mí quedó aquella mansión que aún ocultaba horribles secretos. Mientras bajaba la colina, pude sentir

cómo en la misma escalinata del porche de donde me había despedido de Elena, se situaba aquella enorme sombra oscura mirando cómo me marchaba.

Las jóvenes asesinadas seguían esperando ser encontradas en algún lugar del desconocido túnel, que ni los georadares eran capaces de descubrir. Quizás descubrir un secreto a voces que pudiera manchar a importantes familias involucradas, nos lleva al presente. ¿Puede el dinero comprar una vida para poder arrebatarla?

Aunque sepamos la respuesta, vale más no descubrirla por lo que ello conlleva.

Salí por la rotura abierta en la verja por la que había entrada. Ahí se quedaban los campos en lo que una vez trabajaron jornaleros labrando y cultivando, ahí se queda las risas de las mujeres jugando al mus y tomando el té. Se queda la complicidad de las doncellas, que servían mientras cantaban coplas y los gallos que cada mañana despertaban a los que tenían que trabajar.

Salía de aquel lugar sabiendo quién era yo realmente, siendo conocedor de la familia a la que pertenecía. Conocer tu pasado te ayuda a no renunciar a quien realmente has sido.

Me subí en el coche y desaparecí tomando la autovía dirección al lugar del que había venido.

La mañana siguiente volví con una rosa blanca a la fábrica del Tarajal, el tiempo había cambiado y continuaba lloviznando y refrescando. En veinticuatro horas el tiempo cambió de un extremo calor, a una fresca brisa más propicia del otoño que de pleno finales de agosto.

Bajé hasta el arroyo por el que pasaba un fino canal de agua salpicado por la lluvia que caía. Sobre una de las rocas me quedé parado, hablando con mi abuelo. Me

despedí de él y le deseé que encontrase el camino, que descubriera la luz para estar con quienes lo querían de verdad.

Sin más, lancé la rosa blanca dejándola sobre el lecho del río, la rosa que representaba a mi abuelo pero también a aquellos que ahí perecieron. La rosa blanca empezó a surcar su camino río abajo buscando al mar, buscando la ansiada libertad que tanto se merecían.